

J.A. García Bedoya



ÁNGEL CAÍDO
La piedra del ángel

Lectulandia

En un planeta llamado Ángelus residen los ángeles, gente buena, amable y trabajadora, aunque también grandes soldados. Hace años sufrieron una dura guerra contra su planeta vecino, el oscuro Nomte, donde habitan los malvados nigrontes, y aunque los ángeles ganaron esa guerra gracias al poder de la piedra del ángel, la cual después de la guerra fue partida en tres pedazos escondidos en el planeta tierra, el líder de los nigrontes, el oscuro Ócurum continuó con vida en su planeta. Ahora el enemigo ha vuelto a reunir un ejército suficiente para declarar la guerra a los ángeles una vez más.

El rey de los ángeles, consciente del peligro que se avecina ha enviado a un chico a la tierra, el joven Hálum, que según las leyendas podría ser el elegido para librar a su pueblo del mal. Su misión en la tierra será proteger los pedazos de la piedra del ángel al mismo tiempo que se enfrenta a su destino y pelea contra sus deseos de regresar a su planeta junto a su amada, la hija del rey. El chico no estará solo en la tierra, pues contara con aliados y gente que le guiaran hasta descubrir su verdadero poder, estos ángeles en la tierra serán los llamados ángeles caídos. Una historia que mezcla aventuras, acción y toques de guerra, dedicada a un público joven pero que también pueda ser leído por adultos.

Lectulandia

J. A. García Bedoya

La piedra del ángel

Ángel caído - 1

ePub r1.0

Titivillus 24.11.15

Título original: *La piedra del ángel*

J. A. García Bedoya, 2014

Diseño de cubierta: Diseñador

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a los que habéis
Confiado en mí desde el principio,
Y en especial a ti,
Que ahora inicias este viaje conmigo,
Gracias

PRÓLOGO: EL ÁNGEL CAÍDO

En la galaxia de Arcáreum, en el planeta Ángelus, viven los ángeles. Habitantes sabios y trabajadores, y a su vez luchadores, ya que hace un tiempo tuvieron que librar una dura guerra contra los Nigrontes, ángeles oscuros procedentes de su planeta vecino, Nomte. Han pasado ya veinte años de esa guerra que a día de hoy se considera como antigua, y, a pesar de que el señor de los nigrontes, el oscuro Ócurum no murió en la guerra, sus defensas sí que fueron derrotadas. Los ángeles ganaron gracias a un objeto de gran poder conocido como la piedra del ángel, una piedra con forma de disco, no muy grande. Tras la guerra la piedra fue dividida en tres partes y escondida en el planeta tierra, pues tenían miedo de que su poder corrompiera Ángelus y provocara disturbios entre sus habitantes. Con la desaparición de la piedra y el fin de la guerra, la paz volvió a Ángelus, y al corazón de su rey, el cual había guiado a los ejércitos de su planeta a la victoria siendo el portador de la piedra, su nombre es Irion, conocido también como el vencedor. Irion se convirtió en rey durante la guerra, cuando su padre, el anterior rey, fue asesinado. En ese momento, tomo el trono de rey y juro vengar la muerte de su padre derrotando a los nigrontes con la piedra del ángel, pero no pudo matar a Ócurum. Ahora, veinte años después de aquella dura guerra, la paz reina en Ángelus, aunque el rey está nervioso, sospecha que el enemigo puede estar recuperando su fuerza, y teme que los nigrontes se hagan más fuertes. Los oráculos del rey han visto como un poder oscuro vuelve a revitalizarse en el planeta Nomte.

Un día, aparentemente como otro cualquiera en Ángelus, los dos oráculos del palacio entraron a la sala en donde estaba el rey, esperándolos, tendrían una reunión de urgencia, ya que habían visto algo. Los oráculos no podían aprender sus cualidades estudiando, no ven el futuro aunque si pueden interpretar sus señales, a su cabeza vienen imágenes de cosas que pasan y otras que están por pasar, muy pocos de ellos nacen en cada época. Los dos que ahora habitan en el palacio se llaman Gúldur y Anderón. Una vez llegaron a la sala del rey procedieron a la reunión.

—Mi señor Irion, hemos interpretado señales oscuras procedentes de Nomte, un nuevo poder está renaciendo en las entrañas de ese negro planeta, algo más poderoso de lo que hayamos predicho nunca, y es inequívoco, las sensaciones son como las de la última vez, como las de la gran guerra, nuestro enemigo, Ócurum, está recuperando su poder —dijo Gúldur, el más joven de los oráculos.

—¿Estáis seguros de que es así? —preguntó preocupado el rey.

—Si, Gúldur tiene razón, me temo que a no mucho tardar los nigrontes estarán listos para volver a desencadenar un terror más oscuro de lo que podríamos imaginar, las profecías se están cumpliendo, mi señor, vos sabéis que hay uno que podría salvarnos, según la profecía hay un mestizo, un mitad nigronte que puede tener la última palabra en caso de que todo fuese verdad, en caso de que la guerra volviera a estallar —respondió Anderón.

—Si, se de uno que es mitad nigronte, aunque es muy joven, pero podría ser él, en cualquier caso debemos arriesgar, antes de que los nigrontes ataquen, debemos mandar a ese chico a proteger la piedra del ángel, pero tú le guiaras, Gúldur, mañana mismo partirás a la tierra, pues el chico te necesitara allí para tomar las decisiones correctas, e irás con uno de mis soldados más valientes y fuertes, Vélder, un buen chico que te ayudara —respondió el rey—. Ahora podéis partir a prepararos.

Tras esta reunión Gúldur se fue a prepararlo todo para ir a la tierra, él era oráculo y más que nadie era consciente del terror que se avecinaba en acontecimientos futuros.

El rey, muy preocupado por las oscuras noticias que le habían dado sus oráculos, decidió ir a visitar a un antiguo amigo, uno que combatió con él en la antigua guerra. Llegó a una pequeña casa de madera fuera de palacio y llamo a la puerta, le abrió un hombre de unos cincuenta años, con barba y bigote negros y pelo largo, también oscuro, su nombre era Arthon.

—Bienvenido majestad, ¿a qué se debe el placer de su visita? —preguntó cortésmente el hombre al ver al rey.

—Tú no tienes que hablarme con formalismos, viejo amigo, y dudo que mi visita sea placentera, pues traigo noticias oscuras —respondió el rey.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntar Arthon, preocupado.

—Los oráculos me han visitado, han visto un gran poder oscuro volver a crecer en Nomte.

—Malas noticias son esas, viejo amigo, pero pasa y cuéntame todo con más detalles.

Irion pasó al interior de la casa y cerraron la puerta, los dos se sentaron a charlar sentados a la luz de una vela.

—Si eso que los oráculos os han dicho es cierto, las profecías podrían augurar la verdad —dijo Arthon.

—Si, y si las profecías dicen la verdad hay uno que podría salvarnos, un mitad nigronte, y es tu hijo, amigo mío —contestó el rey.

—Temía que este día llegara, aunque sabía que algún día ocurriría, pero si queremos tener alguna posibilidad de vencer al enemigo hay que proteger la piedra, y mi hijo debe ser enviado a la tierra supongo —continuó preocupado Arthon.

—Exacto, pero él no sabrá que vos lo sabíais, tengo entendido que mi hija y él se ven en secreto, sospecho que pronto vendrá a pedirme su mano, y ese será el

momento en que le podré castigar con el destierro, así podremos mandarle a la tierra —sugirió Irion.

—Está bien, si no hay más alternativas que así sea, pero el chico tiene solo veinte años, no puede estar solo en la tierra.

—No, no debe, he mandado allí a uno de los oráculos y a uno de mis mejores soldados, ellos le guiaran y juntos encontrarán la piedra y la protegerán, ahora debo irme.

Tras la conversación el rey regresó a palacio, y Arthon se quedó en casa, preocupado, tenía miedo por su hijo, aun sabiendo que este era fuerte y que sabría defender con garantías a su pueblo.

Mientras los oráculos del rey veían como un poder oscuro crecía en Nomte, en una taberna de la ciudad, soldados de palacio descansaban tomándose unas cervezas a la luz de las velas, era una taberna lúgubre, de madera y con sillas y mesas también de madera, entre los soldados se encontraba Hálum, hijo de Arthon, un chico joven de veinte años que había salido hacía dos años de la academia de adiestramiento, era un chico de estatura media, con barba negra no muy espesa y pelo castaño. El chico se sentó en una mesa en la que había otros tres soldados, cada uno con su jarra de cerveza.

—¿Habéis oído hablar de los mestizos? —preguntó uno de los soldados.

—¿Mestizos?, ¿a qué te refieres? —dijo con curiosidad otro soldado.

—Ya sabéis, mitad nigrontes, esos que tienen sangre de ángeles pero a la vez sangre de nigronte.

—Se rumorea que hay un mitad nigronte entre las filas de nuestra compañía, pero ¿Quién será? —habló otro.

—Seguro que es una leyenda, si hubiera alguno entre nuestros compañeros nos lo habría dicho —contestó Hálum rotundamente.

—Si, puede que tengas razón chico, pero quizás ni el mismo sepa que tiene sangre nigronte, dices que tu madre murió ¿no Hálum? —volvió a preguntar el primer soldado.

—¿Qué intentas insinuar? ¡Mi madre era de nuestra raza! —gritó Hálum mientras le ponía una daga en el cuello al primer soldado.

—Tranquilo muchacho, yo no insinué nada, baja esa daga si no quieres acabar en un calabozo —dijo el soldado apartando el cuello de la daga.

El chico bajó la daga, dio un trago a su cerveza y salió de la taberna. En la calle le esperaba una chica encapuchada, se aseguraron de que nadie los veía, Hálum se acercó a ella y la besó. Era la joven hija del rey, una chica de unos diecinueve años, cabello oscuro, de estatura media y muy hermosa, su nombre era Álita.

—¿Qué hacéis aquí, mi señora? —preguntó Hálum.

—Te he dicho que tú no tienes que hablarme como si fueras un simple ciudadano, y vine porque sabía que tú estabas aquí, no aguantaba más sin verte —respondió

Álita.

—He pensado pedirle tu mano a tu padre, si consiente nuestro enlace no hará falta vernos a escondidas.

—No puedes hacer eso, sabes que él nunca lo permitiría.

—Lo sé, pero algún día se enterara igualmente, sueño con el día en que podamos pasear a la luz del sol por los jardines de la ciudad sin miedo a ser descubiertos.

—Pronto llegara ese día, estoy segura —concluyó Álita.

Y tras esta conversación y un rato más hablando de sus cosas se despidieron, Hálum se fue a casa con su padre, Arthon, y Álita volvió a palacio antes de que el rey se diera cuenta de su ausencia.

Al día siguiente el rey mando llamar a un soldado de unos treinta años, uno de los mejores soldados del ejército, su nombre era Vélder, y su misión seria acompañar al oráculo Gúldur a la tierra para estar allí y guiar al mitad nigronte cuando sea enviado. A media mañana este chico llegó a palacio, entró por la puerta y se dirigió a Irion.

—¡Salve Irion, hijo de Anon! —dijo en voz alta el joven soldado.

—Bienvenido, no tenemos tiempo para formalismos, eres uno de los mejores soldados que ha visto nuestro planeta, y ahora te necesito para una misión más importante que cualquier otra que hayas llevado a cabo —respondió el rey.

—¿De qué se trata mi señor?

—Acompañaras a nuestro oráculo Gúldur a la tierra, vuestra misión allí será esperar, he de confiarte que la guerra se acerca a nuestro mundo, los ejércitos nigrontes y su señor Ócurum están recuperando su poder y Gúldur y tu guiareis a un chico para proteger la piedra del ángel, un chico que sospecho que puede ser el mestizo del que hablan las profecías.

—¿Habláis en serio mi señor? Quiero decir ¿de verdad los nigrontes han regresado? —preguntó Vélder.

—Los oráculos nunca se han equivocado, así pues me temo que han visto un gran poder renacer en la oscuridad de Nomte.

—Siendo así, cuente conmigo para llevar a cabo esta misión, ¿cuándo partiremos?

—Partiréis esta misma tarde, debéis prepararlo todo para cuando llegue el chico, deberéis guiarle y ayudarle a abrazar su destino.

—Así será pues, si el enemigo ha regresado le haremos frente con todas nuestras fuerzas.

Tras la conversación el soldado y el rey se despidieron.

Ahora todo estaba preparado, ya era una realidad que el enemigo se estaba haciendo fuerte, que su oscuridad estaba a punto para declarar una nueva guerra, una guerra que si los ángeles no lo impedían, sumiría Ángelus y también la tierra en las tinieblas, pues los oráculos estaban seguros de que el señor de los nigrontes, Ócurum mandaría a sus tropas a la tierra, a por la piedra del ángel, y si la encontraban, tendrían suficiente poder para ennegrecer todo lo que un día fue claro, para matar

toda felicidad que un día existiera en los corazones de la gente buena. Hálum, por su parte, seguía pensando pedir la mano de su amada Álita al rey, y en su corazón tenía claro que lo haría pronto, lo que este joven de veinte años no sabía, era que le esperaba un destino que ni él mismo habría imaginado, pues viene de una familia humilde y es solo un soldado recién salido de la academia, pero pronto le llegaría el momento de tomar decisiones, pronto llegaría el momento en el que los Habitantes de Ángelus y de la tierra estarían más unidos que nunca, a no mucho tardar la vida tranquila que muchos tenían dejaría paso a una vida dura, de lucha y sacrificios, muy pronto todos deberemos confiar en el poder del mestizo, del mitad nigronte, del señor de los caídos, se acerca la hora de pelear codo con codo junto al ángel caído.

L: DESTIERRO

Es cierto, como cuentan las historias, que los ángeles vienen del cielo, pero no atienden a ninguna religión ni siguen a ningún dios, en realidad vienen del cielo porque pertenecen a un planeta de la lejana galaxia de Arcáreum, el nombre de su planeta es Ángelus, de ahí viene el nombre de ángeles. Existen varios tipos, pero los principales son, primero y el más alto rango lo tiene el gran rey, que actualmente es Irion, también conocido como el vencedor, debido a que fue proclamado rey después de vencer en la gran guerra de Arcáreum, aquella que asoló a toda esta galaxia, en la que los malvados nigrontes intentaron hacerse con el control de todos los planetas libres de Arcáreum. Fue entonces cuando el gran Irion dirigió la defensa de Ángelus, y con ayuda de la piedra del ángel, un objeto mágico que otorga un gran poder a aquel ejército que la posea, vencieron a los nigrontes. El segundo rango en la escala de los ángeles lo tienen los grandes comandantes de los ejércitos de Ángelus, después los soldados rasos y la población general del planeta, y el rango más bajo lo tienen los ángeles caídos, que son desterrados al planeta Tierra tras cometer actos que, a la vista del rey, son considerados como injuria y traición al trono.

En Ángelus corre el año 2500 de esta era solar de Arcáreum. El gran rey Irion tiene una hija, su nombre es Álita, es una chica hermosa, de unos diecinueve años, de estatura media, esta chica tiene cabello moreno, piel blanquecina y ojos azules, cualquier gran comandante habría pedido su mano al gran Irion, pero ella se veía en secreto con su gran amor, el joven soldado Hálum. El rey nunca habría permitido que su hija se casara con un soldado raso, por eso se veían a escondidas, y así llevaban casi un año. Hálum era un chico de estatura media, un joven ángel de alas color plata cuando decidía sacarlas, pues los ángeles pueden esconder sus alas si así lo desean. Un buen día Álita y Hálum decidieron que llevaban viéndose suficiente tiempo como para que el chico le pidiera al rey la mano de su hija, no sabían cómo se lo tomaría, pero debían hacerlo, pues su amor era muy grande.

Unos días después de tomar la decisión por fin llegó el momento. Hálum fue al gran palacio del rey, un palacio grandioso, a la entrada, por fuera, adornado con dos estatuas que representaban a los dos primeros reyes de Ángelus en los días antiguos, y tras pasar la puerta un gran salón dorado con un trono al fondo en donde estaba sentado Irion el vencedor, era un trono también dorado, adornado por un gran ángel con las alas extendidas por encima del trono. Entonces Hálum llegó a unos pasos del

rey, y Álita salió por la puerta de otra sala cercana al trono.

—¡Alabado sea, gran señor, Irion el vencedor!, vengo a hacerle una petición que tal vez no le guste, tal vez me condene a muerte o algo peor tras esto, pero mi corazón me dice que debo hacérsela —dijo Hálum, arrodillado.

—¿Y de que se trata? —preguntó el rey.

—Vengo a pedirle la mano de su hija en matrimonio, llevo enamorado de ella desde que mis ojos pueden ver, le juro que si me concede esto la honrará y la protegeré con todas mis fuerzas.

—¿Un soldado raso casarse con mi hija? —exclamó el rey soltando una carcajada—. Debes estar loco para venir a pedirme esto muchacho, mi hija está por encima de lo que tu rango puede tener, deberías conformarte con una simple mujer de padres normales y no buscar en la realeza.

—Padre, yo le quiero, llevamos viéndonos a tus espaldas mucho tiempo, y no podemos separarnos, estamos enamorados —pronunció Álita.

—¿Os veis a mis espaldas y pretendéis mi bendición? —exclamó enfadado el rey—. ¡Tú, soldado inmundo, Hálum creo que es tu nombre, quedas arrestado por mancillar el nombre de mi familia!

—Debe saber, mi señor que ni los barrotes más duros de la galaxia ni la mazmorra más profunda conseguirán ocultar mi amor por su hija —exclamó entre lágrimas Hálum.

Entonces, entraron a la sala dos guardias del rey y se llevaron a Hálum a las mazmorras de palacio ante la mirada llorosa de Álita.

—Tú nunca entenderás lo que es el amor, padre —dijo Álita con la mirada aún llorosa—. Mamá te dejó solo porque siempre pensaste que el amor era mercancía, estoy segura de ello.

—¡Tu madre murió traicionando al trono, traicionando a nuestra familia!, si no nos hubiera abandonado para irse a vivir sus estúpidas aventuras, no habría muerto —gritó enfadado el rey.

—¿Y qué le harás ahora a Hálum? No tienes derecho a decidir por mí con quien debo casarme —dijo Álita secándose las lágrimas.

—Sera juzgado ante mí, le impondremos una condena por injuria, y creo que ya sé cuál será, ese soldado no se interpondrá en los planes que tengo para ti, te casaras con el comandante del regimiento que protege el palacio, con Jarman.

—Pero padre, Jarman es bastante mayor que yo, no puedes decidir por mi quien será mi marido.

—Si puedo, olvidas que soy tu padre y el rey de todos los ángeles —exclamó entre risas el rey.

Entonces Álita salió corriendo a su cuarto en el gran palacio, y el rey se quedó pensando, probablemente, en el duro castigo que le impondría a Hálum.

Mientras el rey discutía con su hija en palacio, a Hálum le llevaban a los calabozos, en un edificio que había colocado enfrente del palacio del rey, un edificio no muy alto, tenía unos dos pisos, pero bajo tierra también se extendía pues tenía mazmorras muy profundas hundidas en la tierra. Hálum iba con las manos atadas por unas esposas especiales, no eran como las esposas que comúnmente se usan en la tierra, en Ángelus las esposas son una especie de rayo que une las dos manos del detenido, el rayo se coloca con una especie de pistolas de energía. El chico entró a las mazmorras con la cabeza agachada y llorando, aunque las lágrimas poco a poco se iban secando en su rostro. Llegaron a la celda en la que meterían al detenido.

—Estarás aquí encerrado hasta mañana al atardecer, cuando se celebrara el juicio que decidirá tu destino, hasta entonces ponte cómodo y procura no perder el juicio, avisaremos a tu padre que podrá hacerte una visita —concluyó el guardia.

—El rey está perdiendo el juicio, y algún día os daréis cuenta, yo soy un pobre soldado y me quiere condenar solo por estar enamorado —le recrimino Hálum a los guardias.

—No nos compete a nosotros juzgar la voluntad de nuestro señor.

Y se fueron los guardias dejando solo en su celda al detenido, era una celda blanca, con un colchón y un cuarto de baño.

Unas horas después el padre de Hálum, Arthon, fue a visitarle a las mazmorras. El padre del chico era un hombre de unos 50 años de edad, un excombatiente de la guerra oscura contra los nigrontes, en su día fue un soldado raso como su hijo, de los mejores soldados que combatieron en aquella guerra, tenía rostro grave pulido, barba negra y bigote negro, y pelo oscuro, era alto y llevaba por ropa una túnica de ángel. Se acercó a la celda de Hálum.

—Hijo mío, ¿cómo has acabado aquí?, eres un gran soldado pero temo por ti, pues sospecho el castigo que te tocara soportar, mas puede que tu destino siempre fuera este, puede que aún te queden horas de gloria, pues aún eres solo un joven chico de veinte años —comentó Arthon.

—Gracias por visitarme padre —habló Hálum mientras agarraba los fríos barrotes de la celda— a el rey se le ha ido la cabeza, tú sabes que quiero a Álita, su hija, y que mi intención es casarme con ella, y solo por eso y por mi bajo nivel social el rey va a castigarme, ha perdido la cabeza.

—La mente de nuestro señor Irion hace ya tiempo que esta perturbada, pues tiene miedo, teme que un mal que parece olvidado vuelva a aflorar en el universo, sospecho que están pasando demasiadas cosas y también sospecho que tú, mi hijo, seas solo un peón de un tablero, lo que aún no se es de que juego, al menos espero que no sea lo que sospecho —sentenció Arthon.

—Has dicho que sospechas cual será mi castigo padre, y que crees que esto forma parte de algo más grande, ¿de qué se trata todo esto pues?

—Temo que tu castigo sea el destierro a la Tierra, pues es el único planeta en el que un ángel pasara desapercibido mientras oculte sus alas, también temo que en la tierra solo seas un peón de una nueva guerra, pues han llegado a mis oídos rumores de que Ócurum, señor de los nigrontes ha retomado su fuerza y ha reunido un ejército enorme en el remoto planeta de Nomte, el planeta oscuro que a su vez es nuestro planeta vecino, si es así mandarían tropas nigrontes a la tierra, pues es allí donde se escondieron los tres pedazos de la piedra del ángel después de la guerra oscura en Arcáreum, temo que esto forme parte de una antigua profecía —dijo Arthon y se le puso una cara de preocupación en el rostro.

—Pero, en caso de que todo eso fuera cierto ¿qué haría yo en la tierra?

—Serías un desterrado, un ángel caído, el rey conoce la profecía mejor que nadie, y en los últimos tiempos los destierros de ángeles a la tierra han aumentado, hay muchos ángeles caídos que ya están en aquel planeta, en aquella galaxia, la profecía dice así: *cuando la oscuridad regrese y la piedra del ángel sea deseada los caídos se levantarán para hacer frente al mal. Más entre todos los caídos se encontrará el elegido, aquel que plantara cara a los señores de la oscuridad. Te entregaré un libro que llevaras contigo a la Tierra en el momento en el que se dicte tu sentencia, en el encontraras las claves para encontrar los pedazos de la piedra del ángel y el resto de la profecía, hijo mío, prométeme que te cuidarás* —concluyó Arthon, extrañamente, muy seguro de cuál sería el castigo de su hijo.

—Te lo prometo, padre, solo espero que eso que dices no sea cierto, espero que la oscuridad no regrese al universo —dijo Hálum abrumado.

En ese momento entraron dos guardias y le dijeron a Arthon que tenía que dejar a su hijo ahí, la visita había terminado.

—Cuídate, hijo, mañana te veré en el juicio. —concluyó el padre con una media sonrisa y salió de la sala.

Al día siguiente Hálum despertó temprano, había alguien con el rostro tapado enfrente de su celda, alguien vestido con una túnica blanca y la cara tapada por una especie de bufanda negra y una capucha blanca. Se quitó la capucha y era Álita, Hálum la vio claramente, se acercó a los barrotes y se dirigió a ella.

—Álita, mi amor, ¿cómo has entrado aquí? —dijo Hálum.

—Tengo mis contactos entre los guardias —contestó la joven con una sonrisa en la cara— he venido a darte un regalo, he escuchado a mi padre hablar con el jurado y tu castigo será el destierro, te mandarán a la Tierra, y quiero que lleves algo mío, algo que nos mantenga juntos en la distancia —concluyó Álita mientras le entregaba al chico una pulsera de la que colgaba una pequeña forma de ángel dorada.

—Muchas gracias, Álita, siempre te recordare cuando mire esta pulsera, esto me mantendrá a tu lado aunque mi cuerpo se encuentre en otro lugar. Respecto a mi castigo me temo que mi padre ya me advirtió que existía ese rumor además de otras profecías que me dejaron helado.

—No tengo tiempo para hablar más contigo, no tanto como me gustaría, mi amor, tengo que irme ahora o mi padre se dará cuenta de mi ausencia, te veo en unas horas, en el juicio. —Y Álita se marchó dándole un beso a Hálum a través de los barrotes.

Unas horas después de esto entraron dos guardias a la celda de Hálum, vestidos con las ropas típicas de los guardias del palacio de los ángeles, pantalones de seda blancos, cinturón de cuero con broche de plata, camisa blanca y capa dorada.

—Es la hora, te llevamos a tu juicio —dijo uno de los guardias cogiendo al chico del hombro.

Los guardias llevaron a Hálum a palacio para el juicio ante el rey. Al entrar al palacio el joven vio a una multitud de personas que iban a presenciar el juicio, al fondo estaba el rey en su trono, a su lado Álita, y cerca de ellos el padre de Hálum. Cuando los guardias llegaron con el chico cerca del trono se pararon, y el rey se levantó.

—Tú, Hálum, osas mancillar el honor de mi familia pretendiendo casarte con mi hija, ¿acaso tú la darías mejor vida que algún comandante o gobernador de nuestro planeta? —preguntó Irion.

—No puedo prometeros que la daría grandes riquezas, ni si quiera que la daría el palacio más grande, pero si puedo prometeros que la amare el resto de mi vida —se sinceró Hálum.

—¿Amor? ¿Criaras a tus hijos con amor? —preguntó el rey mientras se reía—. No, Hálum, no te concederé la mano de mi hija, pues todos mis antepasados se han desposado con gente de honor, con gente noble, y vos no lo sois.

—¿Cómo osáis deshonorar a mi familia e insultar a mi hijo ante mis narices señor? —preguntó el padre del joven— es un chico de 20 años tan solo y vuestra hija tiene 19, pueden ser libres con su amor.

—Yo no insulto a nadie, solo quiero lo mejor para mi hija y para los herederos a conseguir el trono de los ángeles.

—Padre, no podéis impedir nuestro amor, por mucho que castiguéis a Hálum, nos seguiremos amando —comentó Álita.

—Me da igual todo mientras estéis separados, ¡yo, Irion el vencedor, condeno a este joven insensato a ser desterrado al planeta Tierra! —sentenció el rey.

—No podéis hacerme eso, allí moriré solo sin hogar —dijo entre lágrimas Hálum.

—Te desterraremos allí en una nave con capacidad para un solo individuo, al llegar a la tierra otro de los desterrados ira a recogerte y te proporcionara la información necesaria para sobrevivir, creo que estoy siendo demasiado generoso para lo que mereces —habló más tranquilo el rey— llevaros al condenado a su celda, en dos horas estará preparada su nave para el destierro con las provisiones y todo lo que le será útil en la tierra —concluyó Irion.

Álita tenía los ojos llorosos tras esta decisión, al igual que Hálum, pero ambos sospechaban que este destierro escondía algo más, algo que aún no alcanzaban a

comprender. Los guardias se llevaron al chico a su celda mientras en el hangar de lanzamiento preparaban la nave los siervos del rey.

Entonces, el padre de Hálum, que fue detrás de los guardias y de su hijo, consiguió que le dejaran hablar con el joven, se acercó a él y le entregó un colgante con forma de estrella roja y en el fondo de la estrella dos alas plateadas.

—Hálum, esta es la estrella que ha perdurado en nuestra familia desde hace muchas generaciones, a mí me protegió en la gran guerra, y a ti debe protegerte en los tiempos y acontecimientos que aún te esperan, llévala siempre al cuello, pues la historia algún día hablara de ti y de nuestra familia —le dijo su padre.

—Así será, padre, nunca me quitare este colgante, esta estrella, y si algún día vuelvo a veros os contare todas mis hazañas en la tierra, aunque espero que los nigrontes nunca vuelvan y que la oscuridad permanezca por siempre dormida —habló Hálum mientras le daba un abrazo a su padre.

—Hijo mío, siempre me has enorgullecido, y ahora me separaran de ti, y aunque temo que la profecía se pueda hacer realidad, también estoy seguro de que si es así, si los nigrontes regresaran, tú serías nuestro salvador, el más grande de los ángeles caídos, tu madre estaría orgullosa si consiguiera verte ahora, pues aunque llamen castigo a tu destierro, puede que esto se convierta en la esperanza de todos —exclamó Arthon entre lágrimas.

—Tratare de engrandecer el nombre de nuestra familia, padre, por vos y por mamá, y si algún día tengo que enfrentarme a la oscuridad, luchare por vos y por Álita.

Tras esto, Arthon se marchó, despidiéndose de su hijo que quedo en aquella celda esperando la hora de su destierro.

Menos de dos horas después los dos guardias fueron a recoger a Hálum a la celda y se lo llevaron a través de los grandes jardines de palacio a la plataforma de lanzamiento donde se encontraba su nave de destierro, cuando estaba llegando a esa plataforma, el chico pudo comprobar como al fondo se levantaba Amber, la gran ciudad de los ángeles, la capital de Ángelus, construida con casas de piedra y madera. Entonces llegaron a la plataforma donde ya no había nadie, e introdujeron a el chico en la nave, era una nave pequeña para un solo ocupante, tenía espacio para moverse aunque muy reducido, su color exterior era dorado, redonda como una gran pelota. Hálum entró en la nave y antes de que los guardias la cerraran comprobó que llevaba el libro que le había entregado su padre, además le habían metido en el equipaje un mapa de la tierra con varios sitios señalados que Hálum aún no alcanzaba a comprender, también llevaba comida y agua para el viaje, y algo de dinero humano, ya que en la Tierra los *dabels* (monedas que se usaban como dinero en Ángelus) no le servirían para nada. Cuando el chico comprobó que todo estaba en su sitio, los guardias cerraron la puerta y se alejaron, y por una especie de megafonía el joven escucho una voz.

—Te quiero Hálum, nunca te olvidare, algún día volveremos a vernos, estoy

segura —era la voz de Álita.

—Hálum, hijo mío, honraras a nuestra familia, pues esto no es un castigo tan malo y sé que lo llevaras bien, sé que sobrevivirás —dijo otra voz que era la de su padre.

—Buen viaje, Hálum, espero que entiendas el porqué de imponerte este castigo, tenía que alejarte de mi hija, y no es el peor castigo que podía imponerte, intenta sobrevivir —concluyó el rey Irion.

Y en ese momento la nave despegó, y Hálum con ella rumbo a la tierra, tardaría unas horas en llegar a el planeta, pues estaba una galaxia más allá de Arcáreum. Y así fue como Hálum se convirtió en un ángel caído.

LA TIERRA

La nave de Hálum partió de Ángelus y el chico iba mirando por una pequeña escotilla que había en la parte delantera, observaba su tierra, y un poco después las estrellas y la inmensidad del universo. Se alejaba del planeta y seguía mirando por la escotilla, veía su planeta y no muy lejos otro, un planeta más oscuro, casi negro, era Nomte, el planeta oscuro, donde habitaban los nigrontes, ahora casi sin poder después de perder la guerra contra los ángeles, en aquel oscuro planeta solo se apreciaban débiles luces de vez en cuando en diversos puntos de él mismo, pero Hálum se va alejando de allí, cada vez ve los planetas más pequeños, y ya siente la desesperación de dejar atrás a los suyos, y se pregunta que habrá echo él para sufrir este tormento. Al cabo de una hora aproximadamente la nave ya ha dejado atrás su galaxia y entra en otra, la galaxia a la que pertenece su nuevo hogar, la vía láctea, y a lo lejos ya se observa el planeta tierra.

Unas doce horas después de partir de Ángelus el chico ya vio el planeta tierra y empezó a entrar en su atmosfera, Hálum noto entonces como la nave cogía más velocidad y todo empezaba a temblar, entonces se abrocho el cinturón en su asiento. Unos minutos después la nave freno un poco e impacto contra el suelo, de repente la puerta se abrió. Hálum se desabrocho el cinturón y salió afuera, estaba en un campo cubierto por algunos árboles, era un terreno llano, y enfrente de él apareció volando un ángel y descendió hasta quedar junto a él joven, ese ángel guardó sus alas, llevaba pantalones vaqueros y un chaleco negro abierto, en el cuello se le veía un colgante con una especie de circulo en espiral, tenía el pelo moreno y corto, unos treinta años de edad.

—Bienvenido a la tierra Hálum, yo seré tu instructor aquí, mi nombre es Vélder, estamos a las afueras de tu nuevo hogar, la ciudad de Madrid, aquí corre el año 2030 por el calendario católico, que es la religión mayoritaria de este país, si tienes alguna duda o pregunta házmela ahora, si no, podemos partir hacia el que será tu hogar —dijo el hombre.

—Está bien, pero déjame recoger mis cosas —contestó el chico.

—Date prisa, la nave volverá a despegar en unos treinta minutos para regresar a Ángelus, no pueden quedar rastros de que una nave ha estado aquí, pues los satélites humanos habrán detectado la nave y en unas dos horas habrá por aquí algunos de ellos investigando.

—Muy bien, acabaré rápido.

Cuando Hálum acabó y guardó sus cosas en una mochila que le entregó Vélder, ambos partieron andando hacia un coche que había dejado el instructor a unos dos kilómetros de allí, aunque esos kilómetros los hiciera volando para no acercarse demasiado al coche al lugar de aterrizaje de la nave. Llegaron al coche y montaron, se pusieron de camino.

—¿Sabes algo de la piedra del ángel? —preguntó Hálum.

—¿Cómo no saber algo? Es la piedra con la que el rey se libró de los nigrontes con ayuda de un ejército de ángeles en la gran batalla en la llanura de Céler en nuestro planeta contra la invasión nigronte —respondió Vélder.

—Y ¿crees que los nigrontes podrían volver a atacar?

—No es cuestión de creer, en este caso los hechos están por encima de las creencias joven ángel, los nigrontes siempre han seguido en su planeta desde la guerra, acobardados, a pesar de saber que nuestro rey se deshizo de la piedra del ángel y la destruyó en tres pedazos antes de mandarla esconder en la tierra, y eso ha llegado a los oídos del malvado Ócurum, el señor de los nigrontes, está volviendo a reunir un ejército y preparando una nueva guerra según se dice, y en la tierra los ángeles caídos tenemos la misión de estar alerta, pues si es cierto que saben que en este planeta están los tres pedazos de la piedra del ángel, vendrán nigrontes a recuperarla para hacer su propia devastación en el universo —sentenció Vélder.

—Y por último me gustaría saber, ¿cuál fue el motivo de tu destierro?

—Lo mío no fue exactamente un destierro, ni lo tuyo tampoco chico, ni lo de algunos otros que están viviendo ahora en este planeta, el rey es consciente de la amenaza de los nigrontes y está buscando excusas, delitos tontos para mandar ángeles a proteger la piedra.

—Lo sospechaba, pero siento en mi corazón que algún día regresare a Ángelus, y no precisamente como un desterrado.

Con la conversación avanzada llegaron a Madrid, y Hálum estaba sorprendido con la construcción de sus edificios, la gente abarrotaba las calles e iban de tienda en tienda. En ese momento el coche de Vélder entró en una calle algo más pequeña, aunque cercana a la zona de más tránsito de Madrid como era el paseo de la castellana, y freno el coche, habían llegado a el piso que sería el nuevo hogar de Hálum.

Bajaron del coche, y se dirigieron hacia un portal, una puerta de metal gris con cristales, y Vélder le entregó dos llaves a Hálum.

—Abre la puerta, una llave es del portal y la otra de tu piso.

El chico abrió la puerta del portal y subieron hasta el 3º D que era el piso en el que viviría Hálum. Una vez que entraron dentro del piso, Vélder le enseñó las habitaciones a él joven y le despidió.

—Puedes instalarte, yo vivo en el piso de al lado, ya es tarde asique esta noche descansarás y mañana vendré a visitarte ya que tenemos que ir a ejecutar unos

asuntos de importancia, tienes algo de cenar en la nevera.

Entonces Vélder se marchó y Hálum se quedó investigando su nuevo hogar, no era muy grande, pero tenía el espacio suficiente para vivir en comodidad. Eran ya las 21:30 de la noche y el joven ángel se puso a cenar. Una vez que acabó abrió su mochila y empezó a colocar sus cosas en los cajones, y también cogió el libro de la profecía que le había entregado su padre en Ángelus y empezó a leer, lo abrió por una página que decía:

«cuando la oscuridad renazca, cuando toda esperanza toque a su fin, el mitad nigronte encontrará la piedra y abrirá la puerta a la luz, cuando todo esto pase y la nueva guerra toque su fin, el mitad nigronte será rey de los ángeles»

Entonces Hálum, asustado cerro el libro, no podía imaginarse a un nigronte reinando, pues eso supondría la victoria de la oscuridad, a pesar de que esa profecía también traía algo de esperanza y otros párrafos del libro hablaban de que los caídos se levantarían contra el mal. Entonces el chico dejó el libro y cogió el mapa que le habían entregado en Ángelus, un mapa muy extraño, parecía ser de la tierra pero con ciertos lugares marcados y con dibujos muy extraños, el joven lo guardó para enseñárselo a su instructor al día siguiente. Hálum se fue a dormir, pues en su corazón sospechaba que al día siguiente sería una jornada agotadora ayudando a Vélder, aunque le costaba dormir, no paraba de pensar en la profecía y en la posibilidad de que se acercara una guerra que nadie podría impedir, a la vez que pensaba en su amada Álita.

A la mañana siguiente Hálum se levantó a eso de las siete de la madrugada según un reloj que había al lado de su cama, un reloj despertador digital. Y aproximadamente a las ocho, cuando el chico ya había desayunado algo, sonó el timbre, era Vélder, el joven abrió la puerta y llevó a su instructor al salón.

—Siéntate, tengo que enseñarte algo —dijo Hálum.

—¿Qué es? —preguntó Vélder.

—Algo que podría darnos ciertas pistas sobre acontecimientos que van a ocurrir si nadie lo impide —y el chico sacó el mapa y lo puso encima de la mesa abierto.

—¿De dónde has sacado esto? Este mapa puede llevarnos hasta los tres pedazos de la piedra del ángel, llevamos meses buscando donde se escondieron para protegerlos de los nigrontes —respondió sorprendido el instructor.

—Me lo entregó mi padre antes de partir, junto con un libro de profecías —aclaró el joven.

—Esta es la clave, tenemos que proteger los lugares marcados con el símbolo azul de la piedra.

—Y los otros símbolos del mapa, ¿qué significan?

—Los otros símbolos de color rojo y alas de ángel rojas sospecho que significan el paradero de objetos de importancia para los antiguos caídos, objetos que según la profecía heredara el señor de los caídos en la gran guerra futura.

—¿Y quién es ese señor de los caídos? —se extrañó el chico.

—Se dice que es un mitad nigronte, aquel que en su interior guarda mayor poder que ningún otro ángel, pero aún no se ha dado a conocer.

—He leído una profecía que dice que el mitad nigronte reinara, ¿significa eso que los nigrontes nos destruirán?

—No, el mitad nigronte será el salvador según las antiguas escrituras, pero no es momento de hablar de eso, primero debemos ir a instruirte y a por tus armas, en los próximos días podrían suceder cosas que requieran enfrentarnos a nuestros enemigos y necesitas estar armado —concluyó el instructor.

Tras esta conversación ambos salieron del piso de Hálum y se dirigieron al coche.

Después de unos veinte minutos de trayecto llegaron a una especie de nave industrial, se bajaron del coche y Vélder le dijo a Hálum que le siguiera al interior de la nave. Entraron, y por dentro más que una nave industrial parecía un edificio muy antiguo, columnas de piedra llegaban hasta el techo, era un espacio muy grande, y al fondo de la nave un señor en una especie de despacho, rodeado de armas y armaduras, en especial de espadas. Se acercaron a este señor.

—Buenos días, mi buen amigo Biero, venimos a por armas y armadura para este nuevo ángel caído, nos espera una arriesgada misión y necesita estar preparado —dijo Vélder.

—Tengo justo lo que necesitáis, algo aparatoso y poderoso pero con camuflaje para que los humanos no puedan verlo —dijo Biero, el guardián de las armas de los caídos, y saco una especie de camisa metálica parecida a una cota de malla— pónitelo —le dijo a Hálum.

—Está bien —contestó Hálum mientras se ponía esa camisa metálica de mangas largas.

—Bien, es de tu talla —habló Vélder— te la pondrás debajo de la ropa y nadie sabrá que lo llevas, ahora los pantalones de el mismo conjunto.

—Aquí los tienes —respondió Biero mientras le entregaba a Hálum unos pantalones también metálicos como la camisa.

—Pónitelos allí detrás, debajo de tus pantalones normales, y la camisa metálica debajo de tu camiseta normal —sentenció Vélder.

Y en ese momento Hálum se fue detrás de una estantería a ponerse su armadura. Cuando acabó de vestirse regresó a donde le habían entregado todo.

—Ahora entrégale una espada digna de un caído, una que pueda camuflarse —habló Vélder.

—Esta será digna de él, una espada que ha de ver grandes aventuras —dijo Biero mientras le entregaba una especie de llave.

—Pero ¡esto es una llave, no una espada! —contestó exaltado Hálum.

—No, chico, la llave es solo un camuflaje, si pronuncias su contraseña correctamente en tus manos tendrás una espada, agárrala fuerte y pronuncia la palabra *cecidit* —respondió Biero.

—*Cecidit* —gritó con fuerza el chico, y de repente en sus manos apareció una espada de enorme calibre, con una empuñadura metálica y unas alas talladas en la hoja— y ahora, ¿cómo hago para esconderla y que vuelva a ser una llave?

—Pronuncia la palabra Finis, así volverás a tener tu llave y ningún humano sospechara —habló Biero.

—Finis —pronunció Hálum y la espada se convirtió en llave.

De repente entró corriendo en la nave un chico de no más de veinticinco años, con pantalones vaqueros, camisa blanca y una especie de gorra en la cabeza.

—¡Han regresado, han hecho una declaración de guerra, los nigrontes van a atacar Ángelus y posiblemente vengan a la tierra! —gritó el chico.

—¿Qué?, ¿cómo sabes eso? —preguntó preocupado Vélder.

—El oráculo lo ha visto —contestó fatigado el joven—. Una especie de aparato impacto contra la superficie de Ángelus ayer mismo, en ese aparato estaba escrito un mensaje que decía *«preparaos para el final, la era de los ángeles se acabó, los nigrontes poseerán la piedra del ángel y reinaran en Ángelus»*.

—Esto es más grave de lo que podemos imaginar, pero aún queda esperanza mientras la piedra siga en la tierra y podamos defenderla, chico, dile al oráculo que convoque a los caídos en la tierra, es la hora de levantarnos, la guerra se acerca —sentenció Vélder.

Tras esto el chico se fue corriendo a avisar al oráculo de lo que proponía Vélder.

—Pero, si todo esto es cierto los nigrontes se preparan para atacar Ángelus, tengo que ir a ayudarlos, mi deber es proteger a mi amada Álita —propuso Hálum.

—No, Hálum, se te ha enviado a la tierra con una misión, regresarás a nuestro planeta, tengo la intuición de que todos los caídos regresaremos, pero ahora no es el momento, antes hay que proteger la piedra del ángel, pero antes se celebrara un gran consejo de los caídos, somos demasiados y solo unos pocos acudiremos a ese consejo y decidiremos que hacer, tú me acompañaras a mí al consejo —habló Vélder—. Ahora iremos a ver al oráculo, sospecho que tendrá algo que decirnos, aparte de que él será el encargado de convocar al consejo de los caídos.

—Entonces, hay que tomar decisiones rápidas, pues algo me dice que los nigrontes atacaran pronto Ángelus, y que pronto estallara la guerra —sentenció Hálum.

Tras esta conversación Hálum y Vélder se fueron de la nave industrial, montaron en el coche y partieron en dirección al hogar del oráculo.

3. EL CONSEJO DE LOS CAÍDOS

Hálum y Vélder fueron a través de caminos de campo con su coche, entonces llegaron a una cabaña, no muy grande, construida a base de troncos y madera. Bajaron del coche y se dirigieron a la puerta, llamaron al timbre, al cabo de unos segundos el mismo chico que les había alertado en la nave industrial abrió la puerta de la cabaña.

—¿Cómo has llegado tan rápido hasta aquí? —preguntó Hálum.

—Volando, por encima de las nubes para no despertar sospechas en los humanos —respondió el chico.

Entonces este chico les guio hasta el oráculo, un hombre de unos cincuenta años, vestido con una túnica marrón, llevaba una barba negra y pelo largo.

—Pasad, a ti te conozco, Vélder, hemos debatido más asuntos hace algún tiempo, y de ti he oído hablar, y he escudriñado en tu vida, Hálum, tú serás una pieza fundamental en los tiempos que están por venir, presiento una fuerza en tu interior que ni tú mismo conoces, pero que pronto te será mostrada —les dijo el oráculo.

—Simplemente soy un soldado que ha sido desterrado a la tierra, señor —respondió con una sonrisa Hálum.

—Te convertirás en algo más que eso muy pronto, estoy seguro —sentenció el Oráculo—. Mi nombre es Gúldur, por cierto.

—Encantado de conocerle —dijo amablemente Hálum.

—Queríamos saber más sobre el regreso de los nigrontes señor, y creo que es momento de convocar a los caídos a un consejo, pues debemos proteger la piedra del ángel a toda costa —comentó Vélder.

—Es cierto, Vélder, los caídos ya han sido convocados por mí un poco antes de que llegarais, nos veremos en 2 días en los montes de la ciudad, muy cerca de mi hogar, allí celebraremos consejo y decidiremos, y sobre los nigrontes, su ataque a Ángelus será inminente, he podido ver que en nuestro planeta los ejércitos del rey ya se preparan para la guerra, a no mucho tardar Ócurum, el señor de los nigrontes golpeará nuestro planeta y lo hará con dureza, pero las fuerzas de nuestro planeta resistirán mientras el enemigo no encuentre la piedra del ángel, como proteger la piedra será el tema que hablaremos en el consejo.

—Pero, en algún momento, tendremos que regresar a Ángelus para ayudar a los nuestros ¿verdad?, la profecía lo dice, cuando el mal regrese los caídos se levantarán

—interrumpió Hálum.

—Veo que conoces la profecía chico, y si, te puedo decir que algún día regresaremos a Ángelus, pero antes hay que parar a los nigrontes en la tierra y proteger la piedra del ángel.

—Bien, así será, en dos días nos veremos en los montes, ahora nosotros nos vamos a descansar —terminó Vélder.

En ese momento, Hálum y Vélder se fueron, cogieron el coche y regresaron a sus respectivos pisos a dormir, en el camino era de noche y las luces del coche iluminaban el asfalto.

—¿Cuándo vamos a utilizar nuestras alas, cuando volaremos en vez de usar el coche? —preguntó Hálum.

—En dos días, al consejo iremos con la fuerza de nuestras alas, pues aunque no nos gustaría que los humanos sepan de nuestra existencia, el corazón me dice que muy pronto no podremos ocultarnos, si los nigrontes atacan tendremos que salir a la luz —respondió Vélder.

Llegaron a su bloque de pisos y cada uno se fue al suyo a descansar. Hálum estaba en la cama observando la pulsera que le regalo Álita antes de su destierro y una lágrima bajó por su mejilla recordando tiempos mejores, tiempos que, aun sabiendo que algún día regresaría a Ángelus, en su corazón sabía que nada volvería a ser igual que antes de su destierro, puede que ni si quiera la belleza de su planeta lo fuera si los nigrontes atacaban con dureza.

Al día siguiente no se movieron de sus pisos, aunque sí que se reunieron en el piso de Hálum para observar detenidamente el mapa y el libro de la profecía. Vélder estaba mirando el libro página por página y de pronto paro en una, le entregó el libro a Hálum abierto por esa página.

—Mira, aquí explica el poder de la piedra del ángel con todo detalle —comentó Vélder.

—Pone que es una gran piedra con un gran poder, pero si está destruida en tres pedazos, habrá perdido tal poder, entonces, ¿para que la quieren los nigrontes? —preguntó Hálum.

—Porque si se juntan esos tres pedazos volverá a estar completa, y como el mismo libro dice, quien posea la piedra tendrá en sus manos el mayor poder que se conoce en el universo, y podrá doblegar a cualquier ejército por numeroso que sea —respondió Vélder.

Tras esta conversación Vélder se marchó a su piso, y Hálum se quedó pensando en la piedra del ángel, y en el consejo al que tendrían que acudir al día siguiente.

Por fin llegó el esperado día del consejo, y una hora antes de tal acontecimiento, Hálum y Vélder se volvieron a reunir, subieron a la azotea del bloque de pisos, se quitaron su ropa de humanos y se pusieron la vestimenta de ángeles caídos con una

guerra por delante, se pusieron las cotas y pantalones de malla metálica, aunque apenas pesaba, y encima una túnica blanca con una especie de alas negras en la zona del pecho.

—¿Cómo sacaremos las alas con estas cotas cubriéndolas? —preguntó Hálum.

—Son cotas de ángel, eres joven, así que te diré que estas cotas están preparadas para que nuestras alas salgan con ellas puestas —respondió Vélder.

Entonces ambos sacaron las alas haciendo un movimiento de abrir los brazos. En ese momento saltaron y echaron a volar, fueron por encima de las nubes, que se veían por debajo de sus ojos, Vélder fue por delante haciendo de guía y el joven Hálum le siguió, de pronto el maestro empezó a bajar y el chico fue detrás, habían llegado al monte, al lugar de el gran consejo, allí abajo había ya trece ángeles más, aparte del oráculo, un total de catorce que con Hálum y Vélder hacían dieciséis. Saludaron al resto de ángeles y se colocaron, todos sentados en el suelo formando un gran círculo, el oráculo estaba en el centro del consejo, todos los ángeles allí presentes llevaban la misma túnica que Hálum y Vélder, los cuales se unieron al círculo, en ese momento dio comienzo el consejo, el oráculo se puso en pie y empezó a hablar.

—Bienvenidos todos los caídos aquí presentes, catorce de vosotros representáis a zonas del planeta, y comandáis a los caídos de esas respectivas zonas, pero también tenemos entre nosotros al joven Hálum, pues tiene en su poder el mapa que nos dirá donde se encuentran los tres pedazos de la piedra del ángel, la gran piedra que salvó a nuestro pueblo en la anterior guerra contra los nigrontes, y ahora, nuestro enemigo ha regresado, en su planeta han creado ejércitos terribles y hordas de enemigos atacaran nuestro planeta, pero aún necesitan la piedra para asegurar su victoria, y es nuestro deber protegerla, pues como dice la profecía, cuando el mitad nigronte empuñe la piedra del ángel, los ejércitos del enemigo se doblegaran. —Y en ese momento Gúldur se dirigió a Hálum—: Ahora es tu momento chico, enséñanos el mapa.

—Aquí lo tenéis —dijo Hálum sacándose el mapa de un bolsillo de la túnica.

—Bien, según esto los tres pedazos de la piedra del ángel están repartidos en el mundo, el primero está en Paris, debajo de la torre Eiffel, el segundo en México, en el interior de la pirámide del sol, y el tercero en Nueva Zelanda, en el interior del lago del parque nacional de tongariro, os repartiréis por esas zonas para proteger esos pedazos con otros caídos que no están aquí presentes, excepto vosotros dos —dijo el oráculo dirigiéndose a Hálum y Vélder—. Tú, Hálum hijo de Arthon, he escudriñado tu vida, tu pasado y tu futuro, hace unos días te dije que tendrías un papel importante en todo esto, como la profecía dice, *el mitad nigronte tendrá en sus manos el destino del universo y después reinara, tú eres ese mitad nigronte*.

—Pero eso es imposible, mi padre es un ángel y mi madre, aunque no la conocí también era de nuestra raza —comentó sorprendido Hálum.

—Eso es lo que tu padre te contó para protegerte, Hálum, pero la verdad es que tu madre era de la raza de los nigrontes, ella no tenía maldad, pues no todos los nigrontes son malos, tu padre la conoció en una misión que se le encomendó en

Nomte, y se enamoraron, pero la diferencia de sus razas les hizo separarse pronto, y cuando tú naciste ambos acordaron que lo mejor sería que crecieras apartado de los nigrontes, y que tu educación se basara en la bondad de los ángeles —respondió Gúldur.

—¿Cómo sabes eso solo escudriñando en mi vida? Puede que te equivoques — habló el chico con tono agresivo.

—Esto no lo sé escudriñando en tu vida, esto lo sé desde que me entere de quien es tu padre, tiempo atrás fuimos buenos amigos, antes de que yo viajara a la tierra, trabaje a su lado mucho tiempo, y conocí a tu madre también, tú eres el mitad nigronte, y como iba diciendo, antes de proteger los pedazos de la piedra del ángel, tú debes ir a otro lugar, según el mapa la espada y armaduras del caído están en el interior de los templos de Abu Simbel, en Egipto, tu destino es empuñar lo que allí se encuentra, pues son las armas que debe empuñar el elegido, el mitad nigronte, el caído que librara al universo de las tinieblas.

—No se bien que decir, pero si esto es la voluntad del consejo, debo cumplirla, y lo haré por mi amada Álita y por nuestro planeta —sentenció Hálum.

—Yo te acompañare a Egipto, Hálum, no dejare que un joven ángel como tu valla solo por el mundo —dijo Vélder con una sonrisa.

—Así será entonces, el resto de los aquí presentes os repartiréis para proteger los pedazos de la piedra, cuatro de vosotros iréis a Nueva Zelanda, otros cuatro iréis a México, y cinco iréis a París, se os asignaran otros ángeles caídos rasos para acompañaros en vuestras tareas —acabó Gúldur—. Y hasta aquí llega el consejo de los caídos, nuestro momento se acerca, las llamas de la guerra pronto avivaran, pero con vosotros estoy seguro de que podemos vencer al mal, en un principio yo me quedare en Madrid, pero si veo necesario actuar para proteger la piedra lo haré.

En ese momento todos se levantaron y algunos se fueron a reunir sus pequeños ejércitos para las misiones que se les habían encomendado, entonces Hálum fue hacia el oráculo Gúldur y le preguntó en secreto.

—Mi madre, has dicho que es una nigronte, pero ¿está viva?

—No sabría responderte con exactitud a esa pregunta, joven ángel, pero no tengo constancia de que muriera, ni tu padre tampoco lo sabe, ella se quedó en Nomte, y allí todo es muy oscuro y peligroso, puede haber pasado cualquier cosa —respondió Gúldur.

—Es una pena, en fin, Vélder y yo deberíamos partir con rapidez a Egipto, pues si los nigrontes están preparando una guerra, cuanto antes podamos ayudar será mejor —comentó Hálum.

—Si, debéis partir cuanto antes, pero solo déjame decirte una cosa más, el rey pretende enlazar en matrimonio a su hija Álita con el general Jarman, ella no lo desea, pero el rey puede decidir el futuro de su hija.

—Me entristece esa noticia, pero solo puedo impedir que esa boda se produzca confiando en la voluntad de mi amada, y confiando en regresar un día a nuestro

planeta y que nuestro amor sea correspondido, aunque mientras tanto espero que ese tal Jarman pueda protegerla en mi ausencia.

—Si no tienes nada más que preguntarme, me marchó, te deseo mucha suerte Hálum, confío en verte combatir a los nigrontes con dignidad y en la victoria de nuestro pueblo guiada por ti contra la oscuridad, hasta pronto —terminó Gúldur.

Tras esta conversación Gúldur se despidió también de Vélder y se marchó, entonces Hálum y su compañero echaron a volar con sus alas y fueron a sus pisos, a prepararlo todo para partir a Egipto al día siguiente.

EL PREPARANDO LA GUERRA

Habían pasado dos días desde el destierro de Hálum, el rey Irion mando llamar a su hija a la sala central de palacio, Álita llevaba desde el destierro de su amado sin salir de su cuarto. Cuando el guardia fue a buscarla estaba con los ojos llorosos y acepto a desgana acudir a la llamada de su padre. Llegaron a la sala en la que estaba el rey, una sala grande con una gran bóveda de cristal en el techo que dibujaba la figura de un ángel, las paredes estaban pintadas de blanco y había columnas de oro. El rey tomo a su hija por el hombro.

—Hija mía, sé que echas de menos a ese chico, pero donde le he mandado hará más bien que aquí entre nosotros, no podía permitir que estuvierais juntos, pues él no podría protegerte bien el día que yo muera —dijo Irion a su hija.

—No sabes nada, él me quería y mi amor por él es enorme —respondió con desprecio Álita.

—Él no era lo suficiente para ti, tú mereces algo mejor, por eso te casaras con mi general Jarman.

—No tienes el derecho a decidir por mí quien debe ser mi marido, es mi voluntad decidir.

En ese momento un hombre de la guardia del rey entró a la sala interrumpiendo la discusión, entró dirigiéndose al rey.

—Mi señor, siento interrumpiros, pero hay problemas, ha pasado algo muy grave, un aparato ha impactado contra los jardines de céster en la ciudad, en ese aparato hemos encontrado un mensaje que decía *«preparaos para el final, la era de los ángeles se acabó, los nigrontes poseerán la piedra del ángel y reinaran en Ángelus»*.

—¿Es cierto eso que dices?, si es así es una declaración de guerra de los nigrontes —respondió preocupado el rey.

—Sí, es cierto mi señor, van a atacar, o eso parece —habló el guardia.

—Está bien, haz llamar a Bátor y a Jarman, debo reunirme con ellos urgentemente, debemos decidir qué hacer —sentenció el rey.

Entonces el guardia se fue de la sala en busca de los generales del rey. Álita, asustada se fue a su cuarto sin pronunciar ni una palabra.

Una hora después de todo, los generales Bátor y Jarman entraron en el palacio a reunirse con el rey, encontraron a Irion en el trono sentado.

—Buenos días, majestad, ¿qué asuntos quería comentarnos? —preguntó Jarman.

—Quería reunirme con vosotros para decidir qué hacer, como ya sabréis los nigrontes nos han declarado la guerra —dijo el rey.

—Bien, majestad, ¿y que sugiere que hagamos ante tan terrible noticia? —comentó Bátor.

—Mi sugerencia es reforzar las defensas en las murallas de la ciudad, no dejar ninguna parte sin proteger, si atacan nuestro planeta atacaran esta ciudad, ya que es la más grande y si quieren hacernos daño atacaran nuestro palacio —respondió el rey.

—Estoy de acuerdo, mi señor, pero también sugeriría alertar a otras ciudades para que se refuercen y enviar guardianes a las aldeas —habló Jarman.

—Estoy de acuerdo, solo esperemos que no encuentren la piedra del ángel en la tierra, por suerte fui previsor y los caídos ya sabrán estas nuevas noticias, el oráculo ya debe haber visto esta declaración de guerra, pero necesitamos mandar a alguien más a la tierra, tu Jarman, te casaras con mi hija si así lo deseas, necesito a alguien que la proteja en esta hora sombría y creo que nadie podría hacerlo mejor que tú, sin embargo, tú, Bátor, viajaras a la tierra y te reunirás con el oráculo, supervisaras las defensas de la piedra del ángel —sentenció el rey.

—Me casare con vuestra hija, mi señor, pues vos estáis de acuerdo, y juro que la protegeré por encima de todas las cosas —contestó Jarman.

—Yo iré a la tierra, y será un placer cumplir vuestras órdenes y supervisar tan importante tarea como la protección del objeto más preciado de nuestra historia —dijo por su parte Bátor.

—Así será pues, de momento id dando órdenes de reforzar nuestras defensas y nuestros muros exteriores, que nuestros ejércitos se preparen para la guerra, y mañana tú partirás a la tierra, Bátor, podéis iros, daros prisa en prepararlo todo, los nigrontes podrían atacar en cualquier momento —concluyó el rey.

Los dos generales se fueron de la sala a alertar a los soldados y preparar la defensa de la ciudad.

Mientras tanto y tras los últimos acontecimientos, el rey se quedó sentado en su trono dándole vueltas a la cabeza, pensando en los acontecimientos recientes y los que estaban por venir si los nigrontes cumplían su declaración de guerra, y Irion no dudaba que la cumplirían, él había vivido la anterior guerra, en la que murió su padre y él tuvo que asumir el mando de las defensas de Ángelus, aquella guerra que, a pesar de convertirle en rey dejó tanto dolor en su corazón, tantas heridas en su alma, aquella guerra le hizo perder a seres queridos, no solo a su padre, el anterior rey Ímber, en aquella guerra también perdió amigos, pues a pesar de que los ángeles acabaron consiguiendo la victoria con la ayuda de la piedra del ángel, la devastación fue enorme, poblados enteros y algunas ciudades fueron destruidos, se perdieron miles, algunos dicen que incluso millones de vidas. El rey estaba convencido de que si los nigrontes habían hecho esa declaración, sería por que han recuperado todo su poder, aquel poder que les hizo estar a punto de vencer a los ángeles, y si el enemigo

se hacía con el poder de la piedra del ángel, nadie podría pararlos. Irion confiaba en los caídos, y confiaba desde hacía mucho tiempo, pues el oráculo Gúldur fue mandado a la tierra por él para dirigir las defensas de la piedra llegado el momento, y además de él mando a más ángeles a la tierra, ángeles que iban conscientemente sabiendo que su misión era esperar, y llegado el momento pelear por su linaje, a Hálum le mando a través de excusas, le mando como castigo, al menos en teoría, pero el rey sabía que ese chico guarda en su interior un poder que el mismo desconoce, un poder que, llegado el momento puede ser devastador para los nigrontes, el rey sabe que Hálum es el mitad nigronte del que habla la profecía, o al menos, lo intuye.

Pasados unos treinta minutos de reflexión, el rey decidió convocar un consejo especial, haría acudir al congreso de palacio a los gobernadores de las otras 4 grandes ciudades de Ángelus, mando a sus mensajeros a expresarles el comunicado, los nigrontes podían atacar en cualquier momento, asique los mensajeros debían ir de prisa, pues en dos días debía de celebrarse ese consejo.

Esos dos días hasta llegar el día del consejo, el rey intentó reconciliarse con su hija, pero ella se negó a hablar con él, Álita sentía un odio profundo hacia su padre por haberla separado de su amado.

Por fin llegó el día, los gobernadores llegaron al congreso, Jasón, gobernador de Espealia, Faran, gobernador de Ángler, Fínguel, gobernador de Qáter y Mandrel, gobernador de Bélzerin. Los cuatro tomaron asiento en el congreso, en otras sillas también estaban los consejeros de Todo el planeta, eran treinta consejeros, y solo faltaba el rey, al que todos esperaban en sus sillas de plata sentados, el congreso era una gigantesca estructura de cristal, no tenía ningún ladrillo, todas las paredes eran cristal. Entonces llegó el rey, y ocupó su silla que era de oro, eso la diferenciaba del resto de las sillas, cuando Irion ya se había sentado empezó el consejo, el rey levantó los brazos y pronunció su discurso.

—Bienvenidos, Ángeles de todo el planeta, os saludo consejeros, es un placer veros a todos aquí reunidos, también es un placer que hayáis acudido a mi llamada, gobernadores, pues sé que algunos venís de lejos y ha sido un viaje rápido, pero la ocasión y los acontecimientos que abordan estos tiempos requieren de nuestra prisa, pues el reloj corre en nuestra contra —continuó el rey con gesto serio—. Como ya sabréis, los nigrontes han hecho una declaración de guerra, vosotros, gobernadores, combatisteis a mi lado en la anterior guerra que asolo a nuestro planeta, y sabéis que los nigrontes son poderosos, y si atacan debemos preparar nuestras ciudades, pues aunque el ataque mayor seguramente será en nuestra capital Amber para abordar nuestro palacio, debemos proteger las otras ciudades, y debo pedir os que preparéis a vuestros ejércitos, pues si el ataque se concentra en Amber deberéis acudir a la guerra, pueden atacar en cualquier momento así que debo pedir os que marchéis hoy mismo a vuestras ciudades a prepararlo todo —terminó Irion.

—Lo hemos hablado, majestad, y contáis con nuestro apoyo, nuestras cuatro ciudades estará preparadas para la guerra por si son atacadas, pero también nos

prepararemos para partir en caso de que el ataque se concentre en Amber, nuestra capital, y vos, nuestro rey, no permitiremos que caigáis sin nuestra ayuda, si hemos de combatir volveremos a hacerlo codo con codo como antaño hicimos —respondió Faran de Ángler.

—Así será, pues, como Ángelus se defenderá en esta guerra, pues si los nigrontes planean atacar, no dejaremos que venzan, las grandes ciudades de nuestro planeta unidas deben ser suficiente para derrotarlos, y más si contamos con otro ejército en secreto, con las huestes de los caídos, ellos protegerán la piedra del ángel en la tierra y si la ocasión lo requiere regresaran a Ángelus para combatir a nuestro lado —sentenció el rey.

—Está bien, lucharemos por la supervivencia de nuestro planeta, de nuestra especie, y si Ócurum levanta la cabeza, se la cortaremos, pues aún teme a los ángeles, y la prueba es que según cuentan intentara hacerse con la piedra del ángel, pero ¿vos estáis seguro de que la piedra estará a salvo? —contestó Jasón de Espealia.

—Lo estará, no tengáis ninguna duda, pues hay indicios de que el elegido, aquel del que hablan las profecías, el mitad nigronte, está en la tierra para defender la piedra, aquel que puede convertirse en capitán y señor de los caídos y dirigir sus ejércitos —sonrió Irion mientras lo contaba.

—Muy bien, pues si todo es así, partiremos cuanto antes mi señor, debemos preparar las defensas —comentó Fínguel de Qáter.

—Así será, el resultado de nuestro consejo es que defenderéis vuestras ciudades pero prepararéis a vuestros ejércitos por si tenéis que ayudar en Amber, partid ahora y aprisa a prepararlo todo, espero volver a veros en tiempos de paz, pero será un placer combatir a vuestro lado si la guerra nos lleva a ello, que tengáis mucha suerte —terminó Irion despidiéndose de los gobernadores.

Tras las últimas palabras del rey el resto de gobernadores se despidieron y abandonaron el congreso, el rey también volvió al edificio principal del palacio, la tarde ya estaba avanzada y se estaba haciendo de noche.

Mientras el congreso acababa y el rey volvía al edificio central el general Jarman acudió a visitar a Álita a palacio, a tratar de convencerla de que él era un buen hombre y podía ser un buen marido. Jarman llegó a una de las salas de la primera planta en palacio, y vio a Álita en un balcón, mirando como la luz de la tarde empezaba a marcharse sobre la ciudad de Amber para dar paso a la noche, una noche que parecía que iba a estar muy estrellada en el firmamento. En ese momento Jarman se acercó a Álita y la empezó a hablar con tono amistoso.

—Otro día se va, y las estrellas alumbran tu belleza, mi señora.

—Buenas noches, no se a qué has venido ni que pretendes hablándome, pero no puedo casarme con vos como mi padre pretende, yo amo a Hálum, y no puedo amar a nadie más que a él —contestó Álita.

—Soy consciente de eso mi señora, yo os amo a vos, pero deseo vuestra felicidad,

no me gustaría casarme si no me amáis, pero, le debo lealtad a vuestro padre y el pretende casarnos, no puedo negarme —continuó con tono amable Jarman.

—Lo sé, Jarman, eres buena persona, pero debes aprender que tu voluntad es más grande que cualquier lealtad a cualquier rey, sé que me amas, pero yo solo puedo ofrecerte mi amistad y mi respeto, pues eres un gran soldado.

—Y yo acepto vuestra amistad de buen grado, mi señora, ya que no podré tener vuestro amor, pero aunque no nos casemos, sí que os pido que por el momento y ya que Hálum no está aquí, me dejéis protegeros, se avecinan tiempos difíciles, tiempos de guerra, y sería un honor para mí proteger vuestra integridad —ofreció Jarman.

—Está bien, serás mi protector, aunque si hay guerra y el enemigo llega a nuestro palacio, yo también luchare, no quiero depender siempre de otras manos ni de otra espada —concluyó Álita.

En ese instante, cuando Álita acabó de hablar, del cielo empezaron a caer una especie de meteoritos, impactando más allá de la ciudad, cerca del bosque de gianóls (árboles altos parecidos a los pinos), un gran bosque con gran extensión. Jarman y Álita contemplaron con asombro estos sucesos, pues no eran asteroides y ellos lo sabían, eran más oscuros, y dejaban en el firmamento un rastro de luz roja.

El rey Irion volvía al edificio principal de palacio cuando también contemplo esa especie de meteoritos, y el cielo soltó un ruido ensordecedor, como un trueno pero más fuerte, y el general Bátor llegó corriendo y se encontró al rey sorprendido mirando al cielo.

—¡Mi señor! Son los nigrontes, ya han llegado, la hora de la oscuridad ha llegado.

—¡No si podemos impedirlo! Ve corriendo y dile a los gobernadores que salgan de prisa, que partan en sus naves a sus ciudades antes de que sea más tarde, han llegado los nigrontes pero aún no atacaran, por lo que veo no a llegado su líder, pero es inminente que llegue asique debemos preparar el planeta —contestó el rey.

—Está bien, iré a decirles que partan —terminó Bátor.

Y el rey siguió caminando, ahora más deprisa hacia el edificio principal, a buscar a Álita. Cuando llegó a la sala principal del edificio, el rey encontró a su hija y al general Jarman a su lado hablando.

—Los nigrontes han llegado, debemos prepararnos para la guerra —les dijo el rey con tono de preocupación.

—Ya lo sabemos, mi señor, hemos visto como llegaban desde la ventana —respondió Jarman.

—Papá, Jarman y yo hemos hablado, no vamos a casarnos, pues yo no le amo, pero si aceptare su protección y su amistad, y nada más que eso.

—No estoy del todo de acuerdo con eso —dijo el rey—. Pero está bien, si ambos habéis acordado eso, ahora preparémonos para la guerra, Jarman, ve a prisa a preparar a los ejércitos, los nigrontes podrían atacar en cualquier momento.

—Está bien, mi señor, iré a prepararlo todo, si debemos combatir lo haremos con orgullo para que la luz triunfe sobre el mal.

Jarman salió corriendo de palacio, iba al cuartel general de la ciudad a prepararlo todo para la guerra. Mientras tanto el rey y Álita se quedaron hablando un rato más. La guerra se acercaba a Ángelus, y quien sabe si iría más lejos en el universo. Los nigrontes eran malvados y ambiciosos, y su líder también. Si conseguían hacerse con el control de Ángelus, posiblemente después irían a por otros planetas hasta poseer la galaxia de Arcáreum al completo.

S: LA ESPADA DEL CAÍDO

Mientras en Ángelus se preparaban para la inminente guerra, en la tierra, Hálum y Vélder habían llegado a Egipto, fueron en avión, pues el trayecto era largo y se haría más cómodo así. En el aeropuerto cogieron un taxi que los llevaría hasta los templos de Abu Simbel, donde, según el mapa de Hálum se encontraban la espada y la armadura del caído, que ahora pertenecerían al chico por derecho. Entraron en el templo y solo vieron estatuas egipcias, el templo era un museo, pero no había rastro de ningún arma de ángel, buscaron por todos los recintos y no había nada.

—Tal vez no sea aquí, tal vez el mapa estuviera mal y nos hemos equivocado de sitio, pues aquí no hay nada, ni siquiera una puerta ni nada que conduzca a otras salas —dijo Vélder.

—No, el mapa no puede fallar, estoy seguro de que estamos en el lugar correcto, debe haber algún túnel secreto o algo así en este lugar —habló Hálum.

—Puede que tengas razón, pero si es así, debemos encontrarlo pronto, no tenemos toda la vida para ello, la guerra se acerca —sentenció Vélder.

Siguieron buscando pero no encontraban nada, entonces Hálum como atraído por una fuerza superior fue hacia una pared del templo, y se puso a mirar unos jeroglíficos tallados allí, en los jeroglíficos estaba dibujada la figura de un ángel con capucha negra, y al lado una espada, Hálum alerta a Vélder.

—Es aquí, mira esto, un ángel oscuro y una espada, debe haber una apertura o algo aquí cerca.

—No, Hálum, sospecho que no es ni una abertura ni una llave, solo hay algo que abrirá lo que hay dentro y si esto es una puerta la abrirá, la profecía lo dice, habla del mitad nigronte, ese eres tú, por tanto en tu interior hay fuerza oscura, solo la fuerza oscura puede abrir esto —continuó Vélder.

—¿Y que se supone que debo hacer?, ¿cómo saco esa fuerza oscura? —preguntó el chico.

—Simplemente pon las manos encima del jeroglífico y concéntrate, la pared y tu tenéis que formar uno solo, piensa en tus odios más profundos y céntrate en ellos, pues la oscuridad es odio, y solo así sacarás al exterior tu oscuridad, tu mitad nigronte —aconsejo Vélder.

—Está bien —habló Hálum con rostro asustado.

Entonces el chico puso las manos en el jeroglífico, cerró los ojos y trato de concentrarse, en ese momento vinieron a su mente imágenes devastadoras, vio el palacio en Ángelus en llamas, los nigrontes entraban en la ciudad y mataban a todos sus habitantes, y Álita lloraba desconsolada mirando desde la ventana de su cuarto a la espera de una muerte rápida, también se vio a el mismo atado de pies y manos fuera de la ciudad contemplándolo todo sin poder hacer nada para salvar a su amada, y al resto de los ángeles. Entonces mientras en la mente, Hálum veía estas imágenes, Vélder vio como del cuerpo del chico empezaba a brotar una especie de llama roja muy intensa, era casi cristalina, y a la vez un vapor morado, en ese momento el chico abrió los ojos, que ahora estaban negros, soltó un grito desgarrador y con la mano pego un golpe al jeroglífico. El jeroglífico se partió y se abrió una especie de puerta de piedra en la pared. Ante sus ojos apareció un túnel oscuro, y en las paredes del túnel se empezaron a encender unas antorchas, el túnel tenía la anchura suficiente para que entraran unas dos o tres personas. Entonces vieron una figura acercarse a ellos desde el túnel, era una figura de unos dos metros de altura, no se podía apreciar si era hombre o mujer, iba con una túnica negra y encapuchado, cuando llegó delante de Hálum y Vélder, pudieron apreciar que tenía una barba blanca, así que no había duda, era un hombre de edad avanzada. El hombre levantó la cabeza dirigiéndose a Hálum.

—Bienvenido, señor de los caídos, aquel que posee más poder que ningún otro ángel, acompáñame, pero solo puedes venir tú, tu amigo debe esperarte aquí.

—Debe dejarme entrar con él, es mi deber protegerle —contestó Vélder.

—No, Vélder, espérame aquí, entrare yo solo si así debe ser, pues presiento que mi destino está aquí dentro, agradezco tu protección y más aún tu amistad, pero a esta prueba debo enfrentarme solo, pues es el destino quien lo decide —respondió Hálum.

—Así será entonces, pero ten cuidado, y no tardes mucho.

—No te preocupes, pronto saldré e iremos a combatir juntos al enemigo —habló el chico.

Y tras estas palabras Hálum se fue al interior del túnel con el hombre de capucha y barba blanca.

—¿Quién eres? Y ¿Por qué vives aquí dentro? —preguntó el chico.

—Soy uno de los cinco guardianes de Arin, la espada del caído, la espada que según la profecía portaras tú, el mitad nigronte en la guerra, vivo aquí porque es mi deber proteger la espada y hasta la llegada del elegido que parece ser tú, los cinco guardianes vivimos aquí, y nunca podremos salir ni aun cuando tengas en tu poder la espada, ni si quiera cuando la guerra acabe, nuestro destino es morar aquí eternamente —respondió el hombre.

—Pero ¿Por qué no saldréis?, ¿cómo podéis vivir aquí sin comida, sin agua? —insistió Hálum.

—No necesitamos nada de eso, pues no estamos exactamente vivos, somos espíritus con cuerpo mortal, y solo podremos descansar en paz y abandonar esta

cueva cuando el bando ganador en la guerra decida liberarnos, si deciden que ya no tenemos nada que guardar —contestó el guardián.

Mientras hablaban llegaron a una sala más grande, en ella estaban los otros cuatro guardianes también encapuchados. Hálum los miro y todos tenían esa túnica con capucha y también barba blanca, entonces dio un paso al frente, ante los cinco guardianes.

—Bien, he llegado hasta aquí como mi destino indicaba, soy Hálum, hijo de Arthon y reclamo que entreguéis la espada del caído, la guerra es inminente y debemos salvar el universo —dijo Hálum.

—Paciencia, mi querido amigo, antes debemos hablarte, para que entiendas que tu vida cambiara en cuanto te hagamos entrega de los objetos del caído, pues en ese momento empezara tu travesía hacia el infierno de la guerra, está en tu destino contemplar cosas horribles que aún no alcanzas a imaginar, veras muerte pero al mismo tiempo veras vida —dijo el guardián que lo había acompañado desde el principio.

—Está bien, pero ya lo he entendido, y haré lo que sea necesario para salvar a mi pueblo y a mi amada —contestó Hálum.

—Bien, ahora escucharas la poesía escrita en la profecía, esa poesía habla de ti y te ayudara a entenderlo todo mejor —respondió uno de los otros cuatro guardianes.

Entonces los cinco guardianes se juntaron en el centro de la sala, ante el chico, y empezaron a recitar la poesía al unísono.

*Quando la esperanza esté perdida
Quando no exista en que confiar
Él encontrará una salida
El caído nos salvará
Él es el mitad nigronte
Él que nos ha de guiar
Derrotará a las fuerzas de Nomte
Solo él nos puede salvar
Volverá a relucir
La belleza del palacio
Hará que vuelva a salir
El sol en nuestros espacios*

—Bien, Hálum, ahora síguenos, te llevaremos hasta la sala en donde están los objetos que te pertenecerán —dijo uno de los guardianes al terminar la poesía.

El chico siguió a los guardianes a través de otro gran pasillo, y al final, llegaron a una sala reluciente, casi dorada aunque era de piedra, y colgada en la pared una gran espada, con empuñadura de metal, en el extremo de esta empuñadura un cristal en forma de círculo negro y reluciente, era una espada que podía agarrarse con dos

manos, y la hoja era también ancha y grande, muy afilada, y debajo de la espada un baúl, uno de los guardianes se dirigió a Hálum.

—Esta será tu espada, y lo que hay en el baúl tu vestimenta y tus armaduras, también en el baúl esta la vaina para guardar la espada, cámbiate, pónitelo todo y cuando acabes vuelve a la anterior sala, y entonces estarás listo para marcharte.

El joven ángel se quedó solo en la sala, se quitó la ropa que llevaba puesta y se puso lo que había en el baúl, una cota de malla tallada en brillantes, unos pantalones de seda negros, y una camisa blanca también de seda, en la parte de atrás de la camisa estaban talladas unas alas negras de ángel, y cuando se lo había puesto todo, se puso también en la cintura la vaina de la espada, la vaina era de cuero negro. Cuando ya se lo puso todo, el chico cogió la espada, agarró la empuñadura con dos manos, aunque era más ligera de lo que a simple vista parecía, apenas pesaba, y la hoja relucía, tras observarla un rato, la envainó. Hálum ya estaba listo, y salió a la sala donde estaban los guardianes.

—Estoy listo, ahora es el momento de marcharme, debo librar una guerra —dijo Hálum.

—Estamos de acuerdo, debes irte, yo te acompañare a la salida —le dijo el guardián que también le llevó desde la entrada.

—Bien, y una última cosa antes de marcharme, si la guerra es favorable, si sobrevivo, volveré aquí para liberaros, para que podáis descansar en paz.

—Te lo agradeceremos de buen grado, y te deseamos la mejor de las suertes en la batalla —contestó otro de los guardianes mientras hacía una reverencia.

Tras esta charla y esta despedida, Hálum fue con el guardián hasta la puerta de salida, y cuando salió, allí estaba Vélder esperándole, sentado en el suelo. Cuando Vélder vio a Hálum así vestido se levantó y se dirigió a él.

—Bien, ahora si pareces un gran guerrero, estoy seguro de que harás grandes cosas en días futuros, por cierto, bonita espada.

—Gracias, amigo, pero es momento de irnos, debemos volver a Madrid, hay que visitar a Gúldur para que nos diga que hacer ahora —comentó Hálum.

—Estoy de acuerdo, pero se está haciendo de noche, yo creo que deberíamos acampar fuera del templo y partir mañana, pues volveremos volando y será un viaje largo —respondió Vélder.

—Está bien, acampemos entonces —contestó Hálum aliviado, pues estaba cansado.

Salieron del templo y se tumbaron en el suelo, durmieron con la cabeza apoyada en una roca, no hizo falta mantas, pues hacía mucho calor.

Pasaba la noche, mientras Hálum y Vélder dormían, ya era casi de día, estaba amaneciendo, de pronto despertaron sobresaltados, en el cuello de ambos veían el filo de espadas, y de pie, rodeándolos, diez figuras, hombres oscuros vestidos de negro, piel blanquecina casi pálida y ojos oscuros, encapuchados también, eran, o al menos

parecían ser nigrontes, el que tenía el filo de su espada apoyado en el cuello de Hálum habló primero.

—Buenos días ángeles, quedáis arrestados por orden de Eudum, comandante de las tropas nigrontes en la tierra, nos entregareis vuestras armas incluida esa espada de la profecía, no os resistáis o moriréis.

—No podéis hacer esto, os mataré con mis propias manos, no sabéis con quien estáis tratando —dijo en voz alta Hálum mientras le quitaban la espada.

—Sí que podemos, nos debes lealtad, pues pronto dominaremos el universo, empezando por vuestro estúpido planeta —volvió a comentar el nigronte.

—Cálmate, Hálum, estos no se saldrán con la suya, tenemos al oráculo, vera que estamos en peligro y alguien vendrá a salvarnos —habló Vélder.

—Sí, es muy posible que alguien intente salvaros, y en ese caso quien quiera que sea morirá —dijo el nigronte—. Mi nombre es Fórer, por cierto, si os preguntáis que hacemos los nigrontes en la tierra, llegamos anoche, vamos a recuperar la piedra del ángel y seremos invencibles, y tú, el supuesto elegido, no podrás impedirlo.

Tras la charla levantaron a los prisioneros y les ataron las manos con cuerdas, se los llevaron andando a través del desierto durante un buen rato, y después llegaron a un campamento. Había tiendas de campaña de gran tamaño, once tiendas en concreto, una para cada nigronte y otra para reunirse, y en esta última dejaron a Hálum y Vélder atados a un poste, cada uno por una mano, mientras la otra mano quedaba libre. Una vez los ataron, los nigrontes salieron de la tienda y los dejaron solos, en principio era imposible que los prisioneros escaparan, pues les habían quitado las espadas. Los chicos escucharon como, fuera de la tienda los nigrontes hablaban en la misma puerta, Fórer, el que parecía ser el capitán, les decía algo a los demás.

—Bien, haremos turnos, siempre habrá uno de nosotros en la puerta de la tienda, vigilando por si los prisioneros intentan algo raro, y mañana, partiremos hacia los bosques de México, a reunirnos con nuestro comandante, y le entregaremos a estos dos, se alegrara mucho y seguro que nos recompensara bien.

—Estamos todos de acuerdo, yo haré la primera guardia, vosotros iros a descansar un rato, ya es tarde y, a no mucho tardar volverá a anochecer —comentaba otro.

Mientras los nigrontes hablaban fuera, los chicos les escuchaban atentos, no permitirían que el enemigo se saliera con la suya, y sabían que, si los llevaban ante el comandante, estarían prácticamente perdidos. Entonces Vélder miro a Hálum.

—Chico, ¿aun conservas esa llave que se convierte en espada?

—Pues claro, está en mi bolsillo —contestó Hálum.

—Pues usa la mano que tienes libre y cógela, tenemos suerte de que estos nigrontes sean estúpidos y no nos registraran los bolsillos, una vez nos liberemos mataremos al guardia, e iremos a por los demás, nuestras armas, incluida tu espada debe estar en la tienda del capitán, los mataremos a todos y recuperaremos lo que es nuestro —continuó Vélder.

—Estoy de acuerdo, vamos a por ellos —sonrió Hálum—. *Cecidit* —pronunció mientras agarraba la llave con la mano que tenía libre y esa llave se convertía en una espada.

Cuando abrió la espada, Hálum cortó con el filo sus ataduras y las de Vélder, entonces en silencio y sin hacer ruido, Hálum se acercó con la espada a la puerta, el guardia estaba de espaldas, así que salió en silencio, le tapó con una mano la boca mientras con la otra le atravesaba con la espada, entonces Vélder también salió y cogió la espada del guardia muerto. Vieron que aún era de día, aunque debía ser por la tarde muy avanzada, pues el cielo ya no estaba tan claro, se acercaron a otra tienda y escucharon como dentro, debía haber 3 nigrontes más, y debían estar bebiendo alcohol, pues se les escuchaba muy alegres, entonces decidieron dejar esa tienda para más adelante, se acercaron a otra, y vieron, a través de la puerta, a uno solo, tumbado, no estaban seguros de sí estaría dormido, estaba a una distancia de unos dos pasos de la puerta, y Vélder entró despacio y le atravesó con la espada, debía estar dormido, pues no gritó, y así también mataron a otros dos, por tanto, ya había cuatro nigrontes muertos, solo quedaban seis, en ese momento, cuando estaban en la tienda del último al que mataron, escucharon un grito de alarma, alguno de los que aún vivía había visto el cadáver del guardia de la tienda donde debían estar ellos prisioneros. Entonces, los seis vivientes, incluido el capitán Fórer, se juntaron en el centro del campamento para buscar a los prisioneros, en ese momento Hálum y Vélder salieron a su encuentro, saltando sobre ellos, de la primera estocada mataron a uno cada uno, por tanto ya solo quedaban cuatro, Hálum gritó.

—¡Yo me encargo de su capitán! —señalando a Fórer.

—Está bien, yo me encargare de los otros tres —contestó Vélder.

Comenzó el combate, Vélder ya combatía solo contra dos, pues había cortado la cabeza a uno con otro golpe, mientras tanto, Hálum enfurecido se batía a espadas contra Fórer, y, tras un rato de combate, le cortó un brazo al nigronte, el brazo que portaba la espada, la cual cayó al suelo. Vélder ya había matado con brutalidad a los otros dos, y contemplaba como Hálum había conseguido arrodillar al capitán de los nigrontes, el cual sangraba muchísimo por el brazo que había perdido, entonces Hálum empuñó brutalmente su espada y le atravesó el pecho al capitán nigronte mientras gritaba.

—¡Moriréis todos, escoria de nigrontes!

Todos los nigrontes estaban muertos ya, y Hálum y Vélder, liberados, fueron a recoger sus cosas, incluida la espada del caído, la espada de Hálum.

Cuando habían acabado de recoger las cosas, Hálum, reflexionando, le comentó a Vélder.

—Su capitán habló de que iban a reunirse en México con más nigrontes, allí se esconde uno de los pedazos de la piedra del ángel, en la pirámide del sol, ¿crees que sabrán dónde se esconden los pedazos?

—Me temo que sí, deben saber algo, y si han ido no serán pocos, tenemos que ir

aprisa a Madrid y avisar a Gúldur, pues si los nigrontes saben dónde se encuentran los pedazos de la piedra, tenemos un serio problema —respondió Vélde—. Ahora, iremos volando a Madrid, tardaremos unas dos horas volando rápido, y confiemos no pillar tormenta en las nubes.

—Pero, si vamos volando, ¿cómo sabremos en qué dirección esta Madrid? —preguntó Hálum.

—Los ángeles nos guiamos por nuestro instinto al volar, los que llevamos más tiempo en la tierra nos orientamos por instinto, con el tiempo tú también sabrás hacerlo, es cuestión de concentrarse, y por cierto, ahora que tienes envainada tu espada de nuevo, cierra esa otra espada, conviértela en llave y guárdala.

—Está bien, Finis —pronunció Hálum y la espada se convirtió en llave otra vez.

Tras esta conversación ambos desplegaron sus alas y saltaron a volar, camino de Madrid, la guerra había comenzado. Volaron por encima de las nubes a toda prisa, debían llegar cuanto antes a ver a Gúldur. Las cosas empeoraban y la oscuridad de los nigrontes parecía más seria de lo que en un principio habrían imaginado.

6: EL PRIMER PEDAZO DE LA PIEDRA

Hálum y Vélder volaron hasta Madrid, llegaron al amanecer, ahora debían ir deprisa a visitar a el oráculo, Gúldur. Llegaron a la casa del oráculo, cansados, pues no habían dormido esa noche, llamaron a la puerta y les abrió el mismo muchacho que la vez anterior, el mismo que los alerto que los nigrontes habían hecho una declaración de guerra en Ángelus. Pasaron al interior de la casa y vieron a Gúldur acompañado por otro ángel, era alguien mayor de unos 40 años, y también era un rostro conocido para ellos, pero aún así, este ángel se presentó.

—Bienvenidos, soy Bátor, general del rey Irion, ya me conoceréis, o al menos, habréis oído hablar de mí, el rey me manda a la tierra a dirigiros, pues no podemos dejar que la piedra del ángel caiga en manos de los nigrontes, aunque por lo que sé, están atacando con dureza.

—Bien, y ahora que el general Bátor ya se ha presentado, tenemos mucho de que hablar, tomad asiento y explicadme que nuevas traéis de Egipto, espero esperanza, pues ya veo que tú, Hálum, has encontrado la espada del caído —intervino Gúldur.

—Sí, tenemos que contaros muchas cosas y no todas buenas, de hecho, lo único bueno de nuestro viaje ha sido que Hálum ha encontrado la espada que por destino le pertenece, pero también nos atacaron nigrontes, debían ir a por Hálum y nos apresaron, eran diez, y pudimos matarlos, pero la mala noticia es que antes escuchamos que pretendían reunirse en México con más nigrontes, y como sabemos todos, en México está un pedazo de la piedra del ángel —explico Vélder.

—Malas noticias son estas sin duda, en México tenemos a cien ángeles protegiendo la pirámide del sol, pero no sabemos cuántos pueden ser los nigrontes —respondió Gúldur.

—Debemos alertarles —interrumpió Hálum.

—Sí, llevas toda la razón muchacho, Bátor les alertara, pero vosotros vendréis conmigo a París, debemos encontrar el pedazo que allí se esconde de la piedra del ángel, en París tenemos otros cien soldados, pero aún no han encontrado nada bajo la torre Eiffel, debemos ir a ver cuál es el problema —continuó Gúldur.

—Y, ¿cómo puede haber cien soldados en estos sitios sin que los humanos sepan que son ángeles ni sospechen de nada? —preguntó Hálum.

—Por qué los jefes de estado si saben de la existencia de ángeles, y han acordonado kilómetros alrededor de las zonas donde están los pedazos de la piedra,

han puesto la excusa de cercar esos lugares por amenazas terroristas y ningún humano puede acceder a ellas —contestó Gúldur.

—Está bien, pues entonces partiremos a París —habló Vélder.

—Y yo debo partir de inmediato a México, si los nigrontes están allí, la cosa es muy grave —interrumpió Bácor.

Tras la conversación, en una televisión encendida en la habitación, a la cual hasta ese momento no habían prestado atención, empezó el programa de noticias, y escucharon como el presentador daba la noticia.

—Atención, peligrosas amenazas terroristas alertan a zonas importantes del planeta, hasta el momento alrededor de la pirámide del sol en México, en pleno París, y en el parque natural de tongariro en nueva Zelanda, los ejércitos de los respectivos países han acordonado varios kilómetros y han desalojado a los habitantes que estaban cerca de esos sitios, la zona quizás más difícil de desalojar fue París, por tratarse de una de las grandes capitales europeas, se desconoce si estas amenazas terroristas provienen de grupos islámicos o de otros sitios, en la siguiente imagen vemos los campos elíseos en París llenos de tiendas de campañas y gente que parece ser del ejército, las imágenes se tomaron antes de que la zona fuera desalojada del todo, aún se desconoce si tendrán que ser acordonadas otras zonas en el planeta, manténganse alerta, desde este canal iremos dando más información si se producen novedades.

Cuando acabó el mensaje de las noticias, todos se miraron entre ellos, y Hálum preguntó.

—Pero, han dicho que los ejércitos de esos países han acordonado la zona, ¿son soldados de esos ejércitos de verdad?

—Si, algunos de esos soldados piensan que es por un ataque terrorista de verdad, pero la mayoría conoce nuestro secreto y nos están ayudando, nos vimos obligados a llegar a este extremo, ya que si nosotros no desvelamos nuestro secreto a nadie, los nigrontes aparecerían y se conocería igualmente, y quien sabe si los humanos habrían actuado violentamente contra nosotros —contestó Gúldur—. Ahora, a llegado la hora, Bácor, corre, ve a prisa a México a alertar a los nuestros, y nosotros, salgamos de la casa y vamos a París, debemos encontrar el pedazo de la piedra del ángel lo más rápido posible.

Tras la conversación todos salieron de la casa, excepto el joven ángel ayudante de Gúldur, que se quedó en ella protegiéndola. Bácor desplego sus alas y salió volando hacia México, Hálum, Vélder y Gúldur, también volaron, pero hacia París.

Tras un largo vuelo de unas dos horas, aunque a velocidad normal, llegaron a París, y vislumbraron la torre Eiffel, bajo ella, en los campos elíseos, se levantaba un gran

campamento, en las tiendas de campaña estaban los ángeles, había unos cuatro kilómetros a la redonda acordonados para que ningún humano pasara a inmiscuirse en la búsqueda del pedazo de la piedra del ángel. Bajaron suavemente el vuelo y aterrizaron en los campos elíseos, el capitán de los ángeles que allí estaban, y el comandante del ejército francés que acordonó la zona y la vigilaba fueron a recibirlos, el capitán de los ángeles aparentaba tener unos cuarenta años de edad, era delgado, con músculos definidos y llevaba una túnica blanca abierta y debajo unos pantalones de seda marrones y una camisa plateada, el comandante del ejército, debía tener unos cincuenta años y llevaba ropa de camuflaje con la bandera francesa en una manga.

—Bienvenidos, tú debes ser el joven del que todo el mundo habla, ese de la profecía, y ya veo que tienes la mítica espada del caído —dijo el capitán de los ángeles dirigiéndose a Hálum—. Mi nombre es Aldon, por cierto.

—Yo soy Peter Laviné, pero podéis llamarme Peter simplemente, soy el comandante de las tropas francesas, si el enemigo ataca, os ayudaremos a defenderos —se presentó el comandante francés.

—Estamos encantados de veros, y de conocerle señor Laviné, nos gustaría charlar y conocernos más amistosamente, pero hay un asunto de gran importancia que nos incumbe a todos, debemos encontrar el pedazo de la piedra del ángel, pues de caer en manos de los nigromantes desencadenarían la oscuridad en todo el universo —declaro Gúldur mientras Hálum y Vélder saludaban a Peter y a Aldon.

—Bien, seguidnos pues hasta los pies de la torre —habló Aldon.

Los siguieron, y vieron el campamento lleno de ángeles y soldados que dejaban lo que estaban haciendo para mirarlos, no todos los días se veía a alguien con las vestimentas tan nobles que llevaba Hálum, tampoco una espada tan atractiva como la espada del caído que colgaba de la vaina en su cintura. Tras 5 minutos de caminata a través del campamento, llegaron a los pies de la torre Eiffel.

—Bien, aquí es donde debería estar el pedazo de la piedra, pero no hay rastro de él, ni si quiera algún dibujo en el suelo ni pequeñas pistas —informó Aldon.

—Pues según el mapa y mi libro, el pedazo debe estar bajo la torre Eiffel, debe haber algo que se nos escapa —comentó Hálum mientras pensaba.

—Bien, debemos hablarlo bien, es medio día y el cielo se está nublando, vallamos a la tienda comedor a comer y comentaremos mientras como haremos para buscar el pedazo de la piedra —dijo Aldon.

Todos estuvieron de acuerdo, pues estaban hambrientos, aunque algo preocupados, pues no entendían por qué allí no había ni tan si quiera alguna pista que los llevara hasta el pedazo de la piedra. El cielo se estaba nublando y era extraño, parecía que iba a caer una tormenta. Mientras tanto fueron a comer, y comieron bastante bien, el interior de la tienda de campaña comedor era más espacioso de lo que a simple vista parecía desde fuera. En la mesa, estaban comiendo Hálum, Vélder, Gúldur, Aldon y Peter Laviné, mientras comían discutían sobre el pedazo de la

piedra, sobre cómo hacer para encontrarlo, Peter sugirió que tal vez esos escritos y ese mapa de ángeles se equivocara y allí no hubiera nada, el resto no estaban de acuerdo, Hálum, pensante, de pronto levantó la cabeza y comentó.

—¿Y si estamos buscando mal?, ¿y si la piedra no está exactamente bajo la torre? Si me permitís, me gustaría ausentarme, estar a solas un rato para estudiar mi libro, para ver si dice algo de los pedazos, tal vez esconda la clave para encontrarlo.

—Estoy de acuerdo, Hálum, te dejaremos aquí solo, mientras iremos a estudiar la base de la torre a ver si encontramos algo —dijo Gúldur—. Levantaos, es hora de ponernos a trabajar mientras Hálum estudia los signos, tú, Peter, creo que deberías ir con tus vigilantes a ver si la cosa va con normalidad, no podemos permitirnos que los nigrontes lleguen a nosotros —se dirigió a los demás, en concreto a Peter.

Entonces todos, excepto Hálum, se levantaron y salieron de la tienda, Peter fue a ver a sus guardias.

Hálum, estudiando el libro que le dio su padre, el cual había llevado siempre con él, vio una parte que hablaba sobre la piedra del ángel, y pudo leer que hablaba sobre los lugares en donde se escondía, y debajo de parís ponía:

Solo una gran energía descubrirá este pedazo

Entonces se puso a pensar, el libro hablaba de una gran energía, tal vez se refiriera a golpes potentes al suelo bajo la torre, pero no podía ser, eso más que energía era violencia, tenía que ser algo más sutil. El chico salió de la tienda para ir a buscar a los demás y contarles lo que había leído, a ver si le podían ayudar con lo de una gran energía, estaba seguro de que Gúldur podría sacar la conclusión adecuada. Al salir de la tienda pudo ver el cielo muy oscuro, casi negro, una tormenta estaba sobre ellos, y empezó a llover, era una lluvia fina, y vio como Vélder venía hacia él.

—Hálum, acompáñame a nuestra tienda, los demás dicen que continuaremos cuando pase la tormenta.

—No, espera, una gran energía, el libro habla sobre una gran energía para conseguir el pedazo, la tormenta, los rayos son energía, como no se me habrá ocurrido antes, hay que hacer que un rayo impacte con la torre y toque el suelo —reflexiono Hálum.

—¿Qué dices? Ven conmigo y coméntale eso a Gúldur —respondió Vélder.

En ese momento escucharon gritos, y un gran sonido como de una explosión, venía del límite en donde debían estar los guardias cortando el paso, y Aldon vino corriendo gritando.

—¡¡Nos atacan los nigrontes!!

—No hay tiempo, ve con Aldon, hay que hacer que un rayo impacte contra la torre y toque el suelo, yo me encargare de eso —dijo Hálum dirigiéndose a Vélder—. Nos veremos pronto, intenta que no te maten.

—No puedes hacer lo que creo que pretendes, no puedes exponerte a un rayo o

morirás —respondió Vélder.

—No pienso morir hoy, recuerda, soy el mitad nigronte, soy el señor de los caídos, al menos según mi libro —dijo Hálum mientras expandía sus alas y saltaba para volar hacia la torre.

Vélder miro atónito como Hálum volaba en dirección a la cima de la torre, Aldon a su lado también miraba sorprendido, pero de pronto ambos se dieron la vuelta y corrieron hacia el extremo a proteger a los guardias y batallar contra los nigrontes.

Hálum llegó arriba de la torre, se apoyó sujetando el mástil de la torre, en la tormenta ya sonaban truenos, mezclados con el ruido de una pequeña batalla que el chico podía ver desde ahí arriba. Entonces desenvainó la espada del caído y la levantó esperando que un rayo fuera atraído por el metal, pero no había manera. Hálum podía contemplar la batalla, el sufrimiento que había a sus pies, mientras él levantaba una espada que no atraía a ningún rayo, se puso furioso, cerró los ojos, de repente sus alas se ennegrecieron, su cuerpo volvía a desprender el mismo color púrpura que desprendió en Egipto, y sus ojos abiertos cogían un color rojo radiante, era una especie de magia oscura muy poderosa, entonces alzo aún más la espada, que brillo por encima de todo, y un rayo fue atraído, quizás por la espada, quizás por la magia oscura o quizás por el grito desgarrador que soltó el chico. El rayo bajó por toda la torre Eiffel hasta llegar al suelo, una plaqueta de piedra se desprendió del círculo y se destrozó en una pequeña explosión, exceptuando algo, era una especie de disco de piedra, no muy grande. El disco fue atraído por la energía hasta la cima de la torre, hasta Hálum que envaino la espada y cogió ese disco de piedra, ese pedazo de la piedra del ángel. Se guardó el pedazo en el bolsillo y bajó a batallar junto a sus amigos para librarse de los nigrontes.

Hálum saltó desde lo alto de la torre Eiffel y llegó abajo con un gran estruendo, del golpe de su pisada rompió varias plaquetas en el suelo. No quedaban ya con vida muchos nigrontes, pues apenas habrían atacado unos ochenta para combatir con los cien ángeles aproximadamente que había, además de los soldados franceses, pero aún se libraba una pequeña batalla. Hálum aún tenía los ojos de color rojo y aún desprendía un color púrpura, de pronto, alzo su espada y se fue a combatir con dos nigrontes que venían hacia él, del primer golpe, y con un solo espadazo rompió en dos la espada de uno de los enemigos y le asesto un golpe mortal en la cabeza, con el segundo pelea a espada unos segundos para acabar matándole con la espada, clavándosela en el estómago.

La batalla ya casi tocaba a su fin, cuando todos pudieron contemplar como un nigronte, con alas negras, huía en el cielo y se perdía entre las nubes, posiblemente sería el capitán de las tropas enemigas. Los últimos nigrontes cayeron, y Hálum pudo ver a Vélder, Gúldur y Aldon que venían hacia él, Gúldur se adelantó, le cogió del hombro.

—Muchacho, hoy has demostrado un valor al alcance de muy pocos, ahora todos saben quién eres, incluido ese capitán nigronte que ha escapado, el enemigo te

temerá, por cierto, dame el pedazo de la piedra, debo guardarlo de prisa, hoy dormiremos aquí, mañana partiremos a Nueva Zelanda, a por el segundo pedazo.

—Está bien, aquí lo tienes —respondió Hálum, ya más calmado y entregándole el pedazo de piedra a Gúldur.

—Sabía que eras tú, tienes un poder inimaginable, amigo mío, tú tienes el poder que puede salvar al universo —habló Vélder, y se abalanzo a dar un abrazo a Hálum.

—Bien hecho, chico, sin ti no habríamos conseguido el pedazo de la piedra, aunque ahora seguramente los humanos sabrán de nuestra existencia, pero no es problema —le dijo Aldon—. Mañana todos los ángeles aquí acampados partiremos a México, pues es donde más fuerte parece ser la amenaza nigronte según decís, allí os esperaremos mientras vais a Nueva Zelanda.

Tras la conversación, todos se fueron a sus tiendas, Vélder puso la radio, mientras escuchaba un canal de noticias, llamo la atención de Hálum para que escuchara también, estaban hablando de lo sucedido en Paris, el locutor decía:

—Increíble noticia, en la zona de cuarentena, la zona cortada por supuestas amenazas terroristas de Paris se ha producido una batalla, una especie de guerra, pero lo más sorprendente es que alguien, desde la distancia y desde fuera de la zona acordonada, ha podido grabar imágenes de lo que parece ser un ángel sobre la torre Eiffel interceptando un rayo de la tormenta, tras estas increíbles imágenes parece que debemos hacernos varias preguntas, ¿si existen los ángeles por que no los hemos visto antes? Y ¿en las zonas en cuarentena de Nueva Zelanda y México pasara lo mismo?, curiosos ya se agolpan a los alrededores de esas zonas esperando estos fenómenos.

—Esto no es para nada bueno, no debería ser ningún problema que los humanos sepan de nuestra existencia, pero si se agolpan alrededor de las zonas, y si como escuchamos en Egipto, los nigrontes están en México, los humanos que estén cerca de esas zonas pueden correr peligro —dijo Vélder dirigiéndose a Hálum.

—Tienes razón, deberíamos hablar con los gobiernos de México y Nueva Zelanda para que extremen los controles e impidan que esa gente se agolpe en las zonas —respondió Hálum—. Es hora de dormir, mañana lo hablaremos con Gúldur.

A la mañana siguiente, amaneció un día soleado en Paris, en el cielo ya no había rastro de la tormenta del día anterior. Los cadáveres de las víctimas de la batalla habían sido amontonados en un espacio que se dejó solo para ello, las familias deberían identificar los cuerpos de los soldados Franceses, habían muerto 10 soldados y 20 ángeles, los 70 nigrontes aproximadamente también habían muerto, pero sus cadáveres habían sido quemados durante la noche.

Hálum y Vélder fueron a ver a Gúldur y a Aldon, para decidir qué camino tomar en la guerra que ya había comenzado, informaron a Gúldur de que había que impedir

que los humanos se amontonaran alrededor de las zonas afectadas, con lo cual el oráculo estuvo de acuerdo y se pronunció.

—Tenéis razón, hablare personalmente con el gobierno de México, que es donde según la información más gente hay agolpándose, Aldon y el resto de los ángeles que quedan aquí con vida también irán a México, a unirse a nuestras tropas en la pirámide del sol, pues si lo que escuchasteis en Egipto es cierto, los nigrontes están preparando una gran ofensiva allí, y vosotros, Hálum y Vélder iréis a Nueva Zelanda, tenéis 4 días para encontrar el pedazo de la piedra, en una semana como muy tarde debéis estar en México con el resto de tropas que tenemos en Tongariro y que os mostraran el lago.

—Bien, parece una buena estrategia, ante todo debemos darnos prisa, pues a no mucho tardar volverán a atacar —respondió Vélder.

—Cambiando de tema, Gúldur, ¿tienes alguna nueva noticia de lo que está pasando en Ángelus? —preguntó Hálum.

—Ayer estuve mirando por última vez, y en mi cabeza vi que los nigrontes han llegado a nuestro planeta, y que han instalado un campamento en el bosque de gianóls, el rey ha preparado las defensas, y tengo otra información que estoy seguro de que te alegrara, la hija del rey no se casara con Jarman, pues aunque él la ama, es un buen hombre, y sabe que su amor no es correspondido, aun así ha aceptado protegerla —contestó Gúldur.

—Bien, me alegra que la proteja, pues Jarman es un gran luchador —habló aliviado Hálum.

Tras la conversación, todos se fueron a preparar sus cosas para partir y tomar sus diferentes caminos.

Unas horas más tarde, todos se fueron, y los campos elíseos quedaron prácticamente vacíos, aunque todavía quedaban soldados del ejército francés arreglándolo todo un poco, y limpiando aquello, pues la batalla había dejado aquello con demasiadas cosas tiradas por los suelos, aunque ningún monumento, ni la torre Eiffel fueron dañados.

Gúldur, Aldon y sus tropas partieron a México, mientras tanto Hálum y Vélder volaban en dirección a Nueva Zelanda, a donde aún tardarían en llegar, aun volando rápido.

7: LA GUERRA ESTALLA EN ÁNGELUS

Mientras los nigrontes llegaban a la tierra y atacaban Paris, en Ángelus también habían empezado los problemas y habían surgido los conflictos. Habían pasado ya dos días desde que Jarman y Álita vieron como los nigrontes llegaban del cielo y se dirigían al bosque de gianóls. El rey estaba nervioso, a pesar de que sabía que los gobernadores ya habían llegado a sus ciudades y estaban preparando sus defensas, era consciente de que una oscura sombra se cernía sobre el planeta. Por otra parte las defensas de la ciudad de Amber y del palacio estaban preparadas, todo el ejército estaba alertado. Jarman visito al rey para reunirse con él y discutir si deberían atacar ya o esperar a que lo hicieran los nigrontes.

—Creo, mi señor, que deberíamos atacar a los nigrontes en el bosque de gianóls, antes de que vengan más, si hacemos eso mermaremos sus defensas —propuso Jarman.

—No puedo arriesgar las defensas de la ciudad de esa manera, si el ejército va al bosque la ciudad quedara desprotegida —respondió Irion.

—Bueno, no es necesario mandar a todo el ejército, ni si quiera a muchos hombres, por lo que pudimos ver en el cielo cuando llegaron, el enemigo no cuenta con más de doscientos soldados, dejadme trescientos a mí, yo mismo guiare el ataque, sería una gran ventaja deshacernos de ellos en el bosque —insistió Jarman.

El rey se quedó varios minutos en silencio, con la cabeza agachada, pensando y dándole vueltas a la situación, y al cabo de unos tres minutos por fin tomo una decisión.

—Está bien, sigo pensando que será muy arriesgado, pero bien es verdad que en las guerras hay que arriesgar muchas cosas, pero no puedo darte trescientos hombres, tendrás doscientos cincuenta, con eso debería bastar para romper sus defensas en el bosque, más aún si los pilláis de sorpresa, pero ten cuidado, Jarman, si yo muero en esta guerra mi hija necesitara tu protección, si todo se tuerce —contestó el rey—, daré ordenes de que mañana a primera hora de la mañana tengas a los soldados preparados en la puerta de la ciudad, ahora ve a prepararte y a descansar para la batalla.

Y tras esta conversación se despidieron.

Jarman estaba seguro de que al día siguiente derrotarían a los nigrontes del bosque y darían un golpe sobre la mesa en esta guerra que aún estaba por desvelar sus

mayores horrores.

Al día siguiente el cielo amaneció despejado en Amber, aunque una sombra se cernía sobre el bosque de gianóls que se veía a lo lejos. Desde lo alto de palacio, desde donde mejor se ve lo que rodea la ciudad, no se observaba movimiento en el bosque, ya que los nigrontes debían estar en el interior en alguna especie de campamento, el bosque era muy grande pero estaban seguros de que el enemigo no contaba con demasiados soldados. Jarman se despertó y se puso su armadura para la batalla, con cota de malla y camisa granate entre abierta, también pantalones marrones de seda. Después de prepararse y preparar su espada se dirigió a través de las calles de la ciudad hasta la puerta principal de las murallas, allí le esperaban doscientos cincuenta soldados, vestidos con el uniforme de los soldados de Amber, uniforme marrón con cota de malla dentro. El general se abrió paso entre ellos pidiéndoles que formaran un círculo a su alrededor, iba a pronunciar unas palabras para alentar a las tropas.

—Bienvenidos, y gracias por acompañarme, por seguirme a mí, Jarman, vuestro general y capitán en esta contienda que se nos avecina, algunos de vosotros vivisteis la antigua guerra y sabéis los horrores que trajo, otros erais demasiado jóvenes para recordarlo, pero yo os digo que no temáis, que una vez en la batalla no os acobardéis ante el acero enemigo, no tengáis piedad de esos miserables pues ninguna piedad recibiréis, los nigrontes solo tienen un propósito, destruirnos, hoy trataran de hacernos una demostración de poder, pero nosotros les demostraremos que no hay poder capaz de doblegar a los ángeles cuando estamos unidos, ahora seguidme a la batalla —concluyó Jarman.

Tras estas palabras, un muchacho, uno de los soldados más jóvenes se acercó al general.

—Es para mí un gran honor pelear a sus órdenes general, mi nombre es Ínler —dijo el muchacho.

—Encantado de conocerte, Ínler, y el honor es mío de contar entre mis hombres con gente de tal valentía como la tuya, tú irás a mi lado y combatiremos codo con codo —contestó Jarman.

Finalmente, el ejército a las órdenes de Jarman partió de Amber, camino del bosque de gianóls.

El camino duró unas dos horas, pues iban a pie, más bien a paso lento ya que querían guardar fuerzas para la batalla. Una vez que llegaron a unos cinco metros del bosque, vieron como un humo negro salía de entre los árboles y los impedía ver con claridad que se escondía allí dentro. De repente, salió por entre dos árboles un nigronte, vestido de negro y cara pálida, como era habitual en los de esta raza, tenía pelo largo y no más de treinta años, fue hacia ellos hasta quedar muy cerca del ejército, y de Jarman que iba al frente.

—Bienvenidos, inmundos ángeles, yo soy Harden, comandante de las tropas de el

gran Ócurum —se presentó el nigronte—. Debo advertiros que si no os retiráis a vuestra ciudad, seréis destruidos aquí mismo, sin ninguna compasión, y vuestro rey os perderá para cuando asaltemos la ciudad, porque la asaltaremos y será con dureza.

—Según tengo entendido, os superamos en número, ¿por qué habríamos de temeros? —preguntó Jarman.

—Necio, crees que nos superas en número, también crees que solo disponemos de tropas nigrontes, creéis que todos los ángeles tienen un corazón puro, pero algunos también pueden rendirnos pleitesía, al fin y al cabo, a no mucho tardar vuestro rey estará muerto y vosotros con él —insistió soltando una carcajada Harden, el nigronte.

—No sé a qué te refieres, pero tú serás el primero en morir, arqueros, dispararles ahora —ordenó Jarman soltando un grito.

De repente, de entre el ejército de ángeles salieron varias flechas en dirección al comandante de los nigrontes, pero cuando estaban a punto de impactar contra él, levantó los brazos, soltó un grito, y una especie de escudo negro se puso delante de él destrozando las flechas.

—Es el momento, ¡atacad a esta escoria! —gritó el nigronte mirando atrás, hacia el bosque.

De entre los árboles, empezaron a salir nigrontes armados, pero también había otros, no eran tan pálidos, no parecían nigrontes sino más bien ángeles. El ejército de Jarman también salió a correr hacia los nigrontes, y cuando se chocaron empezó la batalla. Parecía que el enemigo, inexplicablemente los superaba en número. La sangre de ambos bandos caía sobre la tierra, algunas cabezas eran cortadas y la batalla se iba decantando más a favor de los nigrontes que de los ángeles. De pronto Jarman vio como Ínler, el muchacho al que había conocido en la ciudad, era herido con un corte en el brazo, y salió corriendo hacia él para impedir que lo mataran. En el camino para salvar al chico, el capitán de los ángeles corto en el estómago a un nigronte, a otro le corto las dos piernas con un golpe seco, y al llegar ante el muchacho y ver que otro levantaba su espada para matarle, le atravesó por la espalda y la punta de su espada salió por el pecho del enemigo, tras esto, ayudo a levantarse a Ínler.

—Muchas gracias por salvarme, mi capitán —agradeció dolorido el chico.

—No hay por qué darlas muchacho, nos están machacando, es hora de retirarse —sentenció Jarman.

En el fragor de la batalla se escuchó el grito del capitán ordenando la retirada, y los ángeles que aún vivían sacaron sus alas y fueron hacia el cielo para regresar a Amber, unos cincuenta volaban en dirección a la ciudad, habían muerto muchos, y los nigrontes aún eran demasiados, los enemigos iban a seguirlos para matarlos en el aire, y entonces escucharon a su comandante.

—Dejadlos ir, no tendremos nada que hacer si nos acercamos a los muros, nos matarían, será mejor esperar al resto de nuestras tropas antes de atacar la ciudad.

Volaron lo más rápido que pudieron, y al llegar a las murallas aterrizaron ante la

puerta de la ciudad que se abrió para que entraran, unos cincuenta eran los soldados que habían llegado vivos, muchos murieron en la batalla al borde del bosque, en la emboscada que les habían tendido los nigrontes, ya que contaban con más tropas de las que parecía. Cuando se cerraron las puertas de la ciudad, los guardias y habitantes que había allí cerca se acercaron a los soldados para ofrecerles ayuda para llevarlos a las salas de curación, uno de los jefes de la muralla se acercó a Jarman.

—¿Necesitáis ayuda, mi señor? —le preguntó.

—No, yo no, gracias, pero ocúpate de que estos chicos reciban atención médica, yo debo ir aprisa a ver al rey, debe ser informado, pues la amenaza que se cierne sobre nosotros es mayor de lo que imaginábamos —respondió Jarman, quien solo tenía un pequeño rasguño en la cara.

—Yo os acompañare, mi señor —dijo Ínler aún dolorido de su brazo.

—No, joven muchacho, tú irás a las salas de curación a que te vean ese brazo, pero el rey sabrá que hoy has combatido bien —contestó Jarman a un Ínler que agachaba la cabeza.

Tras esto, Jarman salió corriendo en dirección a palacio lo más rápido que pudo, ya que estaba cansado y dolorido.

Una vez que traspaso las murallas de palacio, entró en el jardín y vio que allí estaba Álita paseando, vestida con un vestido largo azul claro, muy hermosa, el general se dirigió a ella.

—Mi señora, necesito ver al rey, tengo que informarle —dijo tan fatigado que cayó de rodillas al suelo.

—¿Qué os ha pasado?, ¿conseguisteis vencer a los nigrontes? —preguntó preocupada la chica mientras lo agarraba por los hombros tratando de levantarlo.

—No, no hay tiempo, guiadme hasta vuestro padre, corremos un gran peligro —terminó el general.

La chica le llevó agarrado hasta el rey para que no cayera, fueron hasta el trono e Irion se levantó para recibirlos.

—¿Qué ha pasado?, ¿conseguisteis vencer? —preguntó el rey.

—No mi señor, nos superaban en número, eran más de los que pensábamos, pues también contaban con ángeles entre sus filas, seguramente delincuentes y ladrones que habrán sido tentados por el enemigo —explico Jarman.

—Malas noticias son esas, si no podemos confiar ni en nuestra raza estamos ante una grave y peligrosa situación —comentó preocupado Irion.

—Si, tan solo hemos sobrevivido unos cincuenta, fue una masacre —dijo el general tratando de no caer al suelo.

—Sea lo que sea, se está gestando una guerra que asolara a nuestra galaxia, ahora solo podemos confiar en nuestros ejércitos y en que los caídos protejan con garantías la piedra del ángel —concluyó el rey—. Puedes marcharte a descansar, general.

Tras la conversación Jarman salió de palacio acompañado por Álita, la chica estaba

muy preocupada por lo que había escuchado a su padre, las cosas podían ponerse muy mal para ellos si los atacaban los propios ángeles, pero también la preocupaba Hálum, pues si los caídos debían proteger la piedra en la tierra, su amado sería uno de ellos.

—Tengo miedo Jarman, pero no temo solo por el destino de nuestro planeta, también temo por Hálum, ¿y si no son capaces de proteger la piedra?, ¿y si los caídos perecen en el intento?, si le pasara algo a él, mi alma se desvanecería en la sombra de una enorme oscuridad, y ya no haría falta que ningún nigronte me matará pues mi corazón moriría con mi amado —comentó preocupada Álita.

—No temas por Hálum, mi señora, conozco a su padre y si tiene la mitad de fortaleza que él no solo sobrevivirá, sino que protegerá la piedra con totales garantías —contestó Jarman.

—Espero que tengas razón, espero que todo sea verdad y que algún día regrese victorioso, que sea recibido con todos los honores —respondió la chica algo más aliviada.

—Por el bien de todos, debemos esperar que así sea, ahora me marcho, tengo asuntos que atender antes de regresar a mi casa a descansar, que duermas tranquila y los sueños te den la felicidad que la realidad de estos tiempos no puede ofrecernos —terminó el general.

Y así se despidieron, La chica se volvió a meter en palacio. Ya empezaba a anochecer, y Jarman, muy agotado, aún fue a atender una tarea antes de acostarse, fue la vivienda de Arthon, el padre de Hálum. Llamo a la puerta y fue atendido, entró en la casa y el señor le ofreció asiento, Jarman aceptó gustoso.

—He oído que la batalla en el bosque se torció —dijo Arthon.

—Es cierto, nos tendieron una trampa, había ángeles con ellos, el rey piensa que son delincuentes y ladrones que han sido tentados —habló Jarman.

—Pero ¿tú no piensas así, no es cierto? —siguió el señor.

—No, para nada, pienso que una de las otras ciudades de nuestro planeta nos ha traicionado, aunque parezca extraño y acusador, no puedo decírselo al rey sin pruebas, podrían acusarme de traición —continuó el general mientras la luz de una vela se consumía.

—Haces bien en sospechar, pero debemos ir con calma, si algún gobernador ha vendido sus servicios al enemigo, pronto lo sabremos, ahora, puedes marcharte, necesitas descansar —terminó Arthon mientras volvía a encender la vela.

Jarman se fue a su casa a descansar, tirado en la cama, y pensando que les depararía el futuro, que sucedería en los días venideros ahora que habían atacado, en su corazón un fuerte temor afloraba, temía una gran invasión, temía que vinieran más nigrontes, pero eso aún estaba por ver, lo único seguro era que estaban entre la espada y la pared, al borde de una oscuridad que nadie, salvo, tal vez el mitad nigronte, podía impedir.

Por su parte, Álita descansaba en palacio, aunque apenas podía conciliar el sueño,

en su corazón a la vez que en su cabeza, al temor por la guerra en la que su pueblo se estaba sumergiendo se sumaba la preocupación por Hálum, ni el más sabio podía asegurarla que su amado sobreviviría en su misión en la tierra.

8: VIAJE A NUEVA ZELANDA

Hálum y Vélder continuaban en su viaje a nueva Zelanda para proteger el pedazo de la piedra, pero tras unas dieciocho horas volando se encontraban algo cansados, así que decidieron parar a descansar. Bajaron la altitud y vieron una zona de campo en la que era posible instalar un campamento.

—Bien, pasaremos la noche aquí, debemos estar en algún lugar de Tailandia según mis cálculos, mañana el viaje será más corto, pues a buena velocidad de vuelo, estamos a unas ocho horas de Nueva Zelanda —dijo Vélder.

Entonces colocaron la tienda de campaña, con buena capacidad, e hicieron un fuego en medio para calentarse, un fuego muy controlado, por tanto no corrían riesgo de incendio. Antes de dormir los dos se sentaron a charlar al calor de las llamas.

—¿Crees que lo conseguiremos, crees que lograremos proteger la piedra? —preguntó Hálum.

—Bueno, antes de ver lo que hiciste en Egipto, y sobre todo antes de ver lo que hiciste en Paris, mis esperanzas eran escasas pues los nigrontes pueden llegar a ser muy poderosos, y yo era un simple comandante de los caídos, pero he visto en ti un poder inimaginable, un poder que los nigrontes temerán, pues posees su oscuridad y a la vez el corazón de nuestro pueblo, y eso te hace tener en tus manos el poder de decidir una guerra, por no hablar de tu espada, la espada del antiguo señor de los caídos —contestó Vélder.

—Pero ¿esta espada ya se utilizó en la anterior guerra? Quiero decir, ¿hace veinte años ya hubo ángeles defendiendo algo en la tierra? —volvió a preguntar Hálum.

—No, esa espada va más allá, la guerra de hace veinte años no afectó a la tierra, pero antiguamente, hace unos mil años, cuentan las historias que hubo una gran contienda que asoló a todo el universo, incluso cuentan que los nigrontes y los ángeles unieron fuerzas para establecer un equilibrio, y también los humanos participaron de esa guerra —respondió el comandante.

—¿Y tú crees que esa historia es real? —insistió el chico.

—Bueno, antes me resistía a creerlo, pero desde que tú conseguiste esa espada en Egipto, me di cuenta que era verdad, quizás tenga algo de leyenda, pero una parte es real, pues toda gran historia merece ser adornada.

—Está bien, creo que tienes razón, puede que algún día las historias hablen de nosotros —continuó el chico.

—No sé si hablaran de mí, pero estoy seguro que lo harán de ti, el mitad nigronte, aquel que recupero la espada de los caídos, el que dio libertad a su pueblo —dijo con una sonrisa Vélder.

—A pesar de todo aún no hemos conseguido nada, el enemigo está creciendo y en la guerra cualquiera puede vencer —habló Hálum.

—Cierto, pero hoy no salvaremos el universo, mañana nos espera un día largo, así que será mejor que durmamos mientras podamos —terminó el comandante.

Tras la charla se tumbaron a dormir, Hálum acariciaba suavemente la pulsera que le había regalado Álita, hasta que quedó dormido, era una noche abierta y estrellada en esa zona de Tailandia.

Al día siguiente despertaron de madrugada, les quedaban ocho horas de viaje hasta Nueva Zelanda y partirían de inmediato. Recogieron todas sus cosas, y cuando acabaron de recoger se disponían a emprender el viaje cuando, de repente, vieron en el cielo dos criaturas, una especie de leones alados de color oscuro montados por dos personas pálidas.

—Escondámonos, corre Hálum son nigrontes y montan a dos Trasnoms —alerto Vélder.

Salieron corriendo a refugiarse entre dos rocas que formaban una pequeña cueva, y pudieron ver como los nigrontes descendían y bajaban de los Trasnoms.

—Aquí hay huellas, parece que han acampado y no hace mucho tiempo, adelante bestias, buscad a esos inmundos ángeles y despedazarlos —ordenó uno de los nigrontes a las criaturas, que asintieron.

Los chicos, escondidos en la cueva se encontraban en un aprieto.

—Bien, yo distraeré a los Trasnoms, tú irás a matar a los dos nigrontes y luego vendrás a ayudarme —dijo Vélder en voz baja.

—Está bien —contestó Hálum mientras desenvainaba su espada.

Vélder salió de la cueva corriendo y las bestias lo vieron y lo siguieron entre los árboles, mientras tanto los nigrontes se quedaron charlando entre ellos, y Hálum, muy sigilosamente, salió de la cueva y fue cubriéndose por los árboles hasta ellos, llegó y atravesó por la espalda a uno mientras el otro, sorprendido, desenvainaba la espada para combatir. El nigronte y Hálum se batieron en una lucha sin cuartel, mientras Vélder aún trataba de despistar a los Trasnoms que estaban destrozando algunos árboles. En un despiste del nigronte, el joven ángel le asestó un golpe en el costado con la espada, y le provocó una herida mortal, cayó al suelo y Hálum le clavó la espada en el pecho. Tras esto, el chico sacó sus alas y fue volando por encima de los árboles hasta donde estaba su compañero, y pudo ver que un Trasnóm le acechaba y le había arrinconado contra una roca, mientras el otro se dirigía hacia allí también para dar muerte al ángel, pero el chico descendió el vuelo a prisa y por sorpresa clavó su espada en la cabeza de la bestia que acechaba a su amigo, con un Trasnóm muerto, ambos ángeles unieron fuerzas para enfrentar al otro que venía de cara, Vélder corrió

hacia él y la criatura lo embistió y lo tiro contra el tronco de un árbol, el cual cayo roto por el impacto.

—¡Ahora, ataca! —gritó Vélder.

Hálum fue corriendo con su espada hacia la bestia, que se dio la vuelta para ir hacia el joven, pero era tarde, el chico ya había llegado e incrusto su espada por debajo de la mandíbula de la criatura atravesándole la cabeza.

—¿Cómo sabían que estaríamos aquí?, ¿están vigilando en todo el planeta? —preguntó en voz alta el chico.

—No lo creo, les costaría mucho mandar tropas a todas las zonas del planeta, sabían que estaríamos aquí o al menos que camino seguiríamos para ir a Nueva Zelanda, alguien tuvo que decirles algo —dijo Vélder.

—¿Pero quién? Solo sabían que camino cogeríamos los que estuvieron en la tienda en París cuando tomamos la decisión —sospecho Hálum.

—Sí, pero no debemos tomar decisiones precipitadas, si empezáramos a sospechar de nuestros amigos nos dividiríamos, y los nigrontes ganarían la guerra, hasta que no tengamos pruebas mejor callar —continuó Vélder.

—Está bien, será mejor que recojamos todo y nos pongamos en camino a Nueva Zelanda antes de que otros nos ataquen —terminó el chico.

Recogieron todo, expandieron sus alas y se pusieron de nuevo en camino, por el cielo no se veía rastro de nuevos enemigos.

Unas horas más tarde llegaban a Nueva Zelanda, al parque de tongariro, pero allí no había ningún lago, tan solo pequeñas lagunas provocadas por el volcán que estaba también en el parque. Bajaron el vuelo para reunirse con los ángeles que allí acampaban y fueron recibidos por una mujer ángel.

—Bienvenidos a Nueva Zelanda, seréis de gran ayuda aquí, mi nombre es Eledona, seguidme y os llevare hasta las lagunas donde supuestamente se encuentra el pedazo de la piedra.

Eledona era la comandante por lo que se veía, era una mujer bella, de estatura media y pelo rubio claro, unos veinticinco años de edad aproximadamente, llevaba una armadura como la del resto de los ángeles y portaba una sonrisa deslumbrante. La siguieron hasta llegar a las pequeñas lagunas que habían visto desde el aire.

—¿En cuál de estas lagunas se encuentra el pedazo de la piedra? —preguntó Vélder.

—Eso es lo que no sabemos, lo que esperamos que nos ayudéis a averiguar, nadie especifico nada —respondió la mujer.

—Mirare mi libro, gracias a él encontramos el pedazo en París, puede que hay se esconda la respuesta —habló Hálum.

Entonces el chico bajó su mochila al suelo y se puso a buscar, pero no veía nada en claro.

—Será mejor mirarlo con calma, en una mesa, vamos a mi tienda y allí podréis

concentraros —les dijo Eledona apuntando a una tienda cercana.

La siguieron y Hálum se sentó a ojear el libro apoyado en una pequeña mesa de madera, el tiempo pasaba y ya se empezaba a ir la luz y a llegar la noche, fue en ese momento cuando el chico sobresaltado saltó para ponerse en pie eufórico, llamando la atención de su compañero y de la comandante que estaban hablando entre ellos.

—Creo que lo tengo —dijo Hálum—. Aquí pone *«el pedazo de la piedra se encuentra en una de las tres lagunas, si quieres conseguirlo la luz del amanecer te mostrara el lugar exacto, y el poder de la luz llevara la piedra a tus manos»*.

—Bien, entonces tendremos que esperar a que amanezca, pero debemos pensar que es eso del poder de la luz —habló la mujer.

—Si, ahora será mejor que todos vayamos a dormir —continuó Vélder.

—He ordenado que os preparen una tienda para que durmáis tranquilos, ahora id a ella, está enfrente de la mía —terminó la chica.

Y ellos se fueron a dormir a su tienda, aunque les costó un rato conciliar el sueño.

A la mañana siguiente despertaron temprano, cuando aún no había luz. Uno de los soldados fue a buscarlos a su tienda junto a Eledona y marcharon hacia las tres lagunas. Se sentaron en una roca a esperar a la luz del alba.

—He estado pensando en eso del poder de la luz —dijo Hálum—. En parís conseguimos el pedazo de la piedra gracias a mi poder oscuro como medio nigronte, tal vez esta vez debamos usar el poder de mi parte de ángel.

—Pero muy pocos ángeles controlan los poderes de la luz, ¿alguna vez los has usado chico? —preguntó Eledona.

—No, y no sé exactamente cómo hacerlo, pero los poderes oscuros puedo controlarlos cuando me enfado, cuando siento rabia, tal vez la luz pueda controlarla de otra forma, aunque aún no comprendo cómo —respondió el chico.

—Pues debes pensarlo pronto, pues la luz del alba está a punto de llegar —comentó Vélder.

En ese momento empezó a amanecer, todos se levantaron de la roca y miraron a las lagunas. Un rayo de sol apareció fulminante iluminando la laguna más grande.

—¡Esa es! —habló Vélder.

Mientras los demás comentaban y se acercaban a la laguna Hálum se quedó quieto, con los ojos cerrados, muy pensativo.

—¿Qué haces? Ven aquí chico te necesitamos para conseguir la piedra —dijo Eledona dándose la vuelta.

De pronto el joven abrió los ojos, esbozó una sonrisa.

—¡Tengo una idea! —expreso mientras desenfundaba su espada y echaba a correr en dirección a la laguna.

Cuando llegó a la orilla del agua extendió sus alas y saltó en dirección al rayo de luz. En el aire volvió a cerrar los ojos, la luz parecía iluminar su cuerpo más de lo normal, era como si se estuviera metiendo dentro de él. De pronto su espada empezó

a desprender rayos de luz, el chico abrió los ojos y dirigió la punta de su espada al lago que estaba debajo de él. El agua empezó a abrirse hacia los lados hasta quedar un agujero en el centro del lago, del cual empezó a subir un disco de piedra, era el segundo pedazo que volvía a llegar a las manos de Hálum como ya lo hizo el primero. Cuando lo tuvo bien agarrado volvió a la orilla a reunirse con los demás y guardó sus alas.

—Bien, ya lo tenemos, ya está en nuestro poder el segundo pedazo de la piedra —dijo Hálum.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo controlaste la luz? —preguntó temblorosa Eledona.

—Pensé que si los poderes oscuros podía controlarlos enfadado, quizás la felicidad me permitirá controlar la luz, y creo que eso fue lo que me hizo interceptar el rayo de luz —contestó el chico.

Tras esto volvieron al campamento al borde del volcán, Vélder se encargó de guardar el pedazo de la piedra.

—Se lo entregaré a Gúldur cuando vayamos a México —dijo.

Esa noche la pasaron aún en Nueva Zelanda, en el campamento. Hálum estaba profundamente dormido. De repente, el chico se encontraba en un campo de batalla, rodeado de enemigos eliminados, y también de soldados ángeles muertos, él era el único que estaba en pie, se giró y vio su ciudad, Amber, pero no estaba tal y como él la recordaba, buena parte de esta ardía en llamas, el chico avanzó hacia la puerta derruida de la ciudad y de repente, ante la puerta, en el suelo en fila vio varios cadáveres de personas muy reconocidas para él, estaban su padre, el rey Irion, Gúldur, Vélder y también Álita, todos muertos y ensangrentados. Tras él escucho unos pasos pero no giro la mirada, por sus mejillas bajaban lágrimas de tristeza por ver a sus amigos y a su amada muertos. Los pasos llegaron a su altura y una voz susurro en su oído.

—Es tarde, has fracasado, ¿de verdad pensabas que tú, un joven ángel sin experiencia podrías vencer al señor de los nigrontes? —preguntó la voz maliciosamente—. Tu ciudad ha caído y todos tus seres queridos, incluida esa furcia hija del rey ha muerto, no te queda nada, ya no puedes impedir nuestro reinado, ha llegado la era de los nigrontes.

—¡Pagareis por todo lo que habéis hecho! —gritó Hálum mientras se daba la vuelta y soltaba un golpe seco con la espada, pero no acertó a nadie, un cuerpo grande de unos dos metros de altura saltó hacia atrás, llevaba armadura negra y un casco también negro que le cubría todo menos los ojos y el cuello.

—¿De verdad crees que puedes derrotarme?, ¡yo soy Ócurum, señor de los nigrontes y te condeno a morir aquí y ahora! —gritó mientras clavaba una espada de un metal oscuro en el pecho de Hálum, el cual caía muerto en el campo de batalla.

Sin esperarlo el chico despertó sobresaltado en su tienda de campaña, todo había sido solo una pesadilla, pero aún temía que se cumpliera, ¿y si solo había visto algo que estaba por venir?

A la mañana siguiente despertaron pronto, pues ese día partirían hacia su próximo destino. Hálum tenía un rostro triste, preocupado.

—¿Qué es lo que te preocupa chico? —preguntó Vélder.

—Nada, o eso creo, es solo que anoche tuve una pesadilla terrible.

—No deberías preocuparte, las pesadillas son fruto de nuestra mente, en ningún caso son predicciones, salvo que seas oráculo.

—¿Y si lo soy?, ¿y si al ser mestizo, al ser el chico del que hablan las profecías también tengo el poder de predecir el futuro? —se levantó alterado el chico.

—Mira, no sé lo que verías en tus sueños, ni pretendo verlo, pero en caso de que sea como tú dices no tiene por qué cumplirse, tienes un poder mayor del que he visto jamás, si cierto acontecimiento te preocupa usa tu poder y cámbialo, tu destino te pertenece a ti, y nada ni nadie pueden cambiar eso.

Tras conversar con su amigo, Hálum se quedó algo más tranquilo aunque seguía inquieto.

—Cambiando de tema, hoy partiremos hacia nuestro próximo destino, la ciudad de Roma —dijo Vélder.

—¿Roma?, ¿no deberíamos ir a México a por el último pedazo de la piedra? —habló el chico.

—Eso vendrá después, Gúldur me dijo antes de salir de Paris que debo llevarte a la tumba del primer y único señor de los caídos que se conoce, y esa tumba está en Roma, en una cripta bajo el vaticano.

—Está bien, iremos a Roma entonces —concluyó Hálum.

Un rato después ambos salieron de su tienda y se reunieron con Eledona. El campamento ya estaba recogido a medias y muchos soldados ángeles se preparaban para partir.

—Bien, aquí llega nuestra despedida, al menos por un tiempo —dijo la mujer.

—Si, vosotros debéis ir a México, nosotros aún tenemos que ir a Roma, en tres o cuatro días nos reuniremos con vosotros, tened buen viaje —habló cortésmente Vélder.

—Así será —y Eledona le guiño un ojo a Vélder.

Después fueron a recoger sus cosas y meter todo en sus mochilas, y cuando acabaron abrieron sus alas y partieron rumbo a Roma.

9: LA TUMBA DEL CAÍDO

Hálum y Vélder llegaron a roma dos días después de partir de Nueva Zelanda, y una vez en la ciudad pusieron rumbo a las criptas donde supuestamente encontrarían la tumba del primer señor de los caídos. Caminaban por una calle dirección a él vaticano mientras la luz del día iba desapareciendo para dar paso a la noche. De repente se pararon de golpe.

—Es aquí, estoy seguro —dijo Vélder apuntando a una alcantarilla en el centro de la carretera en una calleja estrecha.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?, ¿has estado aquí alguna vez antes? —preguntó Hálum.

—No, pero no tengo ninguna duda, Gúldur me dijo que en la entrada a las criptas estaba tallado el símbolo de los antiguos caídos, el símbolo de la victoria.

El chico comprobó y su guardián tenía razón, en la tapa de la alcantarilla había tallado un símbolo de una cruz con una gran «V» encima.

—Está bien, si estás tan seguro entraremos aquí.

Se aseguraron de que nadie pasaba por la calle en ese momento, el cielo ya estaba oscureciendo, entonces abrieron la tapa de la alcantarilla y vieron que había una escalerilla, la agarraron y bajaron. Abajo había un largo pasillo de paredes de piedra, todo oscuro, no se podía ver nada. De repente se encendieron dos antorchas, una en cada lado de la pared, comprobaron que el techo era una bóveda y el resto del pasillo seguía oscuro, por lo tanto cogieron las antorchas, una cada uno y se pusieron a andar. Caminaron durante casi diez minutos y el pasillo no acababa, pero de repente se estrechó, y ante ellos, en la oscuridad, vieron avanzar una figura, alguien con una túnica negra y capucha que no dejaba ver su cara, un cuerpo delgado y alto avanzaba hacia ellos, Hálum desenfundó su espada.

—¿Quién eres? —gritó— muéstrate.

La figura llegó a unos pocos pasos de ellos y se detuvo. La túnica empezó a caer al suelo sin dejar ningún cuerpo al descubierto, tan solo la temible oscuridad.

—¿Qué tipo de broma es esta? —preguntó alarmado el chico.

—*No es ninguna broma* —pronunció una voz aguda, de alguien que no debía estar allí, pues no veían ningún cuerpo—. *No os molestéis en buscar mi cara, pues no me veréis, mi cuerpo no existe, tan solo mis huesos quedan ya.*

—¿Y quién eres tú? —preguntó Vélder dando un paso hacia adelante, hacía la

túnica.

—*Yo soy el pasado, la leyenda, una sombra de lo que antaño sucedió, mis hazañas son legendarias, y ahora protejo mi propia tumba.*

—¿Tu propia tumba?, aquí está la tumba del primer señor de los caídos, un dios para los ángeles —contestó Vélder.

—*Un dios, así me consideráis pues, pero antaño fui como vosotros alguien normal pero poseía un gran poder en mi interior, y el valor para hacer que nuestro pueblo saliera adelante, pues ahora lo veo claro, sois ángeles, y si estáis aquí es por que sois de los caídos* —respondió la voz— *pero tú no eres normal chico, portas mi antigua espada, aquella que me ayudo a llevar la paz al universo, ¿cómo la has robado?*

—Yo no he robado nada, soy el mitad nigronte, una misión me ha sido encomendada, nuestro pueblo está en peligro, una terrible amenaza lo ha puesto a prueba y ahora debemos luchar, dicen que soy el nuevo señor de los caídos —contestó Hálum.

—*Entonces eres mi heredero, y no me extrañaría, pues noto una fuerza en ti, un poder interior que podría hacer cosas increíbles, si de verdad eres el nuevo señor de los caídos, toma mi túnica, la tienes delante.*

El joven avanzó dos pasos y cogió la túnica negra, aunque con puntos dorados.

—*Póntela* —insinuó la voz.

Hálum se puso la túnica encima de la armadura, pero no se tapó con la capucha.

—*Bien, veo que te sienta bien, puedes ser un digno heredero, ahora os dejare avanzar hacia mi tumba, allí encontrareis el poder que aún os falta.*

Siguieron avanzando por el pasillo oscuro, aún sujetando las antorchas para guiarse. Llegaron ante una puerta, muy antigua de madera.

—*Abridla* —volvieron a escuchar la voz.

Empujaron la puerta hacia adentro y las puertas se abrieron de par en par. Entraron en una sala de nuevo oscura aunque más ancha. De pronto se empezaron a encender antorchas a los dos lados de las paredes y en la pared del fondo. Vieron iluminada una sala cuadrangular con paredes de piedra muy antiguas, al fondo otra puerta, y en el centro de la sala un sarcófago.

—*Hay dentro esta mi cuerpo, en la parte de arriba del sarcófago hay una ranura para mi espada, ponla hay, chico, y haz una ofrenda de sangre sobre ella* —dijo la voz.

—¿Una ofrenda de sangre? —dudó Hálum.

—*Si, hazte un corte en la mano y vierte unas gotas sobre la espada cuando esté puesta en la ranura, así podré darle poder a tu espada juntando nuestras sangres, solo si eres de verdad mi heredero esto funcionara.*

El chico avanzó hacia el sarcófago, mirando hacia atrás dudoso hacia Vélder que le hacía gestos con la cabeza de que siguiera adelante, parecía tranquilo. Llegó ante el sarcófago y colocó la espada en el hueco que, efectivamente, estaba pensado justo

para esta. Hálum sacó un cuchillo de su cinturón y se hizo un corte en la mano, apretó el puño y gotas de sangre empezaron a caer sobre la espada. De pronto unas gotas de un líquido negro empezaron a caer también, de la nada, sobre las gotas de sangre.

—*Esa es mi sangre, la sangre de alguien que ha muerto* —pronunció misteriosamente la voz.

De repente la espada se cubrió en un charco de líquido y de mezclas de sangre. Hálum apartó la mano y vio como un resplandor sobresalía del charco, el líquido se consumió y quedo solo la espada, pero no la espada tal y como él la puso, ahora tenía una inscripción en el idioma de los ángeles, una inscripción que decía:

«cadentesque gladio, qui dominatur gladius omnis terror tenebrarum»

Esta inscripción significaba algo así como la espada que las dominara a todas, la espada del caído, terror de la oscuridad.

—*Recógela* —volvió a decir la voz—. *Ahora pon tu mano en la otra ranura, la mano en la que te hiciste el corte, y poseerás mi poder.*

Entonces Hálum comprobó que en el sarcófago había otra ranura con forma de mano y puso la suya, con la herida.

—*Ahora sentirás dolor chico, pero debes aguantar, mi sangre se mezclara con la tuya y tendrás un poder con el que muchos soñarían.*

Por debajo de su mano, en la ranura, el chico volvió a ver el líquido negro, que ahora le envolvía la mano, sintió un gran dolor, como si algo ardiera en su interior. El brazo se le envolvió de líquido negro, y él soltaba un grito ahogado. De pronto paro, el brazo volvía a tener su color. Aparto la mano de la ranura y vio como la herida se había curado.

—*Bien, mi joven heredero, ahora mi sangre corre por tus venas, tienes mi poder, ahora eres más fuerte, y tienes una capacidad extrema de regeneración, pero no por ello pienses que eres inmortal, pueden herirte igual, y también matarte, pero si la herida no es mortal se te regenerará* —aconsejó la voz.

—Bien, si todo a acabado pues, debemos marcharnos —habló Vélder algo sorprendido.

—Gracias por los poderes, mi ante pasado, señor de los caídos, gran Juleus, le prometo que haré honor a todo lo que me ha dado, le prometo que el enemigo lamentara haber desafiado a nuestro pueblo —agradeció Hálum.

—*Bien, ahora marchaos, salid por la puerta que hay al fondo de la sala, os conducirá a un nuevo pasadizo y más allá a una escalera y una salida secreta.*

Fueron a la puerta y la abrieron también de par en par. Caminaron un buen rato por el pasadizo hasta llegar a la escalera, y arriba solo había techo, solo había roca. Entonces pensaron que tal vez deberían empujar esa roca ya que estaban bajo tierra. La empujaron y salieron en una plaza, estaban ante la basílica del vaticano. No había nadie a esas horas que pudiera verlos salir de ahí, pues era noche cerrada ya, entonces

salieron y fueron caminando hasta llegar de nuevo a las calles de Roma.

—Bien, ahora supongo que podremos ir a México —comentó Hálum.

—Si, tan solo haremos una parada más, en Madrid, debo recoger algunas cosas de mi piso, y tú deberías revisar que en el tuyo este todo en orden también —dijo Vélder.

Y tras acabar de conversar ambos se aseguraron de que nadie los veía y extendieron sus alas. Echaron a volar hasta perderse entre las nubes, como de costumbre Vélder iba delante. Ahora Hálum se sentía más poderoso, pero también más rápido, sentía que podía volar a mayor velocidad que antes, era consciente de que ahora en su interior no solo poseía su gran poder como mitad nigronte, sino que también poseía el poder del primer caído, aquel del que según cuentan las leyendas, fue el ángel más poderoso que ha existido en la historia.

10: EL CAMINO DEL BOSQUE DE ÁNGELOS

Jarman estaba en las casas de curación, visitando a Ínler, habían pasado dos días desde la batalla al borde del bosque, desde que los nigrontes tendieran esa trampa a los ángeles, el capitán y el joven soldado le daban vueltas a lo ocurrido, debatían si los ángeles que apoyaban a los nigrontes eran forajidos o era algo más grande de lo que habían imaginado.

—Yo no creo que fueran forajidos, pienso que uno de los gobernadores nos ha traicionado —comentó Ínler.

—Es posible que tengas razón chico, pero no vayas por ahí diciéndolo en voz alta, mantenlo guardado para ti, levantar esa acusación sin pruebas puede considerarse perjurio —contestó Jarman.

—Está bien, pero vos pensáis como yo, ¿no es así mi señor?

—Sí, es así joven soldado, pero mientras no tengamos pruebas debemos callar y pensar en silencio.

Tras un rato de conversación, y más o menos al medio día, Jarman se fue de las casas de curación. En el cielo lucía un sol espléndido, el capitán se marchó a casa. Cuando llegó, vio en la puerta a alguien de espaldas, alguien que llevaba una capucha para ocultarse.

—Te estaba esperando —dijo el encapuchado.

—¿Álita? ¿Qué haces aquí? —preguntó Jarman sorprendido, reconociendo a la hija del rey bajó la capucha.

—Vengo a charlar, pues tengo un plan que mi padre no apoyara.

Ambos pasaron al interior de la casa, Jarman puso algo de comida en un plato y se la sirvió a la princesa.

—Bien Jarman, ambos sabemos que no es normal que los ángeles ayuden a los nigrontes, y según lo que le contaste a mi padre esta vez está sucediendo este hecho —habló la chica.

—Si, y ya escuchaste lo que tu padre dijo, seguramente son bandidos —dejó caer el capitán.

—Ambos sabemos que eso no es posible, sabes tan bien como yo que esos ángeles deben venir de alguna ciudad, de las órdenes de algún gobernador.

—Lo sospecho, pero ¿Cómo probarlo?

—Tengo un plan, Jarman, creo que se cuál de los gobernadores podría ser el traidor, hay uno que siempre ha sido codicioso, alguien que ambiciona el poder, y que haría todo lo que pudiera para conseguir dicho poder, ese alguien es el gobernador Mandrel, de Bélzerin, mi proposición es viajar a esta ciudad y observar si hay en ella comportamientos extraños, algo que indique que nos han traicionado —propuso Álita.

—Vuestro padre nunca aprobara eso.

—No, pero no tendrá que aprobarlo si vamos nosotros, sin que nadie se entere.

—Es arriesgado, si el rey se entera me condenara, y a vos os quitara todos los privilegios de los que gozáis —interrumpió Jarman.

—No tiene por qué enterarse, y aunque lo haga, si descubrimos una traición nos recompensara —insistió ella.

—Dejadme pensarlo, mañana a esta misma hora venid a visitarme, mi señora, y os daré una respuesta.

Terminaron de comer y la princesa regresó a palacio.

Jarman durmió poco esa noche, estaba dándole vueltas a la cabeza a todo lo que le había dicho la princesa, tal vez ella tuviera razón, tal vez debieran ir a investigar.

A la mañana siguiente el capitán volvió a las casas de curación, ya había tomado una decisión, pero no marcharía a investigar nada sin su nuevo amigo. Entró en una habitación de piedra, donde se encontraba Ínler, se aseguró de que nadie pudiera escucharlos.

—Escucha, he conseguido que los enfermeros te dejen ir, ya estas recuperado de tus heridas, pero te necesito para una misión, una nueva, peligrosa e importante misión, mi joven amigo —comentó Jarman.

—Está bien, ¿de qué se trata mi capitán?, ¿volveremos a atacar a esos desgraciados nigrontes? —preguntó el chico.

—No, confío en ti, y por eso te propongo participar, es una misión secreta, una misión que el rey nunca ordenaría, nadie debe enterarse de nuestro cometido, nadie sabe nada ni se enteraran de nuestra partida.

—¿Y de que se trata?

—Voy a ir con la hija del rey a investigar a Bélzerin, sospechamos que su gobernador puede estar apoyando a las fuerzas nigrontes, y he pensado que tal vez te gustaría participar, tan solo iremos a ver qué ambiente se cuece en la ciudad, en sus calles, no entraremos en combate, será una misión sigilosa.

—Está bien, contad conmigo, mi capitán —concluyó el muchacho.

—Bien, ahora corre a prepararte, debes estar en dos horas en mi casa, partiremos desde allí, y sobre todo, que nadie se entere de lo que vamos a hacer ¿de acuerdo? —terminó Jarman.

—Puede confiar en mí, no le diré nada a nadie, ahora debo marchar a prepararlo

todo.

Ambos salieron de la sala y de las casas de curación y tomaron rumbos diferentes, cada uno se dirigió a su hogar, a preparar todo para la misión secreta que tenían por delante.

Jarman llegó a su hogar y se enfundó una armadura ligera por debajo de sus ropas de explorador, unas botas marrones de cuero, una camisa de lino muy fina y unos pantalones de seda marrón, y encima una capa con su capucha, también enfundó una espada en su vaina y se la puso a la cintura, y un arco con porta flechas y unas diez flechas a la espalda. Dos horas después llamaron a su puerta, era Ínler, preparado también con una capa y ropajes de explorador, y una espada. Esperaron ambos y a los cinco minutos aproximadamente apareció la princesa, tapada con su capucha, y con una pequeña daga colgando de su cintura.

—Bienvenida, mi señora, ya estamos listos para partir cuando lo desee —comentó Jarman— este muchacho nos acompañara, pues confío plenamente en él y puede sernos de gran ayuda —señalo a Ínler.

—¿Estás seguro que es de confianza? —preguntó Álita.

—No le conozco de mucho, pero si hiciera falta le confiaría mi vida, tiene un valor y una bondad al alcance de pocos.

—Está bien pues, que venga con nosotros, parece un gran guerrero.

—Gracias, mi señora —dijo el chico mientras hacia una pequeña reverencia.

Entonces partieron hacia las puertas de la ciudad, al llegar ante los guardias que las protegían Álita se quitó la capucha y se dirigió a uno de ellos.

—Abridnos las puertas, por orden de mi padre debemos salir a ocuparnos de unos asuntos.

—¿Estáis segura de que su majestad desea que os dejemos salir con esos nigrontes en el bosque?

—Si, y no iremos en dirección al bosque, nuestro rumbo será contrario, nuestra misión no está muy lejos de aquí.

Los guardias abrieron las puertas y salieron de la ciudad, fueron en dirección opuesta al bosque, pues la ciudad de Bélzerin estaba por ese camino. Tras pasar por una llanura de tierra, llegaron a un camino empedrado, con matojos a su alrededor, era medio día, y la luz de la tarde podía contemplarse en el cielo.

—Es hermoso nuestro universo visto con estas luces —dijo la princesa.

—Cierto, mi señora, nunca me había fijado, viendo estos paisajes, esa luz de bondad en el cielo, no puedo entender cómo puede haber seres que traten de destruirlo todo, de oscurecerlo todo, si viviéramos en armonía todos disfrutaríamos más de la belleza de la vida —respondió Jarman.

—Tienes razón, pero ¿Cómo podría existir la bondad si una maldad que la hiciera frente?, yo no digo que las guerras estén bien, ni que los nigrontes hagan cosas buenas, simplemente digo, que sin esa maldad, sin su afán por oscurecerlo todo, por

devastarlo todo, tal vez no valoraríamos tanto la belleza en los detalles, o en el mundo que nos rodea.

—Supongo que tenéis razón, mi señora.

Siguieron andando largo tiempo y por fin llegó el anochecer, y se pararon a descansar bajo un árbol al llegar a una zona arbolada, al borde de una montaña. La princesa se tumbó a dormir apoyada en el árbol, arropada tan solo por su túnica, mientras tanto los dos chicos charlaban sentados sobre una roca, mirando al cielo en el que se podían contemplar otros planetas, entre ellos Nomte.

—Es increíble que puedan sobrevivir con la oscuridad que envuelve a su planeta, ¿no te parece mi capitán? —comentó Ínler.

—Sí, pero todos los seres somos más poderosos en nuestro interior de lo que a simple vista parecemos, y según en qué lugar del universo nacemos adquirimos unas cualidades que nos hacen únicos, capaces de conseguir proezas que a otros seres les parecerían imposibles —contestó Jarman.

—Puede que tengas razón, ¿crees que el chico al que mandaron a la tierra es de verdad el mitad nigronte del que hablan las leyendas?, ¿el que se levantara y acabara con el poder de los nigrontes?

—Es un buen muchacho, y tengo entendido que su madre era nigronte, yo amo a Álita con todo mi corazón, pero su corazón pertenece a ese chico, y aun así le respeto como solo puedo respetar a un dios, pues estoy seguro de que en algo parecido puede convertirse, si las leyendas son ciertas, y nunca he dudado de las leyendas.

Siguieron conversando largo rato, contemplando la belleza del mundo que los rodeaba, y luego ambos hicieron turnos para hacer guardia.

A la mañana siguiente despertaron, no muy tarde, pues aún estaba amaneciendo y continuaron su camino rodeando la pequeña montaña junto a la que habían acampado. Se internaron en un bosque no muy espeso, la luz del sol se podía ver claramente a través de los árboles y le daba al bosque un tono verde claro tan puro como la propia tierra del suelo.

—Bien, según mis cálculos aún tenemos un día de camino antes de llegar a Bélzerin —comentó Jarman.

—Y según los míos mi padre ya debe haberse percatado de mi ausencia y mandara soldados a buscarme —continuó Álita esbozando una leve sonrisa.

—Tendremos que andarnos con cuidado pues.

Continuaron por el bosque, y al rato llegaron a una pequeña laguna de aguas cristalinas, bebieron un poco y escucharon un ruido extraño detrás de unos árboles.

—Esperad aquí, Ínler, protege a la princesa si algo nos ataca, yo iré a ver que ha sido ese ruido —dijo el capitán.

Jarman se acercó a unos arbustos, cogió un palo grande del suelo y los golpeo, escucho un quejido y metió las manos en el arbusto para acabar sacando a un muchacho, de uno quince años como mucho, con ropas marrones rasgadas, unos pantalones de seda y una camisa fina, pelo rubio y ojos marrones.

—¿Quién eres y que haces espiándonos?

—No me haga daño señor, mi nombre es Bán, no os espiaba, tan solo paseaba y escuche ruidos, me asome y os vi, solo me escondí porque pensaba que erais malvados que veníais a mancillar las tierras de mi padre.

—¿Vivís aquí?

—Si, con mis padres, pero ¿Quién sois vosotros?

—Digamos que somos soldados del rey, viajamos hacia Bélzerin.

—Acompañadme a mi casa, si gustáis, mi padre estaría encantado de poder saludaros, adora al rey y a nuestro ejército, aun en estos días sombríos.

—Está bien, te acompañaremos, pues estamos sedientos.

El capitán fue a buscar a Ínler y Álita y siguieron al muchacho hasta su casa, una pequeña cabaña entre los árboles. Cuando llegaron un hombre de unos cincuenta años de edad salió a recibirlos, apuntándolos con una ballesta.

—¿Quién sois? —preguntó el hombre.

—No te preocupes padre, son soldados del rey, están de paso por nuestras tierras y les he invitado a tomar algo de agua antes de proseguir con su camino —dijo el muchacho.

—Está bien, pasar a mi humilde vivienda, os presentare a mi esposa, por cierto, mi nombre es Dol.

Pasaron al interior de la cabaña, por dentro no era muy grande, al fondo tenía dos habitaciones, y en la sala a la que entraron estaban la cocina y una mesa con sillas, era un hogar humilde.

—Os presento a mi esposa, Brema, a mi hijo Bán supongo que ya lo conocéis.

La mujer tenía también unos cuarenta años muy avanzados, era más joven que su marido aunque no mucho.

—Bienvenidos a nuestro hogar, jóvenes viajeros, mi humilde chiquilla puedes quitarte la capucha, aquí somos gente de bien, no os haremos nada si vemos vuestro rostro —comentó la mujer dirigiéndose a Álita.

—Está bien —dijo la princesa mientras se quitaba la capucha dejando al descubierto su rostro joven.

—Dios mío, reconozco vuestro rostro, lo vi en la ciudad en el último discurso del rey, sois la princesa Álita.

—¿A qué se debe vuestra presencia en nuestras tierras princesa? —preguntó el hombre.

—Viajamos hacia Bélzerin en una misión secreta, debemos investigar acontecimientos extraños que han tenido lugar en esa ciudad, debemos partir de inmediato —dijo Jarman.

—La ciudad de Bélzerin esta corrupta, no hallareis más que dolor en ella, unos pocos ocupan todo el dinero, todo el control de la ciudad, y su gobernador no hace nada.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó la princesa.

—Bueno, nosotros somos una familia humilde, recolectamos madera en el bosque y la vendemos en las ciudades de Amber y Bélzerin, y a esta última tememos entrar, y siempre vamos precavidos a sus calles, mi señora.

—¿Sabéis si su gobernador ha tenido trato con los nigrontes? —preguntó sin tapujos Jarman.

—Bueno, no sé si su permisividad y su corrupción llegaran a tanto, aliarse con el enemigo sería demasiado, aunque no me extrañaría nada, ese hombre ansia por encima de todo el poder y el dinero.

—Bien, entonces tendremos que ir a mirar con nuestros propios ojos que sucede en la ciudad.

—Princesa, podéis quedaros en nuestro hogar mientras los soldados viajan a Bélzerin, si la descubren en esa infecta ciudad podría ser peligroso para vos.

—Debo arriesgarme, pero gracias por la hospitalidad —agradeció la chica.

—No, no debéis arriesgar, estas personas son buenas gentes, Álita, debes quedarte aquí con ellos, sé que sois fuerte y que sabéis luchar, pero si la ciudad está tan mal como dicen correremos peligro en ella, y si nos atrapan a todos allí el enemigo conseguirá su objetivo, iremos Ínler y yo, si en cuatro días no hemos vuelto, regresarás a Amber a alertar a tu padre de que Bélzerin nos ha traicionado —propuso Jarman.

—Está bien, capitán, me quedare con esta gente pues, pero tened cuidado en la ciudad, estad preparados para lo peor.

Había llegado el medio día en lo que duraba la conversación en la cabaña, y todo estaba listo para proseguir el camino hacia Bélzerin, pero antes se despidieron de la princesa.

—Pronto volveremos a vernos, mi señora, recordad, en cuatro días si no hemos vuelto corred a alertar a vuestro padre, pero tened cuidado, el camino puede ser peligroso —sugirió Jarman.

—No temáis por mí, yo estaré bien, pero vosotros tened cuidado, si es verdad lo que esta gente dice deberéis vigilar con buen ojo los caminos que pisáis —dijo Álita.

—Nosotros estaremos bien, Ínler es un gran soldado, si nos atacan peharemos, pero pronto sabremos si el brazo del enemigo ha crecido hasta tocar a los que hasta ahora nos eran fieles.

—Creo que deberíamos partir ya mi capitán, o llegaremos demasiado tarde a la ciudad —comentó Ínler.

—Tienes razón chico, debemos partir de inmediato para estar en Bélzerin al anochecer, hasta pronto princesa, cuidaros.

Partieron de inmediato por el bosque, y caminaron largo rato por él, los árboles eran altos pero dejaban pasar el sol que iluminaba su camino. Tras unas 3 horas de camino pararon a descansar en una explanada sin árboles en el bosque.

—¿Creéis de verdad que la ciudad estará tan corrupta como dicen? —preguntó el chico.

—Temo que así será, deberemos asegurarnos bien que no nos atacan en cada esquina de la ciudad, cuando lleguemos debemos ponernos la capucha, y juntarnos con la multitud, las capas taparan nuestras espadas, y si hay guardias y preguntan por mi arco diré que somos cazadores —respondió Jarman.

—Está bien, confío en vos ciegamente y sé que saldremos de esta, sea lo que sea lo que encontremos, sé que combatiremos espada con espada al mal que viene desde Nomte.

Tras quince minutos descansando sentados en el suelo continuaron el camino, unas dos horas más andando, hasta que estaba anocheciendo y por fin vieron el final del bosque. Al pasar por los últimos arboles vieron dos antorchas encendidas clavadas una a cada lado, supusieron que señalaban la entrada al camino del bosque. La ciudad de Bélzerin levantaba sus murallas enfrente de ellos, no eran unas murallas muy altas, ni si quiera la ciudad era demasiado majestuosa, solo alcanzaba los cien mil habitantes aproximadamente, sus casas eran de madera, igual que la muralla, la cual estaba levantada con troncos de madera.

Caminaron hacia la puerta más cercana para entrar en la ciudad, era una puerta de madera, y cuando estuvieron a apenas tres pasos de la puerta un guardia los habló desde la muralla.

—¿Quiénes sois y que venís a hacer a Bélzerin? —preguntó el guardia.

—Somos cazadores del bosque, venimos a refugiarnos en alguna posada de vuestra ciudad, siempre que tengáis a bien abrirnos las puertas —contestó Jarman.

—¿De dónde venís?

—De lejos, vivimos en la lejana y fría ciudad de Espealia y no queremos dormir otra noche en el bosque, mañana iremos de cacería y esta noche queremos dormir en un colchón para descansar la espalda.

—Está bien, cazadores, os abriremos las puertas a nuestra hermosa ciudad, pero tened cuidado en vuestro camino a la posada, las calles son peligrosas cuando oscurece.

Los guardias abrieron las puertas y Jarman e Ínler pudieron pasar a la ciudad.

Pudieron observar vagabundos en las calles, gente peleando por un trozo de pan, ellos trataron de huir de los problemas, y al torcer una esquina vieron una posada.

—Esta noche dormiremos aquí chico, mañana podremos investigar más a fondo la ciudad.

Entraron a la posada y alquilaron una habitación en la que pasaron la noche, era una habitación pequeña, en una posada pequeña de madera, con dos camas una para cada uno de ellos, y al poco rato de tumbarse el sueño los apreso, y durmieron toda la noche.

II: ENCERRONA EN MADRID

Hálum y Vélder iban volando en dirección a Madrid después de visitar la tumba del primer caído en roma, y de que Hálum consiguiera un poder extra en ella. De pronto empezaron a descender y llegaron a Madrid, justo cuando empezaba a amanecer, esa noche no habían dormido nada, y en Madrid un sol imponente empezó a deslumbrarlos mientras Vélder, seguido por Hálum aterrizaba en una azotea cercana a la de su piso.

—Bien, chico, ahora iremos hasta nuestra azotea así que no guardes las alas, solo quería decirte que no sé lo que encontraremos allí, si los nigrontes han encontrado nuestro piso es probable que nos estén esperando, o tal vez que lo hayan registrado, en cualquier caso, asegúrate de tener tu espada a mano, podríamos necesitarla —comentó Vélder.

—Está bien, si han registrado nuestros pisos no sería tanto problema, el diario de mi padre con las profecías siempre lo he llevado encima, y es lo más valioso que podrían quitarnos, así que no te alarmes.

—No es lo más valioso, podrían habernos quitado mapas y apuntes que hice sobre el plan de Gúldur antes de que tú llegaras a la tierra, pero bueno, es momento de que vayamos y salgamos de dudas.

Ambos volvieron al aire, aunque esta vez no volaron muy alto, a pesar de que se arriesgaban a ser descubiertos por los humanos estando tan bajos. Por fin vieron la azotea de su piso y se dispusieron a aterrizar en ella, pero había cuatro seres tapados bajo túnicas negras en la azotea, Hálum y Vélder desenfundaron sus espadas.

—Es el momento de que pruebes tu nuevo poder chico, el momento de que demuestres que tienes el poder del primer caído —dijo Vélder dirigiéndose a su compañero.

Las cuatro figuras se acercaron a ellos en cuanto aterrizaron.

—Será mejor que os entreguéis, si seguís con vuestra rebeldía condenareis no solo a vuestro mundo, sino también al planeta tierra, sumiremos a los humanos en una oscuridad de la que jamás escaparan, si no os entregáis pereceréis en la tierra —dijo una voz grave que salía de una de las túnicas.

Los cuatro extraños se quitaron la capucha, y a la luz del sol se pudo contemplar sus rostros pálidos, blancos como la misma muerte. Todos desenfundaron unas negras espadas bajo sus túnicas y empezó el combate dos nigrontes atacaron a Hálum, otros

dos a Vélder, las espadas chocaron produciendo un gran ruido, de pronto la sangre de uno de los enemigos empezó a caer sobre la azotea de aquel edificio, Vélder había soltado un golpe seco al cuello de un nigronte, el cual había caído muerto. Hálum seguía combatiendo con sus dos oponentes, pero aún no era capaz de matarlos, la furia iba haciendo presa de él, y sus ojos empezaron a ponerse rojos, mientras su cara empezaba a ser blanquecina, y dio la sensación que su ropa ardía, la hoja de su espada se envolvió en llamas, y de un golpe partió por la mitad el arma de un nigronte y posteriormente le atravesó la garganta mientras el cuerpo de dicho enemigo se consumía en las llamas, al otro le partió por la mitad cortando con un golpe seco a la altura del pecho, el chico se había quedado sin enemigos gracias a ese extraño poder, enfundó su espada, y mientras el otro nigronte aún combatía contra Vélder, Hálum le agarró por la espalda, provocando que su espada cayera al suelo, luego le agarró por el cuello y le empujó contra la pared.

—No ganareis esta guerra, es más, pienso matar a tu señor Ócurum, pienso partirle el pecho como he hecho con tu compañero, pero yo no soy como vosotros, no mostrare crueldad gratuita, es más mostrare compasión, pues siento lastima por aquellos que van a perecer por sus actos de maldad, te dejare con vida, y correrás a avisar a tus amigos oscuros, la piedra del ángel será nuestra, y los nigrontes estáis ante una guerra que no podéis ganar —le dijo un Hálum muy serio al nigronte, antes de soltarlo.

El enemigo batió sus alas y se empezó a elevar mientras se cubría con su capucha.

—Necio, por mucho poder que tengas no podrás salvar a todos tus amigos, en México tenemos un ejército que atacara de forma inminente, los ángeles que están allí pronto serán cadáveres, jamás llegareis a tiempo de avisarlos ni de ayudarlos —sentenció el nigronte.

Y tras esto el enemigo desapareció entre las nubes. Mientras tanto Vélder miraba con rostro entre asustado y enfadado a su compañero.

—Hálum, amigo mío, tranquilízate, posees mucho poder en tu interior en estos momentos, y si ese poder lo juntas con la ira puede conducirte a caer en la trampa del enemigo, si no te controlas tu mitad nigronte destruirá a tu parte de ángel, y algún día no quedara nada de tu bondad, debes aprender a calmarte —le dijo Vélder.

—¿Y cómo pretendes que haga eso? ¡Van a arrasarse a nuestro pueblo si no se lo impedimos! —contestó alterado el chico.

—Está en tus manos pararlos o entregarles las llaves de nuestro mundo, si usas la paciencia, si no te dejas llevar por la ira te temerán, tú eres más poderoso que ellos, si mantienes la calma y estas del lado de la luz me atrevería incluso a decir que puedes superar en poder al mismísimo Ócurum, y algún día podrías derrotarle.

—Está bien, mi guardián, supongo que tienes razón, pero si nos atacan mataré a todos los nigrontes que se nos pongan por delante.

—No dudo de tu poder en la batalla, tan solo dudo de tu mente, matar no debe ser un placer, ni si quiera cuando matas a alguien que te hace sufrir o que quiere

destruirte, matar nunca es motivo de celebración.

—Pero a veces es lo único que puede salvar a aquellos que nos rodean.

Vélder asintió y ambos entraron en el piso, con mucho cuidado y sin hacer ruido, pues supusieron que tal vez hubiera alguien haciendo guardia en sus viviendas también, pero no era así, no había nadie. Entraron al interior del apartamento de Vélder, y este se puso a buscar en los cajones, hasta encontrar por fin un folio con algo escrito, algo así como una carta.

—Bien, por suerte los nigrontes no se han llevado la carta —dijo Vélder.

—¿Qué pone en esa carta? ¿Por qué es tan importante? —preguntó Hálum.

—Es una carta de nuestro planeta, la traje conmigo cuando vine a la tierra a prepararlo todo, mi deber es enseñársela a Gúldur llegado el momento, contiene la fecha y el lugar al que debemos acudir cuando encontremos el último pedazo de la piedra para regresar a nuestro planeta.

—Al fin una buena noticia, si todo va bien, ¿regresaremos pronto a nuestro hogar?

—Tan pronto como encontremos el último pedazo de la piedra, aunque si es verdad lo del ataque nigronte en México debemos darnos prisa y viajar allí lo más rápido posible, pero esta noche descansaremos aquí, el viaje a México será largo, y una vez que partamos, no podremos parar, la supervivencia del universo está en juego.

—Debemos prepararnos pues.

Hálum se fue a su piso a mirar sus cosas, todo estaba en orden, los enemigos tampoco lo habían registrado. Pasó el tiempo y empezó a oscurecer, ambos se volvieron a reunir para la cena y para charlar relajadamente.

—¿Tú sabes por qué si venimos de otro planeta podemos vivir en la tierra y respirar su aire? —le preguntó Hálum con curiosidad a su guardián.

—Si, Gúldur me lo contó una vez, en el universo hay diferentes galaxias, nuestra galaxia es Arcáreum, como ya sabes, mientras que la galaxia de la tierra es conocida como vía láctea, ambas galaxias son gemelas, por así decirlo, y tanto nuestro planeta como la tierra son prácticamente clones, aunque ambos han evolucionado de forma distinta, es lo que nos diferencia a los ángeles de los humanos, ambos respiramos oxígeno y por tanto nosotros podemos vivir en la tierra igual que los humanos podrían vivir sin problemas en Ángelus, pero los humanos poco a poco fueron dependiendo de avances tecnológicos en sus vidas, sin esos avances muchos no sabrían vivir, estarían perdidos, mientras que nuestros antepasados nos enseñaron a usar la tecnología solo para viajar a otros planetas, como medida especial, y en nuestra vida diaria solo necesitamos lo que nos da la naturaleza, ellos combaten con armas de fuego, nosotros con espadas, las armas de fuego ensucian la atmósfera de un planeta.

—¿Quieres decir que solo nos diferencia la evolución?

—Algo así, no digo que los ángeles seamos más poderosos, pero sí que nuestros

antepasados fueron más sabios y nos enseñaron que solo dependemos de los límites de nuestro valor para vivir.

Terminada la cena se marcharon a dormir y a descansar.

A la mañana siguiente despertaron temprano, querían ponerse en camino cuanto antes.

—Bien mi querido amigo, antes de partir a México iremos a ver al armero, necesitamos ir lo más rápido posible y él sabrá como hacerlo —dijo Vélder.

Bajaron a la calle y montaron en el coche de Vélder que aún estaba allí aparcado, dejaron sus mochilas en los asientos traseros. Al cabo de unos minutos habían llegado a la nave industrial en la que trabajaba Biero, el armero que proporcionaba las armas a los caídos. Bajaron del coche y entraron en la nave, dentro se encontraron a Biero metiendo una espada en un bidón de agua hirviendo.

—Veo que sigues forjando espadas, a pesar de que la mayoría de nuestros guerreros están ya concentrados en México y esperando la guerra —dijo con tono amistoso Vélder.

—Bienvenido mi capitán, y bienvenido joven muchacho, he escuchado vuestra hazaña en Paris, ¿la espada que os entregue os sirvió bien? —preguntó el armero.

—Me sirvió una vez, pero luego el destino trajo a mi mano otra espada más poderosa, la espada del caído —habló Hálum mientras desenvainaba la espada y se la mostraba a Biero.

—Mis ojos no dan crédito a lo que me mostráis, esa espada esta forjada por con el antiguo acero de Ángelus, el acero más duro y más poderoso que ha existido jamás, veo que las leyendas son ciertas, que los rumores se han convertido en realidad, sois el mitad nigronte, el señor de los caídos.

Biero se arrodillo ante el chico.

—No te arrodilles, no soy ningún rey, tan solo soy un guerrero como vos.

—Yo no soy ningún guerrero mi señor, yo tan solo soy un humilde armero que le proporciona buen acero a los verdaderos soldados.

—Si tus manos pueden empuñar una espada significa que puedes ser un guerrero, tus límites alcanzan hasta donde tú desees.

—Gracias por vuestras palabras mi señor, ¿a que habéis venido?, ¿en qué puedo servirlos?

—Necesitamos viajar a México lo más rápido posible, y llegar descansados, un viaje usando nuestras alas nos desgastaría demasiado para lo que nos espera —dijo Vélder.

—Tengo algo que puede ayudaros, detrás de la nave, tengo un helicóptero especial.

Salieron de la nave industrial siguiendo a Biero, y pudieron contemplar un helicóptero que a simple vista estaba en ruinas.

—¿Esto es lo que usan los humanos para volar? —preguntó Hálum.

—Es una de las maquinas que usan al menos, pero esta tiene mala pinta, no podemos volar en ella, se cae a pedazos —se quejó Vélder.

—No podría tener un helicóptero en la parte trasera de mi nave si tuviera buena pinta, todo el mundo haría preguntas, pero no es un helicóptero cualquiera, os transportara a cualquier lugar en segundos, podéis estar en México muy pronto —insistió Biero.

—¿Y eso como puede ser? —preguntó Vélder.

—Porque lo he convertido en un transportador usando mis conocimientos de las naves de nuestro planeta.

Entonces los tres montaron en el helicóptero, Hálum y Vélder en la parte de atrás, y Biero delante en la zona de mandos. El armero pulso un botón rojo y el helicóptero sufrió una especie de transformación, se tambaleo un poco y dejó de aparentar estar en ruinas, se había convertido en un helicóptero reluciente y nuevo.

—Bien, poneos los cinturones, vamos a despegar y el viaje será movidito, ¿a qué zona de México queréis ir exactamente? —preguntó Biero.

—A la pirámide del sol —respondió Vélder.

El armero puso el helicóptero en marcha, las aspas empezaron a girar cada vez más rápido.

—¡Pirámide del sol, México! —gritó Biero.

De pronto todo a su alrededor parecieron ráfagas de luz, y en cuestión de segundos se encontraron sobrevolando una explanada con algunos árboles y ruinas aztecas, y al fondo la vieron, la pirámide del sol en todo su esplendor. Bajo ellos había mucho movimiento, ángeles preparando sus armas, soldados humanos patrullando, y un poco más haya pudieron contemplar un gran perímetro organizado por el ejército humano, estaban levantando lo que parecían ser unas vallas. El helicóptero se dirigía hacia la pirámide.

—Aterrizaremos junto a la pirámide, en la explanada delantera —anuncio Biero.

Vieron una especie de pasillo, con el suelo de piedra que se dirigía hacia la pirámide, y a los lados del pasillo, más ruinas con escaleras para subir a ellas, al final había una especie de muralla de piedra que cortaba el acceso a la pirámide a través del pasillo.

Finalmente se dispusieron a aterrizar, el helicóptero bajó unos metros y la gente que había abajo se apartó del lugar hasta que descendieron y las aspas se empezaron a parar. Se quitaron los cinturones y bajaron del vehículo, había ido a recibirles un rostro conocido, era Gúldur.

—Bienvenidos a la pirámide del sol, veo que habéis sobrevivido, hace dos días llegaron Eledona y sus tropas, ¿conseguisteis llevar a cabo vuestra misión en Roma? —preguntó Gúldur.

—Si que lo hicimos, viejo amigo, el chico ahora tiene un poder inimaginable, nuestro enemigo le temerá —contestó Vélder.

—Esperemos que así sea, y que empiecen a temerle muy pronto.

—De eso quería hablarte, después de roma fuimos a Madrid y tuvimos un pequeño percance, unos nigrontes vigilaban nuestra casa y tuvimos que combatir, el caso es que el que parecía su líder nos dijo que muy pronto atacarían aquí, puede ser hoy mismo, será mejor que nuestras defensas estén preparadas.

—Lo están, amigo mío, además hemos tenido unos refuerzos inesperados, el rey Irion nos ha mandado otros cien soldados, están en uno de los lados de la pirámide preparándose, pero iré a avisarlos para que estén listos cuanto antes, ahora tú, Hálum, acompañaras un líder del ejercito de los humanos a el perímetro a avisar a los soldados, luego volverás y empezaremos a buscar el tercer pedazo de la piedra, por cierto, debéis entregarme el pedazo que encontrasteis en Nueva Zelanda.

—Lo llevo en la mochila, luego te lo entregaré Gúldur, ahora me encargare de ir a avisar a las tropas de Eledona y Aldon que se preparen para la batalla.

—Está bien —asintió Gúldur, y llamo a un joven soldado humano que había allí cerca junto al muro de piedra que se interponía entre el pasillo y la pirámide—, Hálum, acompañaras a este muchacho al perímetro y le diréis a los soldados humanos que estén preparados, por cierto ese muro de piedra que veis lo hemos puesto nosotros, servirá como una especie de muralla cuando la batalla empiece.

Hálum le dio la mano al joven soldado humano.

—No hay tiempo que perder, vallamos cada uno a nuestras tareas, y muchacho — se refirió Gúldur a Hálum— vuelve pronto, necesitamos que encuentres el tercer pedazo de la piedra lo más rápido posible.

Hálum asintió y se marchó con el soldado humano bordeando la muralla que habían puesto frente al pasillo.

12. EL ENEMIGO SE ACERCA



Hálum y el soldado humano caminaban de camino a la valla que marcaba el perímetro para que ningún civil se acercara a la pirámide del sol. El soldado tenía unos treinta años, pelo rapado, y cuerpo musculoso, de estatura no era muy alto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Hálum.

—Renuncie a mi nombre hace mucho tiempo, ahora todos me conocen como Raptor —contestó el soldado.

—¿Y por qué ese nombre?

—Por qué hace millones de años existieron en la tierra unas criaturas llamadas dinosaurios, y uno de ellos era conocido como velociraptor, era una criatura asesina, pero a la vez sigilosa, se te echaba encima sin que apenas notaras su presencia, por eso me llaman raptor, yo no soy exactamente un soldado, estoy aquí voluntariamente, yo soy un mercenario, mato por dinero y para asegurarme un futuro mejor, y se me da bien matar sigilosamente, por eso soy Raptor.

—Está bien, esperemos que esa forma de matar sigilosa tuya te salve de los nigrontes cuando vengan a atacarnos.

—He combatido en mil batallas muchacho, y sé que una bala en la cabeza mata a cualquiera, incluso a esos a los que llamáis nigrontes.

—Una espada puede ser más letal que una bala, con un arma de fuego puedes fallar, pero nuestro acero es letal cuando asestamos un golpe.

—Cierto, pero mis balas matan a distancia, y yo nunca fallo.

Continuaron caminando un rato hasta que por fin vieron la valla.

—¿Para qué sirve esa valla tan alta? —preguntó Hálum.

—La valla estará electrificada, cualquier cosa que la toque caerá muerta en el suelo —contestó Raptor.

Hálum asintió, entonces caminaron por al lado de la valla hasta llegar a una especie de puesto de avanzada, donde había muchos soldados humanos. Caminaron entre ellos hasta llegar a una mesa que estaba puesta bajo un árbol, y al lado de la mesa un hombre de avanzada edad, pelo y bigote blancos, alto y vestido con el mismo uniforme de camuflaje que todos los demás.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó el hombre dirigiéndose a Hálum y Raptor.

—Me envía Gúldur, el oráculo de los ángeles desde la pirámide del sol, debo advertiros de que debéis tenerlo todo preparado cuanto antes, el enemigo podría

atacar en cualquier momento —habló Hálum dando un paso al frente.

—No los esperaba tan pronto, pero estamos ya casi preparados, simplemente nos quedan ultimar algunos detalles —contestó el soldado.

—Bien, ¿cuántos soldados sois?

—Unos ciento cincuenta defendiendo el perímetro, espero que entiendas que esto no lo hacemos para protegeros a vosotros, lo hacemos porque ese oráculo vuestro nos ha mostrado la maldad de vuestro enemigo y lo que podrían hacerle a nuestro planeta si ganaran la guerra.

—No os preocupéis por eso, lo entendemos perfectamente, cada uno debe librar sus guerras, en cuanto esto acabe y encontremos el último pedazo de la piedra vuestro planeta quedara a salvo y nos tocara a nosotros definir nuestro propio destino —concluyó Hálum.

Tras advertir al que parecía ser el capitán del ejército humano volvieron de camino a la pirámide, pero a mitad de camino Raptor se paró.

—Aquí nos despedimos por ahora, debo ayudar en otras tareas a los hombres por aquí, me has caído bien, espero encontrarte cuando la batalla empiece y matar a muchos enemigos a tu lado, así podrás ver el poder de las balas —habló Raptor.

—Tranquilo, combatiremos codo con codo y veras el poder del acero de los ángeles —se despidió Hálum.

El chico bordeó la muralla para volver a la zona de la pirámide, el helicóptero en el que habían llegado hasta allí ya no estaba y supuso que Biero habría vuelto con él a Madrid. Vélder estaba sentado en los escalones de la pirámide charlando con Eledona, la comandante que los ayudo en Nueva Zelanda. Hálum se acercó a ellos.

—Veo que ya has avisado a los humanos, amigo mío —dijo cortésmente Vélder.

—Si, así es, ya están preparados para un ataque inminente, tengo una pregunta —habló Hálum dirigiéndose a Eledona—: ¿Cuántos ángeles somos por aquí?

—Aproximadamente unos quinientos, todos los que hemos defendido los pedazos de la piedra más los que han acudido a la llamada de Gúldur —contestó la comandante.

—Los humanos ciento cincuenta, no estoy seguro de que seamos suficientes, el enemigo podría contar con más efectivos.

—Si, y también podría no hacerlo, eso solo lo sabremos cuando llegue la hora del ataque, de momento solo podemos esperar, no hemos podido reclutar a más ángeles caídos, pero les haremos frente en batalla con lo que sea —terminó Vélder—. Gúldur me ha dicho que cuando volvieras debes ponerte a mirar tu libro, a ver que pone sobre el tercer pedazo de la piedra, y después debes entrar en la pirámide a buscarlo.

—Así lo haré.

Entonces Hálum saco de su mochila el libro de su padre y se sentó más arriba en las escaleras a mirarlo, pasó páginas a partir de donde estaba la clave que los ayudo a encontrar el segundo pedazo de la piedra y encontró un escrito que decía lo siguiente:

Para hacerte con el ultimo pedazo de la piedra del ángel y así completar el rompecabezas deberás matar a la bestia de la pirámide, y manchar el suelo con tu sangre.

—¡Vélder! —soltó elevando la voz Hálum— creo que tengo la clave para conseguir el pedazo de la piedra, pero no sé exactamente qué quiere decir.

—¿Qué dice? —preguntó Vélder.

—Que tengo que matar a una bestia en la pirámide y manchar el suelo con mi sangre, pero ¿Hay alguna bestia en la pirámide?

—No que yo sepa, pero será mejor comentárselo a Gúldur, debería estar al llegar, él sabrá que hacer.

Esperaron un rato, los tres sentados en la pirámide, pues Eledona aún estaba allí hablando con Vélder. Empezaron a especular que quería decir lo de matar a una bestia, aunque Hálum también estaba asustado por lo de derramar su sangre, ¿querría decir eso que tendría que morir para que encontraran el ultimo pedazo de la piedra?

Al cabo de unos minutos Gúldur apareció por una de las esquinas de la pirámide y se dirigieron a él, Hálum le enseñó el libro por la página en donde estaba la clave.

—Esto quiere decir que hay una bestia hay dentro, estoy seguro, debe estar protegiendo la piedra o algo así, y solo se la quitaras si lo matas, y lo de la sangre, estoy seguro de que tan solo serán unas gotas que tendrás que verter en el suelo, con un pequeño corte en la mano bastara supongo —comentó Gúldur, algo confundido.

—Bien, entonces tendré que entrar ya, antes de que nos ataquen los nigrontes —dijo Hálum.

—No, mi joven muchacho, habéis hecho un largo viaje y necesitáis descansar, está anocheciendo, ahora iréis a la tienda que os han montado en el campamento de Bátor, Eledona, tu prepara a tus chicos y que unos cuantos hagan guardia por la noche, debemos estar alerta ante un posible ataque.

Hálum y Jarman se dirigieron a sus tienda, entraron y pusieron cada uno su arma en las esquinas, también se quitaron las armaduras para dormir con una túnica solamente, sin el frío metal rozándolos la piel.

—Bueno, supongo que todo se decidirá muy pronto, para bien o para mal —comentó Hálum.

—Supongo que tienes razón, quien sabe, puede que sobrevivamos para volver a ver el sol saliendo en nuestra ciudad, para ver los verdes prados de nuestro planeta —respondió Vélder.

—Ojalá que sea así, aunque sé que el enemigo nos superara en número.

—Tal vez tengas razón, mi joven amigo, tal vez sea así, pero está claro que en una cosa les superamos con creces.

—¿En qué?

—En coraje, Hálum, también en corazón, nosotros amamos la vida, y ellos la darían por que el plan de Ócurum saliera bien, y eso nos da ventaja, alguien que ama

la vida es más resistente a la muerte.

—Si, en realidad yo no temo por mí, temo por lo que será de nuestro pueblo si los nigrontes nos derrotan aquí, si se hacen con la piedra, temo lo que pueden hacerle a nuestro planeta, lo que pueden hacerle a Álita.

—Y todo eso te hará más fuerte, escúchame, si alguna vez, en algún momento sientes que la ira se apodera de ti, no dejes que continúe, serás el más grande soldado de todos los tiempos si controlas tu mente, deberás usar tus poderes oscuros, tu mitad nigronte, pero a la vez necesitas el corazón y la cabeza del ángel que llevas dentro.

—Lo sé, sé que debo hacerlo, por las personas que me importan, gracias por el consejo Vélder, gracias por acompañarme hasta aquí, te juro que luchare hasta que solo me quede una gota de sangre en las venas por salvar nuestra tierra, por salvarnos a todos.

—Y confió en que así será, tú no eres un ángel caído más, tú eres el señor de los caídos.

Acabaron de conversar y se tumbaron cada uno en su colchón, pusieron sus espadas al lado.

—¿Puedes prometerme una cosa? —preguntó Vélder.

—¿El qué? —lo siguió intrigado Hálum.

—Que si perezco en la batalla llevaras mi cuerpo a Ángelus, deseo que mis cenizas vuelen libres por nuestro planeta.

—Te lo prometo, amigo mío, pero no morirás en la pelea, y si lo haces, tal vez muramos todos.

Se fueron quedando dormidos poco a poco, cada uno con sus pensamientos.

Llevaban unas 4 horas dormidos, aún era noche cerrada, y de repente en el campamento retumbo una gran explosión, seguida de disparos. El enemigo había atacado.

13. EL EJERCITO DE BÉLZERIN

Jarman e Ínler despertaron en la posada en Bélzerin, una mañana después de llegar a la ciudad.

—Al menos las camas de esta ciudad están mullidas y se puede dormir bien en sus colchones —comentó Ínler.

—Si, tal vez sea la única parte no corrupta de este lugar —dijo Jarman con una sonrisa.

Se levantaron y se asomaron a una pequeña ventana que había en la habitación, pudieron comprobar que el cielo estaba gris, en la calle no había mucha gente, era una callejuela estrecha y apenas se podía distinguir a dos personas con ropas rasgadas y sucias charlando.

—¿Qué haremos hoy?, ¿tienes pensado ir a espiar al gobernador? —preguntó Ínler.

—Algo así, pero antes miraremos el ambiente de la ciudad más a fondo, buscaremos algo extraño, y sobre todo buscaremos nigrontes si es que los hay, pero antes bajaremos a la taberna de la posada a comer algo, el día será largo —respondió Jarman.

Los dos se enfundaron sus armas y salieron de la habitación. Llegaron a la taberna y se dirigieron a la barra a pedir.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó el camarero.

—A mi póngame un vaso de leche de caramelo y un pedazo de pan —respondió Ínler.

—A mí una pinta con un trozo de queso —pidió Jarman.

El camarero anotó los pedidos y se fue a una habitación detrás de la barra a prepararlo todo.

—¿Cerveza para desayunar? —se interesó Ínler sonriendo.

—¿Y qué tiene de malo? Una buena cerveza puede despejarle las ideas a un hombre, además, si muero hoy quiero darle un último trago a una buena pinta —respondió Jarman alegremente.

La taberna estaba casi vacía, solo había dos figuras al fondo en lo más oscuro, sentados en una mesa de madera, y un camarero sirviéndoles. De pronto les trajeron lo que habían pedido, y ambos empezaron a beber y a comer, les aguardaba un día duro.

Habían acabado de desayunar, y en la calle escucharon mucho ruido, como de muchas pisadas, como si mucha gente caminara a la vez con paso firme. Salieron de la taberna tras pagarlo todo y se dirigieron a la calle, comprobaron que el ruido provenía de la calle de al lado, para llegar tenían que atravesar un callejón estrecho y fueron a ello. Cuando estaban llegando al final del callejón se detuvieron en seco, vieron que al otro lado unos cuantos soldados caminaban por la calle, con armaduras plateadas, preparados para librar una guerra. Cuando los soldados ya habían pasado, Jarman e Ínler se asomaron a la esquina, no creían lo que estaban viendo, se quedaron sorprendidos, en la calle había un gran ejército de ángeles, unas mil soldados apiñados en una calle muy ancha, y al fondo un gran edificio, supusieron que sería la oficina del gobernador, al cual distinguieron claramente saliendo a un balcón a recibir a los soldados.

—Es el momento de tomar las riendas del futuro —escucharon que decía el gobernador Mandrel, sin gritar pero en voz alta y clara— el rey quiere controlarnos, quiere esclavizarnos, quiere que una sola ciudad mande sobre todas, pero nosotros somos habitantes de Bélzerin, y no podemos permitir que un viejo nos esclavice, los nigrontes nos liberaran, nos darán el control de nuestra ciudad y seremos ángeles libres y con derechos, por eso debemos unirnos a ellos en esta guerra, por eso vosotros, el ejército de Bélzerin ayudareis a los nigrontes a tomar la ciudad de Amber, a derrocar al rey que con su tiranía quiere trataros como objetos, como despojos, es la hora de levantarnos, de decidir lo que más nos conviene, es el momento de agarrar la vida y escupir a la muerte, demostradles a los habitantes de Amber que nuestra valentía superara a su prepotencia, para ello contareis con uno de los comandantes más importantes que los nigrontes han mandado a ayudarnos a ver la luz, con Craton, el invencible, experto en la guerra ha combatido y ha ganado en cientos de batallas, él con vuestra ayuda sumirá al rey Irion en la oscuridad más profunda, esa oscuridad en la que el rey quiere sumirnos a nosotros, ahora partid hacia el bosque de gianóls, donde os reuniréis con el ejército nigronte y con algunos de vuestros hermanos de la anterior partida de cien hombres que mandamos como señal de buena fe ¡guerra!! —terminó Mandrel con un grito.

Jarman e Ínler se quedaron atónitos tras escuchar el discurso, se miraron fijamente y se escondieron tras una esquina mientras el ejército de Bélzerin caminaba por la calle empedrada y ancha central de la ciudad, en dirección a las puertas. Sospechaban la traición, pero no podían creer lo que habían oído, un ejército de supuestos aliados se había unido a los nigrontes para destruir Amber y matar al rey. Regresaron a la posada sin hablar, en completo silencio, aun asumiendo que la guerra se les complicaba. Llegaron a la habitación.

—Esto es más grave de lo que yo pensaba, mil soldados, entrenados por la academia de los señores de Ángelus, junto a un ejército de nigrontes atacaran Amber —dijo al fin, cabizbajo y con voz temblorosa pero firme Jarman.

—Deberíamos matar a Mandrel —le respondió Ínler, nervioso.

—¿Y que conseguiríamos con eso? Venimos de Amber, se tomaría como terrorismo y puede que otros se unieran a los nigrontes.

—Pero él ya está ayudando a nuestros enemigos, ¿acaso no es terrorismo conspirar para matar al rey?

—¡No nos compete a nosotros matar al miserable de Mandrel! Su hora llegara, pero aún no, nuestro cometido ahora es regresar con Álita, ir a ver al rey y advertirle de las malas nuevas.

Ínler asintió, aceptando las órdenes de su amigo y a la vez capitán.

Recogieron sus cosas en la posada, y salieron de la habitación, salieron a la calle y tomaron dirección a las puertas.

Caminaban por una estrecha calle entre dos edificios de madera, al parecer bastante antiguos, de la puerta de uno de ellos salieron dos figuras con capucha, cuando les vieron la cara comprobaron que sus rostros eran aterradores, pálidos y de ojos rojos. Jarman e Ínler también se pusieron sus capuchas para que no les reconocieran.

—Son nigrontes —susurró Ínler— es el momento, podemos matarlos sin que nadie se entere.

—Está bien, así Mandrel y los nigrontes sabrán que hemos estado aquí que sabemos sus intenciones, que la capital estará prevenida llegada la hora —dijo en voz baja Jarman mientras agarraba su arco y sacaba una flecha.

Los nigrontes ya se habían dado la vuelta delante de ellos y proseguían su marcha, Ínler desenfundó la espada, corrió hacia uno de ellos y lo ensartó atravesándole el pecho, el otro se dio la vuelta alarmado pero antes de que pudiera sacar su espada una flecha de Jarman se le clavó en el ojo. Tras este contratiempo continuaron hacia las puertas de la ciudad y se dispusieron a salir entre la multitud de gente que salían a cuidar el bosque o que entraban a comerciar a la ciudad. Se internaron en el bosque y dejaron atrás Bélzerin.

Una vez en el camino continuaron charlando.

—Se acerca el medio día, antes del anochecer debemos estar con Álita así que debemos apretar el paso —dijo Jarman.

—Está bien, descansar en una cama mullida anoche me ha refrescado las piernas —respondió Ínler.

—Me alegro mi joven amigo.

—Mi capitán, ¿crees que llegaremos a Amber antes de que el enemigo ataque?

—De eso estoy seguro, los nigrontes no atacaran hasta tener un ejército lo suficientemente grande como para pensar que pueden derrotarnos, esperaran a las tropas de Bélzerin.

—Para entonces el rey estará informado, nuestras defensas estarán preparadas.

—Espero que así sea, si la oscuridad vuelve a caer sobre nosotros debemos esperar que no nos aplaste.

—No será así, contamos con un arma que no teníamos la última vez.

—¿A qué te refieres, Ínler?

—El chico al que han mandado a la tierra, según las leyendas derrotara al mal.

—Espero que así sea, pero su misión no es más sencilla que la nuestra ni mucho menos, mientras hablamos él está pasando por duras pruebas en la tierra que pondrán a prueba su valor, solo si las supera regresara para ser una pieza más en el gran tablero de esta guerra.

El tiempo pasaba, y seguían caminando a un ritmo rápido, la tarde se iba oscureciendo entre los árboles, lo que significaba que la noche estaba cada vez más cerca.

Al anoecer tomaron el desvío hacia la cabaña, y por fin pudieron verla, en su interior esperaba Álita, ellos la contarían las malas noticias de lo que habían visto en Bélzerin. Llamaron a la puerta y Bán, el joven chico de los habitantes de la casa les abrió la puerta. La princesa los vio y corrió a abrazarlos.

—Habéis tardado menos de lo esperado, me alegro de que estéis bien, no me habría perdonado que os pasara algo —dijo Álita.

—Tranquila mi señora, estamos bien, pero no nos ha hecho falta más tiempo porque cada minuto que pasa la ciudad de Amber y vuestro padre corren más peligro —respondió Jarman.

—¿Qué significa eso?, ¿habéis descubierto algo?

—Viajamos en busca de una traición, y esperábamos que el gobernador Mandrel estuviera corrupto pero que mantuviera su malvado corazón en la sombra, pero nos encontramos con un ejército de unos mil hombres que partió poco antes que nosotros en dirección al bosque de gianóls para unirse a los nigrontes, Mandrel ha hecho creer a los habitantes de Bélzerin y a sus propios soldados que el rey esta corrupto, y su ejército tiene ordenes que no dudarán en cumplir, su único propósito es reducir Amber a cenizas.

—Pero, si lo que contáis es cierto su traición es más grave de lo que pensábamos, debemos partir enseguida a informar a mi padre.

—¡No! Mi señora jure protegeros, descansareis aquí esta noche, Ínler se quedara con vos, yo partiré de inmediato a informar al rey, mañana seguiréis mi camino y nos veremos en la ciudad, pero si veis el más mínimo signo de peligro, no salgáis de aquí.

—¡Pero es mi ciudad, yo soy su princesa, no puedo quedarme descansando mientras el enemigo amenaza con destruirla, con matar a mi padre!

—Y no la dejareis, tan solo os pido que descanséis, el bosque es peligroso de noche, mañana iréis a la ciudad.

—Pero yo debo acompañarte mi capitán, no puedo dejar que afrontes solo los peligros del bosque en la oscuridad —propuso Ínler.

—No, mi joven amigo, tu misión ahora será proteger a la princesa, pero antes descansareis y mañana partiréis a la ciudad.

Ínler asintió, y Álita, resignada, también acepto descansar antes de su regreso a la ciudad.

Jarman cogió sus cosas y se dispuso a partir.

—Prométeme que si ves el más mínimo signo de peligro hay fuera huirás de él, promete que llegarás a salvo a la ciudad —le dijo Álita.

—No puedo prometeros algo así en tiempos tan oscuros mi señora, pero si puedo prometeros que no moriré esta noche, estoy entrenado para sobrevivir en la oscuridad —respondió Jarman.

Entonces la princesa le dio un beso en la mejilla.

—Aquí nos separamos por ahora mi capitán, mañana volveremos a vernos en la ciudad, combatiremos codo con codo a esos desalmados que pretenden destruir a nuestro pueblo —dijo con voz amistosa Ínler.

—Puede que antes fuera tu capitán, pero ahora eres mi amigo, has demostrado valor siempre que te he necesitado, serás un gran soldado, y no dudo que nuestras espadas combatirán codo con codo hasta extirpar el corazón de aquellos que osan desafiar a nuestro rey —se despidió Jarman.

Tras esto el capitán salió por la puerta de la cabaña, para adentrarse en la oscuridad del bosque, más oscurecido aún por la sombra de las montañas que se alzaban a no mucha distancia.

Jarman iba caminando en medio de la oscuridad en dirección a la ciudad, hasta que llegó un punto que los arboles tapaban las estrellas y no pudo orientarse.

—Necesito algo de luz —comentó para sí mismo.

Entonces se arrancó un cacho de la túnica y lo envolvió en un palo bastante largo aunque no muy ancho que encontró en el suelo, con dos piedras hizo fuego y encendió una antorcha.

—Así mejor.

Continuó por el camino, orientándose por los árboles, hasta que pasó por un punto que ya habían visto en el camino de ida, podía contemplar las rocas de la falda de la montaña, eso le alentó, estaba en el camino correcto. Entonces a Jarman le invadió una sensación extraña, tuvo la impresión de que alguien le estaba siguiendo, desenvainó su espada con una mano mientras con la otra aún sostenía la antorcha encendida, giro para mirar a todos lados, no veía a nadie. Cuando miro de nuevo al frente vio como tres hombres encapuchados le apuntaban con sus arcos.

—Tira la espada, forastero, ahora estás en nuestros dominios, y no dejaremos que salgas de aquí sin saber quién eres —dijo uno de los encapuchados con voz grave.

—Necesitareis algo más que unos simples arcos para parar a un soldado real —respondió Jarman con algo de ironía en su voz.

El capitán sacó sus alas, tiro la antorcha contra sus atacantes, y según pudo ver acertó a uno de ellos en las piernas. Tras esto echo a volar superando los árboles, estaba oscuro, pero al fondo podía ver unas luces a lo lejos, sin duda alguna esas luces provenían de Amber. Miró atrás y pudo ver que dos de los encapuchados salían volando persiguiéndolo. Intentó acelerar su vuelo, pero sus perseguidores iban más rápido, le iban a alcanzar, y lo hicieron, uno de ellos se puso a su altura y le dio un

puñetazo que lo desestabilizo. Jarman se precipito contra las rocas de la montaña hasta chocar contra ellas. Los encapuchados fueron hacia él y le golpearon con una roca hasta que callo inconsciente.

De repente Jarman abrió los ojos, no veía nada, tenía una especie de saco tapándole la cabeza y las manos atadas, solo escuchaba a dos hombres hablar cerca de él.

—¿Qué haremos con esta escoria, mi señor? —decía uno con voz joven.

—Lo interrogare, ha atacado a Milo, y estaba en nuestras tierras de noche, no creo que planeara nada bueno —respondió otro, con voz más firme y grave.

Jarman movió la cabeza y pegó un grito, uno de sus captores se le acercó y le quitó el saco de la cabeza, estaban en una cueva, las paredes eran roca excavada y con salientes, con antorchas en las paredes. El hombre llevaba la misma capa oscura del bosque, pero ahora con la capucha quitada, tenía el pelo corto y una cicatriz en la cara.

—No te servirá de nada gritar, estamos en una cueva bastante profunda, fuera de aquí nadie te oirá —le dijo el hombre de voz grave.

—Pagareis por retenerme, soy soldado del rey, me buscaran y os encontraran —respondió Jarman.

—Lo dudo mucho, somos sombras en la noche, nadie sabe de nuestra existencia, no somos malas personas por si es eso lo que te preguntas, mi nombre es Bendelom, soy el líder de los guerreros de la sombra, ¿cuál es tu nombre soldado?

—Mi nombre es Jarman, y si sabes lo que te conviene me soltaras, asuntos más importantes que tú y que yo ocurren ahora mismo en nuestro planeta.

—¿Pero que hacías en nuestras tierras?

—Voy de camino a Amber, debo informar al rey urgentemente, mientras me entretenéis aquí nuestro planeta corre un grave peligro.

—Tus ojos delatan que dices la verdad, hace unos días uno de nuestros rastreadores vio nigrontes en el bosque de gianóls, ¿es eso cierto?

—Sí que lo es, por favor, si amáis la libertad y vuestros territorios debéis soltarme, os recompensare cuando todo esto acabe.

—Si los nigrontes se han hecho tan poderosos como dices, cuando todo esto acabe posiblemente estaréis todos los soldados del rey muertos, ¿cómo podría creerte?

—Por qué Ángelus también es vuestro planeta, por que sois ángeles, uníos a mí, uníos al rey, luchad por la libertad y jamás tendréis que volver a esconderos.

—Me gusta tu propuesta soldado, me lo planteare y lo debatiré con mis comandantes, mientras tanto no podemos dejarte ir.

—¡Cada minuto que paso aquí encerrado se acerca el final de nuestro planeta! —sentenció Jarman.

Bendelom no hizo caso, se dio la vuelta y se marchó, el otro guardián de la sombra se había ido durante la conversación. Ahora todo estaba en manos de esa

gente oscura y silenciosa. La única esperanza para que el rey fuera informado a tiempo recaía en Álita e Ínler.

14: LA BATALLA POR LA PIEDRA

Hálum y Vélder se levantaron de la cama, rápidamente se enfundaron sus armaduras y cogieron sus armas. Salieron de la tienda empuñando sus espadas. Bátor vino corriendo hacia ellos, junto a él iba Gúldur.

—¡Poneos estos cascos! —gritó Bátor mientras les tiraba unos cascos metálicos de color bronce.

Cogieron los cascos y se los pusieron rápidamente, las balas sonaban de fondo, y alguna que otra explosión. El cielo estaba oscuro, era de noche, pero no podían ver ninguna estrella, a lo lejos se veían luces en el cielo, posiblemente procedentes del fuego de alguna explosión.

—El enemigo nos ha atacado, Hálum, ha llegado tu momento, debes entregar en la pirámide ahora y encontrar el pedazo de la piedra —advirtió Gúldur.

—Está bien, lo haré —asintió el chico con un tono de convencimiento.

—Tú, Vélder, nos acompañaras al muro de piedra frente a la pirámide, en el debemos contenerlos para darle tiempo al chico, yo llevare los dos pedazos de la piedra que ya tenemos, si la batalla se tuerce los destruiré.

—Está bien, pero ¿no sería precipitado destruir la piedra? —preguntó Vélder.

—Si perdemos la batalla, no puedo permitir que los nigrontes se hagan con la piedra, por tanto habría de ser destruida.

Todos asintieron, Hálum se dirigió a paso rápido a la entrada a la pirámide.

—Chico, recuerda nuestra conversación, no dejes que la ira se apodere de ti, se tú mismo, siente tu corazón, lucha con el —le dijo Vélder a Hálum dándole un golpe en el pecho.

—Lo haré amigo mío, por la vida, por la muerte, por nosotros, por Álita, por nuestro pueblo —respondió el chico ágilmente.

Los dos amigos se fundieron en un abrazo y partieron cada uno en una dirección, a cumplir sus misiones.

Vélder fue con Gúldur al muro de piedra, subieron encima, y debajo de ellos, tras el muro se reunían doscientos ángeles arqueros preparándose para recibir órdenes, y otros trescientos ángeles aproximadamente repartidos con las espadas preparadas. Al muro llegaron también Aldon, Eledona, Bátor y otro al que aún Vélder no había visto, un Ángel fuerte, con músculos muy definidos y una armadura rojiza.

—Tal vez no es momento para presentaciones, pero mi nombre es Telion, soy

comandante de las tropas aquí en México, he liderado la preparación de la pirámide —se presentó el hombre estrechando la mano a Vélder.

A lo lejos seguían alzándose fuegos y sonaban disparos, hasta que de pronto dejaron de sonar y pudieron ver como hombres armados venían corriendo hacia la pirámide, aparentemente nadie los seguía, cuando llegaron los ángeles les permitieron el paso. Tras esto miraron y vieron como un ejército de unos mil nigrontes avanzaba caminando despacio hacia ellos.

—Nos superan en número, eso está claro —dijo Aldon.

—Calla esa boca, no pierdas la esperanza o nuestros guerreros la perderán también —le sugirió Bátor.

A Vélder le invadía una sensación indescriptible, entre tristeza, furia y desolación, se puso delante de los capitanes y comandantes y Gúldur lo hizo con él.

—Escuchadme, puede que sean mayores en número, pero nosotros lo somos en corazón, no pienso morir sin pelear —dijo Vélder.

—El chico tiene razón, preparaos para dar las órdenes a los arqueros —asintió Gúldur.

Todos estuvieron de acuerdo, de repente el enemigo se paró en seco, todos vestidos con armaduras negras, desafiantes.

—Nuestros guerreros merecen unas últimas palabras antes de jugarse su vida, los hombres las merecen antes de jugársela por nosotros —comentó Gúldur mientras se daba la vuelta y se ponía mirando al ejercito de ángeles.

—¿Qué está haciendo? —preguntó confundida Eledona.

—Tal vez os preguntareis cual es el motivo para estar hoy aquí, para jugaros la vida en un planeta que no es el nuestro, para defender a un chico al que muchos ni si quiera conocéis, yo tengo la respuesta, no os jugáis la vida por él, lo hacéis por vuestro pueblo, por lo que sois, porque la supervivencia de Ángelus depende de nosotros en este mismo momento, y aun si os ensartan con una lanza u os cortan con una espada debéis seguir en pie, vuestro espíritu jamás morirá, no somos simples ángeles, cada uno de los que estáis aquí sois guerreros, sois luchadores, y mandareis a esos seres oscuros al abismo del que han salido, hoy teñiremos el suelo de la tierra con sangre nigronte, ¡hoy seremos ángeles caídos! —terminó su discurso Gúldur.

Gúldur terminó su discurso y volvió la vista hacia los enemigos que seguían parados, uno de los nigrontes, al parecer el capitán dio dos pasos hacia adelante.

—¡Ángeles y humanos que os escondéis tras ese muro, preparaos para morir, el tiempo de los nigrontes ha llegado! —soltó el capitán nigronte.

Tras esto los enemigos se pusieron en marcha de nuevo, hicieron salir sus negras alas y echaron a volar.

—Y aquí comienza la batalla por la piedra, ¡arqueros disparad! —ordenó Vélder.

Los arqueros ángeles tras el muro soltaron una ráfaga de flechas contra los nigrontes. Algunos enemigos cayeron muertos, mientras otros seguían avanzando hacia ellos. De repente empezaron a tirar lanzas desde el cielo contra el ejército de

ángeles, la batalla había comenzado.

Mientras tanto Hálum llegaba a la puerta de entrada a la pirámide y se disponía a entrar, pero apoyado en ella vio una figura de un hombre armado con un fusil M4, al acercarse pudo ver la cara del misterioso personaje, era Raptor, el humano que había conocido el día anterior.

—Has tardado en llegar angelito, si no te das prisa puede que cuando salgamos de esta pirámide todo el mundo fuera estén muertos —comentó Raptor.

—¿Quién ha dicho que vayas a entrar conmigo? Esta es mi misión, tengo que afrontarla solo, serías una carga para mi si te dejo acompañarme —respondió Hálum.

—Quien sabe, tal vez pueda salvarte la vida antes de que amanezca.

—Está bien, humano, podrás acompañarme pero no me haré cargo de tu seguridad ante lo que podamos encontrar.

Terminada la conversación ambos se adentraron en la pirámide. Todo estaba oscuro, era un pasillo estrecho hasta que llegaron a una sala más grande, en ella había una antorcha, Hálum la cogió y desenvainó su espada. Al fondo había unas escaleras que descendían hundiéndose en la tierra, siguieron avanzando por ellas alumbrados por la luz del fuego. Al cabo de unos dos minutos llegaron a otra sala, muy profunda y espaciosa, se escuchó una voz grave agrandada por el eco.

—Noto tu presencia, eres el mitad nigronte y vienes en busca de aquello que te otorgaría el poder para dominar el universo, pero no vienes solo, tu amigo morirá, y tú también si no consigues derrotarme —pronunció la voz.

—Supongo que esta es la criatura, espérame aquí, debo encontrarlo y matarlo sea lo que sea —dijo Hálum dirigiéndose a Raptor.

El soldado humano asintió. El joven ángel avanzó por la sala con la espada en alto, había dado unos diez pasos cuando de repente en los rincones de la sala se encendieron varios fuegos, y también en las paredes. La gran sala quedó a la vista pero allí no había nadie más que Hálum y Raptor.

—¡Da la cara si de verdad pretendes matarme! —gritó el ángel.

De pronto notaron un temblor, como un terremoto, Raptor cayó al suelo, Hálum se mantuvo de pie como pudo en el centro de la sala. El suelo se movía, y una parte de él empezó a elevarse unos tres metros, hasta tomar una forma casi humana, con sus brazos y piernas, y también su cabeza, pero era totalmente de piedra.

—La espada no te servirá de nada contra mí, necio —dijo la extraña y gigantesca criatura.

Hálum era consciente de que su poder iba más allá de dominar los combates a espada, también podía dominar los elementos, pero en ese lugar todo era piedra, incluido su enemigo. La criatura de piedra fue hacia Hálum corriendo y con una mano le empujó contra una pared, un poco más hacia la izquierda y el chico habría caído en uno de los fuegos encendidos. En ese momento el joven ángel se dio cuenta, el fuego podía ser su aliado, estiro la mano hasta tocar las llamas y aparto de su mente el resto de pensamientos. Su brazo empezó a arder, pero él parecía no

inmutarse, quito el brazo del fuego, pego un grito y soltó una llamarada contra su enemigo. Al gigante no le sentó nada bien y volvió a abalanzarse sobre Hálum. El ángel se elevó en el aire extendiendo sus alas y esquivo el ataque del enemigo. Ahora sus dos brazos estaban en llamas, el gigante saltó en el aire mientras Hálum iba decidido hacia él con los brazos por delante y disparando llamaradas a su enemigo. El choque entre ambos fue brutal y tembló toda la sala. Ambos cayeron al suelo, el gigante se levantó primero y avanzaba hacia Hálum con paso firme para tratar de aplastarle, pero de repente Raptor empezó a disparar a su espalda de piedra, el enemigo se dio la vuelta para pararle las balas y matarle, pero de repente Hálum se levantó y con un puño ardiendo por delante impacto en la espalda de su enemigo hasta atravesarlo con las llamas. El gigante de exploto y la onda expansiva tiro a Hálum y Raptor contra la pared. Al cabo de unos segundos ambos se levantaron y se dirigieron al centro de la sala, donde ya solo quedaba una pequeña piedra tirada en el suelo.

—Debo reconocer que para ser humano tienes valor —dijo Hálum dirigiéndose a Raptor.

—Y yo debo reconocer que el numerito de las llamas ha sido espectacular —comentó Raptor mientras ambos se apretaban la mano.

El ángel miro la piedra del suelo, tenía como un relieve en forma de disco, parecido al del resto de los pedazos de la piedra del ángel, pero era más grande y anclado al suelo, entonces recordó que para conseguir este pedazo tendría que verter parte de su sangre. Se dio cuenta que estaba sangrando en la muñeca, seguramente por un corte producido en la pelea, puso la herida encima de la piedra hasta que unas cuantas gotas cayeron encima. La piedra se ilumino, ellos dos se echaron atrás y un pequeño disco de piedra se elevó en el aire, Hálum lo cogió.

—Bien, ya tenemos el pedazo de la piedra, debemos salir de aquí rápido y reunirnos con nuestros compañeros en batalla —dijo Hálum.

—Solo espero que nuestros amigos sigan con vida —respondió Raptor.

Ambos echaron a correr, a oscuras, esta vez sin antorcha, hacia la entrada a la pirámide. Al salir por la puerta de entrada vieron el campo de batalla, escucharon balas de soldados humanos disparándose, y en el aire ángeles combatían contra nigrontes, todos con las alas extendidas. Muchos de ambos bandos caían muertos.

—Aquí nos despedimos por el momento, humano, amigo, debo ir con mi oráculo a entregarle el pedazo de la piedra, jamás olvidare tu ayuda, espero que volvamos a encontrarnos tras la batalla, ambos con vida —dijo Hálum mirando a Raptor.

—Eso espero angelito, te he visto combatir y sé que puedes derrotar a los enemigos con tu poder, confío en que no dejaras que la batalla se tuerza —contestó Raptor.

El joven ángel extendió sus alas plateadas, desenvainó su espada y echo a volar, en busca de Gúldur. Un nigronte avanzaba hacia él por el aire con la espada extendida y Hálum consiguió agacharse y extender su arma para cortar a su enemigo en la zona

del estómago, el nigronte cayó muerto. Al fondo, encima del muro estaban Gúldur, Vélder y Eledona combatiendo a enemigos, el chico se dirigió hacia ellos. Hálum descendió el vuelo hasta llegar encima del muro, dos nigrontes le atacaron, rechazó la espada de uno y lo mató con un golpe seco a la altura del cuello, al otro le atravesó la espada de Gúldur por la espalda.

—La batalla se está torciendo, muy pocos quedamos ya Hálum, dime que tienes el pedazo de la piedra —dijo Gúldur mientras empujaba a otro enemigo para que Eledona le cortara la cabeza.

—Sí que lo tengo, pero si perdemos la batalla no servirá de nada, el enemigo se hará con la piedra —respondió el joven ángel.

—Hay que matar a su comandante, el oscuro Eudum, es aquel que va montado sobre un Trasnom —contestó Vélder señalando a un nigronte más allá del muro.

—Yo me encargare —comentó Hálum—. Gúldur, debes darme los dos pedazos de la piedra que tienes en tu poder, solo un poder como el de la piedra puede salvarnos ahora.

—Pero la piedra puede corromper tu corazón, chico, y ya cargas suficiente peso a tu espalda con el poder del primer caído, con ser el mitad nigronte —insistió apesadumbrado el oráculo.

—¡Mira a tu alrededor! La piedra es nuestra última esperanza, si nosotros caemos Ángelus caerá, y todo lo que sea puro en el universo se ensombrecerá —terminó el chico.

Y muy a su pesar, Gúldur le entregó los dos pedazos restantes que iban cada uno en una bolsa de cuero diferente. Hálum los cogió, saco de las bolsas los pedazos, se elevó en el aire y los junto. Un gran estruendo sonó entonces, y grandes rayos de luz iluminaron al chico y a los alrededores de la pirámide. La piedra del ángel estaba completa, con sus tres pedazos juntos, y brillando hizo fuerza hasta meterse en el pecho de Hálum como un fantasma traspasa una pared y desapareció. El chico sintió un gran poder en su interior, y a una velocidad increíble voló hasta donde estaba el comandante nigronte, matando a varios enemigos en el camino, hasta estar cara a cara frente a Eudum y a su Trasnom.

—Moriréis hoy, todos los nigrontes que opongáis resistencia, vinisteis a por la piedra del ángel y jamás la tendréis, ahora su poder me pertenece, abandonad el planeta ahora o vuestra sangre teñirá el amanecer de rojo —amenazo Hálum al capitán nigronte.

—Puede que hayamos perdido la piedra, pero aún os superamos en número, moriréis aquí, y nosotros regresaremos a nuestra galaxia y vuestro planeta arderá —replicó Eudum.

El Trasnom del capitán nigronte se elevó en el aire y soltó una fuerte llamarada sobre Hálum, otros Trasnoms también se acercaron e hicieron lo mismo hasta que el joven ángel quedó envuelto en una bola de fuego. De pronto de la llama de fuego salieron unas alas en llamas, y un brazo también en llamas, hasta que todo el cuerpo

de Hálum en llamas se elevó en el aire y lanzó una llamarada al Trasnóm montado por Eudum que le atravesó la cabeza, el león oscuro se precipitó al suelo, pero el capitán nigronte extendió sus alas negras y se mantuvo en el aire.

—Necio, no sé qué poder posees pero te mataré yo mismo y clavare tu cabeza en un palo —amenazó Eudum.

Entonces Hálum soltó todas las llamas de su cuerpo con una ráfaga que mató a unos diez nigrontes que estaban allí cerca.

—Uno de los dos morirá hoy, eso está claro —dijo el chico desenvainando su espada.

Ambos chocaron sus espadas mientras se elevaban en el aire, enzarzados en un combate durísimo, no conseguían golpearse gravemente pues tenían grandes habilidades para la pelea a espada. Los dos aceleraron su vuelo y fueron a parar a la parte de arriba de la pirámide, ninguno escondió sus alas aunque ahora estaban pisando la piedra de la pirámide. La furia de Hálum empezó a crecer y sus golpes eran cada vez más duros, pero aún así no era capaz de herir a su enemigo que le contrarrestaba todos los golpes.

Mientras tanto ahora Gúldur y Vélder combatían a los pies de la pirámide echando miradas a lo que sucedía arriba. BÁCOR y algunos ángeles más combatían en ese mismo lugar para repeler la ofensiva nigronte, acompañados de soldados humanos que disparaban sus balas contra los enemigos. La batalla se estaba torciendo, los nigrontes cada vez golpeaban con más dureza, hasta que en una de las ofensivas a BÁCOR le atravesaron el pecho con una espada oscura.

—¡Malditos nigrontes pagareis por esto! —gritó Aldon que aparecía por allí para recoger el cadáver de BÁCOR mientras cortaba la cabeza a su verdugo.

Arriba de la pirámide Eudum extendió sus oscuras alas nuevamente, y Hálum, completamente cegado por la rabia y con los ojos totalmente en rojo empezó a dar golpes ciegos al aire, sin acertar ninguno en su enemigo, la ira lo ralentiza y lo sumerge en su maldad interior. Vélder contemplaba la escena unos escalones arriba, ascendiendo.

—¡Hálum, amigo mío hay bondad en tu interior, eres un ángel, no te sumerjas en la oscuridad, vuelve a nosotros! —gritó el Vélder para que su joven amigo lo escuchara.

Eudum roza con la espada una de las piernas del chico, que cae arrodillado al suelo, mientras su enemigo se eleva más aún en el aire con su espada en alto preparándose para asestar el golpe definitivo. En el interior de su cabeza el chico empieza a escuchar una voz familiar.

—Hálum, amor mío, regresa a la luz, concéntrate en los destellos que iluminan tu corazón, solo tú puedes controlar tus emociones, solo tú dominas tu cuerpo, tienes mi amor en tu interior, demuestra que tu verdadero poder no está en tu espada sino en el fondo de tu alma, impón tu luz en medio de la oscuridad, pues yo te quiero y eso

quedara por encima del bien y del mal —dice la voz de Álita de forma suave y cristalina en la cabeza del chico.

De repente los ojos de Hálum recuperaron su color habitual, la palidez de su rostro se desvaneció, su espada resplandeció, y sus manos se iluminaron, Eudum descendía su vuelo a toda velocidad hacia él con la espada por delante, pero de repente el chico elevó su mano en el aire, y un rayo de luz resplandeciente salió de ella, atravesando a Eudum que cayó muerto en la roca. El chico se acercó a su enemigo caído.

—Yo no soy como vosotros, yo soy un ángel —concluyó Hálum con voz profunda.

15: LUZ EN MEDIO DE LA OSCURIDAD



élder fue volando hacia Hálum, le ayudo a levantarse del suelo, pues el chico tenía herida la pierna en la que Eudum le ataco.

—Has hecho bien, amigo mío, puede que tengas una mitad nigronte pero tienes la luz de un ángel, siempre confié en ti —dijo Vélder.

—No fui yo, yo solo nunca habría podido volver en mí, la oscuridad me apreso y me habría matado, fue Álita, ella me ha salvado, escuche su voz en la cabeza, acaricie su bello rostro mientras me hablaba, la vi, Vélder, pude verla tan claramente cómo te veo a ti ahora mismo —terminó Hálum con lágrimas en los ojos.

—Y volverás a verla chico, me encargare de que así sea, pero antes debemos ganar esta batalla, has matado a Harden, están solos y asustados, ahora vamos a por ellos.

El chico alzo sus alas plateadas, pues a pesar de su herida en la pierna aún podía volar, Vélder hizo lo mismo y ambos bajaron a toda prisa al campo de batalla a reunirse con sus amigos y compañeros. El ejército de los ángeles y humanos que aún quedaban con vida se reunieron a los pies de la pirámide con Hálum en el aire liderándolos.

—Sé que nos siguen superando en número, sé que hemos perdido compañeros y amigos, pero también sé que podemos hacer que nuestra luz brille en medio de su oscuridad, uníos a mí, luchad por nuestro destino —dijo el chico dirigiéndose a sus compañeros mientras los nigrontes daban varios pasos atrás.

Tras el discurso todos los ángeles se abalanzaron sobre los nigrontes que ya estaban también bastante mermados en número. El choque de ejércitos fue brutal y varios más murieron en ambos bandos. En ese mismo momento empezó a amanecer, y la luz del sol saltó por encima de la pirámide alumbrando la batalla. Gúldur se enfrentaba a un Trasnóm al que consiguió derrotar clavándole la espada en el ojo. Hálum ilumino de nuevo sus manos produciendo un destello que derroto a varios nigrontes. La batalla estaba dando un vuelco a favor de los ángeles, ahora tenían esperanza. En medio de la batalla apareció Raptor.

—¡Angelito, estuvo bien tu número encima de la pirámide, pero mis balas han matado a varios de esos bichos raros oscuros! —dijo el soldado.

—¡Me alegro de verte con vida humano! —respondió Hálum.

Habían empujado entre todos a los enemigos contra el muro, más allá varias

zonas estaban en llamas, pero por fin todo ese sufrimiento tocaba a su fin. Vélder se puso en el aire junto a Hálum, espalda con espalda y mataron a los nigrontes que les atacaban, miraron abajo y todos los enemigos habían caído derrotados, la batalla había tocado a su fin. Los ángeles que estaban en el aire descendieron su vuelo, Vélder cogió en brazos a Hálum, que no podía andar.

—Llévalo a vuestra tienda y túmbalo, ahora iremos a ver su herida antes de reunirnos —le dijo Gúldur.

Se dirigieron a la tienda, ambos amigos, Eledona les acompañó. Al llegar tumbaron a Hálum, el cual estaba despierto, con los ojos abiertos, a pesar de haber perdido mucha sangre.

—Gracias, Vélder, amigo mío, gracias por darme esperanza, por creer en mí, por no dejar que me hunda en la oscuridad —dijo el chico mirando a su amigo.

—Bueno, esa era mi misión, solo he cumplido con mi deber —respondió Vélder.

—No, tu misión era guiarme, explicarme quien soy, pero has ido más allá, has arriesgado tu vida junto a mí, y ya no puedo considerarte mi guía, ahora eres mi amigo y juntos devolveremos la paz a nuestro mundo.

Vélder asintió. A los pocos minutos llegó Gúldur con otro ángel, al parecer un médico, el cual se acercó a Hálum y miro su pierna.

—Habrás que coser esta herida, pero por lo demás pronto estará recuperado —dijo el doctor.

Cogió un botiquín y empezó a curar la herida, después la cosió.

—Bien, ahora debes descansar chico, no apoyes la pierna hasta dentro de unas horas.

En ese momento llegó a la tienda Aldon.

—Bien, doctor puede irse, nosotros debemos hablar, Hálum, no me explico cómo pudo la piedra desvanecerse en tu interior de esa manera, pero está claro que ahora mismo eres el ángel más poderoso que ha existido, y eso te puede corromper, debes tener cuidado con tus decisiones —comentó Gúldur.

—No debéis preocuparos por eso, sé de qué lado estoy, se quiénes son mi pueblo y se por qué debo luchar —respondió Hálum.

—Yo me hago responsable del chico si es necesario, pondría mi mano en el fuego por él y le seguiría hasta la muerte, pues le conozco mejor que ninguno de los aquí presentes y sé que en su corazón solo existe bondad —dijo firmemente Vélder.

—No dudo eso, tan solo digo que debe controlar su ira, pero cerrando ese tema, nuestro siguiente paso será regresar a Madrid y reunirnos en mi casa, debemos pensar el plan para regresar a Ángelus, pues hemos ganado una pequeña batalla, pero mientras hablamos fuerzas oscuras acechan nuestro planeta —concluyó Gúldur— mañana habrá que partir hacia Madrid.

—Está bien, ahora debemos ir a prepararnos y a descansar, la noche ha sido movidita —dijo Aldon.

Y todos se dispusieron a salir de la tienda para dejar solo a Hálum descansando.

—Gúldur, señor, debo hablar con usted en privado —dijo el chico aún tumbado.

—Claro, ¿qué quieres decirme? —preguntó Gúldur.

—Cuando estaba combatiendo encima de la pirámide, me cegó la rabia, no veía nada y eso casi me lleva a la muerte, pero en medio de toda la oscuridad pude verla, pude ver a Álita claramente, ella me habló y me hizo ver que tenía que calmarme, me hizo ver que la bondad y la luz de mi interior debían resplandecer, ¿cómo pude verla si ella está en Ángelus?

—No es nada extraño chico, a veces en los momentos más oscuros nuestra mente puede conectarse con la de alguien a quien amamos por encima de todo, es lo que nos diferencia de los nigrontes, el amor, tu amor por Álita te hizo verla cuando tu vida pendía de un hilo, y estoy seguro de que ella también te vio a ti, no te estás volviendo loco, simplemente la amas y eso es algo bueno, es algo que te hace ser lo que eres y te demuestra que eres un ángel a pesar de tener parte de nigronte.

—Gracias señor, gracias por creer en mí.

Se despidieron y Gúldur salió de la tienda.

A los pies de la pirámide Vélder y Eledona conversaban, mientras otros recogían los cadáveres de los ángeles y humanos que habían muerto en batalla y los preparaban para enterrarlos. El sol lo iluminaba todo, la mañana estaba avanzada.

—Sé que han muerto muchos, también de los nuestros, sé que la guerra no es buena, pero esto es bonito, la luz se ha impuesto a la oscuridad en el amanecer —dijo Eledona.

—Sí, pero hemos perdido mucho, quizás el único consuelo es que pronto volveremos a ver nuestra tierra, aunque sea para entrar en batallas aún peores y más duras que la que hemos vivido aquí —respondió Vélder.

—Has hecho un gran trabajo guiando a ese chico aquí, tiene suerte de contar con un amigo como tú, parte de su mérito también te pertenece.

—Él es muy poderoso, le admiro a la vez que le quiero, pues podría ser el salvador de nuestro planeta, puede que otros le vean como un arma pero para mí es un amigo y le veo como un chico normal, con sus problemas y sus preocupaciones.

—Si, así es, por cierto, cuando esta guerra acabe, cuando Ócurum caiga, ¿me invitaras a una cerveza en una taberna de Amber?

—Claro que si Eledona, claro que si —concluyó Vélder y se lanzó a darle un beso a la mujer que ella no rechazó.

Mientras tanto Raptor entraba en la tienda de Hálum, a hablar con el chico.

—Lo hemos conseguido angelito, al final hemos derrotado a esos asquerosos seres, aunque dicen que algunos consiguieron escapar y seguramente habrán vuelto a su planeta a avisar a su señor de la derrota —dijo el soldado sonriendo.

—Si, hemos vencido gracias a la unión entre ángeles y humanos, al final de todo debemos agradecerérselo supongo —respondió Hálum.

—Déjate de agradecimientos formales chico, dicen que volveréis pronto a vuestro

planeta a librar una guerra, así que solo he venido a despedirme y desearte suerte, aunque viendo esos extraños poderes tuyos tengo claro que tu solo podrías derrotar a un ejército entero.

—Bueno, el enemigo también cuenta con fuerzas terribles y poderes a tener en cuenta, posiblemente la guerra acaba de estallar.

—Me gustaría ayudaros en vuestro planeta, pero creo que no podré, espero que algún día puedas contarme la historia de esta guerra angelito —término Raptor y le dio la mano a Hálum en señal de despedida.

—Espero estar vivo para hacerlo, ahora nos despedimos, que tengas suerte en tus aventuras en la tierra, ahora te considero un amigo —se despidió Hálum.

Entonces Raptor se fue de la tienda.

Ya era medio día y en el campamento los supervivientes comían algo, reponían fuerzas después de la dura batalla. Hálum tumbado en su cama comía un trozo de pan con carne de cerdo, mientras tanto su cabeza no dejaba de darle vueltas a la voz de Álita, mientras miraba la pulsera que la princesa le regalo en Ángelus antes de su destierro. Tras la comida el chico se durmió un rato. Cerro los ojos y de repente estaba ante las puertas del palacio real de Amber, pero a su alrededor había cadáveres de ángeles apilados, algunos de ellos con las alas cortadas. Entró al palacio y al fondo vio el trono del rey Irion, estaba en la misma sala en la que le habían condenado a ser desterrado a la tierra, pero ya no estaba limpia, por el suelo había trozos de madera quebrada, y justo delante del trono una columna dorada tirada en el suelo. En el trono había un cuerpo muerto, Hálum se acercó y vio que era el rey. Tenía el cuello cortado y a sus pies un charco de sangre. De repente alguien agarro al chico por la cabeza mientras miraba al rey, era una gran mano fría y dura, entonces escucho una voz que provenía del individuo que le tenía agarrado.

—Esto es solo parte de lo que deparara esta guerra, necio, no podéis ganarnos, ¿crees que un crío como tu podrá derrotarme a mí, al señor de la oscuridad? Estáis muy equivocados tú eres estúpido por ponerte del lado de los ángeles y ellos lo son por confiar su supervivencia y la de su pueblo en un joven sin experiencia —dijo amenazante la grave voz— mataré al rey Irion, y ocupare su lugar en el trono, Nomte dominará Ángelus.

—Te equivocas, Ócurum, puede que tu intención sea sembrar el pánico en los corazones de todo el mundo, pero yo no te tengo miedo, algún día cuando nos encontremos en batalla te cortare el cuello y haré que tus sucios súbditos perezcan —respondió Hálum.

Entonces el chico despertó en su tienda, al parecer estaba anocheciendo ya, Vélder también estaba en la tienda, en su cama, aún estaba despierto y noto el sobresalto de su amigo al despertar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Vélder.

—Nada, o creo que nada, simplemente una pesadilla, el problema es que estas

pesadillas se me repiten con demasiada frecuencia —contestó Hálum.

—No te preocupes, al final todos tenemos pesadillas y más en estos tiempos oscuros, no es malo tener miedo, seríamos unos necios si no lo tuviéramos, ahora acuéstate y sigue durmiendo un rato más, ya es de noche y mañana habrá que despertarse temprano para coger un avión a Madrid.

—¿No iremos volando?

—Algunos lo harán, pero otros vendrán con nosotros en avión, estás herido y es mejor que viajes descansado.

El chico asintió y se volvió a tumbar, esperando no tener más pesadillas esa noche. Antes de quedarse dormido acarició la pulsera que le había entregado Álita en Amber, no podía de pensar en ella, en su belleza, en su voz.

16: LAS DECISIONES DE ÁLITA.

Álita despertó, un poco sobresaltada, había soñado con Hálum, le había visto en el campo de batalla sufriendo, le había hablado y había acariciado su rostro y estaba feliz por ello, pero a la vez preocupada por el destino de la batalla. Al rato llegó Ínler acompañado por Bán.

—Buenos días, mi señora, veo que habéis despertado, debéis comer algo antes de partir, el joven Bán nos acompañara a la ciudad, pues su deseo es ser entrenado como un soldado más para combatir en la guerra que está por venir —habló Ínler.

—Está bien, ¿pero sus padres están de acuerdo? —respondió Álita.

—Si, señora, me dejaran hacerlo, creen que estoy preparado y quieren que sirva de utilidad para nuestro pueblo —contestó Bán.

A lo que la princesa asintió.

Ya había amanecido y el sol entraba por las ventanas de la casa. Desayunaron algo y prepararon sus cosas para partir camino de Amber. Álita confiaba en que Jarman estaría esperándoles en la ciudad, aunque tenía miedo que el rey le hubiera mandado al calabozo por desaparecer con ella.

Se dispusieron a partir, salieron por la puerta y fuera estaban Dol y Brema, los padres de Bán.

—Hijo mío, hoy abandonas nuestro hogar, pero confiamos en que algún día regresaras a visitarnos convertido en un gran soldado, y si la guerra estalla finalmente confiamos en que tu valor derrotara al enemigo, tu madre y yo estamos muy orgullosos de ti —le dijo Dol al chico mientras el mismo y Brema le abrazaban.

—Cuidaremos de él, os lo aseguro, contara con mi protección —comentó la princesa.

—Gracias por todo, señora, pero vos ya tenéis suficientes preocupaciones, si algún día volvéis por el bosque en nuestra casa tendréis un lugar para dormir y buena comida caliente esperándoos —terminó Brema.

Entonces partieron dejando atrás la casa y a los padres de Bán. Cogieron el camino del bosque y dejaron a un lado la laguna que había un poco más allá de la casa. Continuaron el camino bajo los árboles, entre los cuales se filtraban algunos rayos de luz pues el sol se alzaba reluciente en el cielo. Borearon la montaña que se alzaba imponente al lado del bosque. Unas horas después llegaron al final del bosque y a la gran explanada de arena y arbustos que se extendía entre ellos y Amber. A lo

lejos ya podían ver la ciudad que se elevaba imponente, y delante de ella el bosque de gianóls, en cuyo interior estaba el campamento nigronte, una sombra oscura rodeaba a ese bosque ahora mismo.

—Es terrible, ¿verdad mi señora? —dijo Bán— quiero decir, cuando era más joven visite el bosque de gianóls con mi padre, sus árboles eran relucientes y su ambiente rebosaba de aire puro y claridad, sin embargo ahora esta oscurecido y sus árboles parecen marchitos.

—Sí, es terrorífico lo que esos seres le hacen a todo el terreno que pisan, pero yo pienso que no pueden ensombrecerlo todo, detrás de todo el mal, detrás de toda la oscuridad hay pureza y una claridad que no se puede tapar —respondió Álita.

Continuaron su camino hasta que finalmente llegaron a la ciudad. Los guardias de las puertas les abrieron y les pararon en la entrada.

—¿Quién sois? —preguntó un guardia.

—¿Acaso no me reconocéis? —dijo la princesa dando un paso adelante y levantando la cabeza— soy vuestra princesa, soy Álita.

—Perdone, mi señora, no la reconocimos, gracias al cielo que está bien, su padre estaba a punto de mandar un escuadrón en su búsqueda.

—Pero él ya sabe que estoy bien, anoche vino a la ciudad el capitán Jarman y se lo contó ¿verdad?

—No se dé que me habla, señora, anoche no vino nadie a la ciudad.

—¿Está seguro? Tuvo que llegar Jarman, igual no lo recuerdan, es un gran capitán —intervino Ínler.

—Conozco a Jarman, pero anoche no paso estas puertas, pero si me disculpáis debo conducirlos ante el rey.

El guardia de la puerta guio a través de la ciudad a los tres viajeros por el camino a palacio. Todos iban preocupados por Jarman, si no había llegado a la ciudad debía haberle pasado algo, aunque por el camino no vieron rastro de él, ni de que le hubiera pasado nada.

—Tranquila, mi señora, el capitán Jarman es fuerte y valeroso, si no ha llegado a la ciudad será por algún motivo importante, seguro que está bien —dijo Ínler tratando de animar a la princesa.

—Debimos insistir en acompañarle, si le ha pasado algo no podré perdonármelo jamás —contestó Álita.

—Tranquila, aunque hubiéramos insistido no nos habría dejado acompañarle, es un hombre de ideas claras y lo hizo por nuestro bien, seguro que pronto aparecerá y nos ayudara en la guerra.

Llegaron a palacio, pasaron la puerta que daba a los jardines que estaban verdes y resplandecientes aún, a un lado vieron la entrada a los calabozos de palacio, los mismos en los que Hálum había estado preso antes de ser desterrado, recordar esto trajo más tristeza al corazón de Álita. Al fondo estaba el palacio y sus imponentes puertas que se abrieron para recibirlos. Entraron y al fondo estaba el rey Irion, que al

ver a su hija se levantó y corrió a abrazarla.

—¿Dónde te habías metido hija mía? Estaba preocupado por ti, las cosas no están bien fuera de la ciudad, es peligroso salir, y cuando los guardias me dijeron que habías salido temí lo peor, ese Jarman debió engañarte para que salieras, ¿dónde está? Quiero tener unas palabras con el —dijo el rey firmemente.

—Tranquilo padre, él no me engaña, fue al revés yo fui a verle a él y a tramar una estrategia conjunta, no sé dónde está, a noche partió a la ciudad solo dejándonos en casa de unos amables habitantes del bosque, pero no ha llegado por lo que me han dicho los guardias y eso me tiene preocupada, pero ahora tenemos problemas mayores, Ínler podrá contártelo mejor, pues él estuvo con Jarman en Bélzerin y vio la maldad que esconde su gobernador —comentó Álita señalando a Ínler.

—Está bien, hablare contigo muchacho, pero lo haremos en privado, mis guardias te guiaran a mi sala de reuniones —habló el rey y dos guardias señalaron a Ínler el camino— ¿y quién es este joven?

—Su nombre es Bán, es el hijo de los dueños de la cabaña del bosque en la que nos refugiamos, quiere ser adiestrado como soldado y serviros, quiere luchar en los tiempos oscuros que están por venir.

—Es un honor conocerle señor, espero poder defenderos algún día —dijo el chico arrodillándose.

—Está bien, acompañaile al cuartel de adiestramiento, yo iré a hablar con tu amigo, no te alejes demasiado hija mía —terminó el rey.

Tras esto Álita salió de palacio con Bán. Mientras tanto Irion se dirigía a la sala de reuniones, desconcertado y sin saber qué es lo que aquel joven soldado tenía que contarle. Entró en la sala e Ínler estaba mirando por un ventanal desde el que se veía el bosque de gianóls oscurecido a lo lejos, y la gran explanada ante Amber.

—Bien, ¿qué es lo que tienes que contarme? —preguntó el rey.

—Mi señor, nuestra situación es más difícil de lo que creíamos, los ángeles que estaban con los nigrontes en el bosque de gianóls cuando atacamos eran soldados de Bélzerin, pero aun la traición de Mandrel no queda solo ahí, Jarman y yo pudimos ver como ordenaba a un ejército de unos mil ángeles partir hacia el bosque de gianóls a unirse al enemigo, eso unido al ejercito nigronte y a los otros ángeles que ya están allí puede formar un gran ejercito mi señor —explico Ínler.

—Ya veo, así que lo que se cuenta de Mandrel y de Bélzerin es verdad, las malas lenguas resulta que no son tan malas al final de todo, debemos ser precavidos chico, pues aún me temo que Ócurum no ha mandado ni la mitad de las tropas que mandara para atacarnos, y por lo que me dices ahora nuestro enemigo no está solo en Nomte sino que también está en nuestro planeta, nuestras opciones se reducen.

—Aún queda esperanza mi señor, somos muchos en la ciudad, y hay otras ciudades con gobernadores leales al trono que responderán, la situación es preocupante, nos enfrentamos a una dura guerra, pero nada se ha perdido aun.

—Es cierto, pero nuestro planeta y nuestra raza se enfrentan al mayor peligro que

nos ha acechado jamás, aun así aún contamos con un arma, algo que puede traer esperanza a los ángeles pero que en estos momentos está en la tierra.

—¿Os referís al chico que fue desterrado majestad?, ¿es el de quien hablan las profecías?

—Si es él o no, está por ver, pero ahora tenemos problemas más graves, vete a descansar, nos esperan días duros.

Terminaron la conversación, Irion se quedó pensando en una silla, mientras tanto Ínler se marchó de la sala y del palacio preocupado, pues no sabía si estaría preparado para afrontar la oscuridad que acechaba Ángelus.

Estaba anocheciendo ya, Álita estaba en su cuarto, pues ya hacía rato que había dejado a Bán en el cuartel para que se entrenara como soldado. Una doncella entró al cuarto a preparar la cama de la princesa.

—Mi señora, la noto preocupada, ¿ocurre algo o solo es por la expectativa de estar ante una guerra terrible? —preguntó la doncella.

—Es todo un poco, es la guerra y es el capitán Jarman, no sé dónde está y me tiene preocupada, pero también es por Hálum, es porque lo echo de menos y mientras duermo puede estar en grave peligro, es porque lo amo —respondió la princesa.

—Bueno, si me permite la opinión, pienso que ambos son hombres de honor, valientes, no creo que los pase nada, pues son luchadores.

—Ojalá tengas razón —terminó Álita con una sonrisa.

La doncella se marchó y la princesa quedó sola en la habitación. Salió a su balcón y contempló el cielo oscuro y estrellado. Veía el bosque de gianóls, y al otro lado el camino de Bélzerin. Se preguntaba dónde estaría Jarman y por qué se habría retrasado en llegar. Poco a poco el sueño se fue apoderando de ella y se tumbó en la cama.

—Hálum, estés donde estés, te quiero, aunque no puedas escucharme, regresa a mí, pues eres mi ángel —dijo Álita en la cama contemplando el techo de su cuarto antes de quedarse dormida.

Al día siguiente el rey Irion salió del edificio principal de palacio y se dirigió a un pequeño edificio contiguo, el hogar de los oráculos, aunque ahora solo había un oráculo allí, era Anderón, pues el otro oráculo, Gúldur estaba en la tierra. El rey entró en esa sala y saludó a su ocupante.

—Bienvenido majestad, ya estaba a punto de ir a verle y a informarle de las novedades.

—¿Y bien?, ¿has visto algo nuevo en la tierra?

—Sí, tengo muy buenas y esperanzadoras noticias, los nigrontes allí han sido derrotados en batalla y la piedra está a salvo, pero lo más extraño es que la piedra ya no es física, se fundió en el cuerpo del chico.

—¿Cómo que se fundió?

—La batalla se torcía, el enemigo ganaba y el chico, Hálum junto los tres pedazos de la piedra, y se fundió en el interior de su pecho, ahora el chico posee el poder de la piedra.

—No sé si eso son buenas o malas noticias Anderón.

—Yo creo que significa que el chico es verdaderamente el elegido del que hablan las leyendas —sentenció el oráculo— por cierto, ya están preparados para regresar a nuestro planeta, mi mente a conectado con la de Gúldur y me ha dicho que es el momento de mandarles los transportes.

—Está bien, me ocupare de prepararlo todo —concluyó el rey.

Mientras tanto en el cuartel Bán despertaba, preparado para su primer día de entrenamiento como soldado de Amber. Tras desayunar le dirigieron a la parte alta de la ciudad junto con otros muchachos de su edad más o menos, entre catorce y diecisiete años. Entraron en un edificio grande, amplio por dentro, era una sola sala con varias columnas y en la entrada unas mesas con arcos y flechas suficientes para todos los muchachos.

—Bien, vuestro primer día de adiestramiento consistirá en aprender a tirar con arco, en aprender a acertar enemigos a corta y larga distancia, coged un arco y un carcaj lleno de flechas cada uno, de las columnas saldrán enemigos, tanto abajo como arriba, estad atentos, accederéis a la sala de uno en uno, el que más acierte podrá quedarse el arco y el carcaj —les dijo el instructor.

Todos le hicieron caso, cogieron sus armas y se quedaron detrás de la mesa, fueron accediendo a la sala de uno en uno, tardaban unos diez minutos cada uno en salir. Ya habían acabado casi todos y le llegó el turno a Bán. El chico entró en la sala con el arco preparado y una flecha cargada. De la primera columna le salió un enemigo, era una figura de tamaño real de madera, estaba a unos tres metros y Bán disparo su flecha acertando en el cuello. Más allá vio que en una columna algo más lejana, a unos quince metros de distancia y en lo alto salía otra figura, cargo su arco rápidamente y disparó, acertó en el pecho de la figura. Así continuó el chico acertando a enemigos hasta que le toco regresar. Al llegar a la mesa el instructor le felicito.

—Tú eras el ultimo chico, has demostrado tener gran habilidad con el arco, por tanto puedes quedarte el arco y el carcaj, las flechas deberás ganártelas en otro momento o comprarlas, enhorabuena —concluyó el instructor.

Tras esto los chicos regresaron al cuartel, el primer ejercicio de entrenamiento había concluido. En la puerta del cuartel Ínler esperaba de pie para hablar con Bán.

—Por tu arco veo que lo has Hecho bien chico, sigue así, solo venía a saludarte y ver que tal te iba todo —le dijo Ínler.

—Todo va bien, más o menos, echo de menos a mis padres en ocasiones, pero me estoy entrenando para ayudar a nuestro pueblo así que supongo que eso lo compensa, y veo que no se me está dando mal —respondió Bán— ¿ya ha llegado Jarman o hay

alguna noticia suya?

—No, sigue sin aparecer y empieza a preocuparme aun cuando sé que es muy fuerte.

—Ínler, ¿tú crees que podemos ganar esta guerra?

—Sinceramente, creo que las fuerzas están muy igualadas, pero nosotros contamos con un aliado que el enemigo no tiene, me refiero a la luz, en nuestro interior hay luz mientras que en el interior de los nigrontes solo hay muerte, recuerda esto amigo mío, ahora marcha a descansar y a comer algo.

Ya era medio día en Amber. El sol seguía en todo lo alto en el horizonte. Mientras en el bosque de gianóls la maldad afloraba más y más.

17: LAS DECISIONES FINALES.

Hálum y Vélder llegaron a Madrid, a la casa de Gúldur. El chico ya estaba mejor de su pierna herida y podía andar aunque despacio. A la casa fueron llegando todos los capitanes de los ángeles, fuera de ella esperaban acampados el resto de soldados que quedaron con vida en la batalla de México. Todos se sentaron en una sala de la casa, en sillas puestas en círculos, estaban Gúldur, Hálum, Vélder, Aldon, Eledona y Telion. Empezaron una reunión urgente.

—Bien, ahora debemos decidir qué hacer, nuestras bajas han sido numerosas, pero Ángelus nos necesita —comenzó Gúldur.

—Debemos regresar a nuestro planeta, eso es más que evidente, lucharemos por nuestro pueblo —respondió Telion.

—No debemos precipitarnos, ahora mismo solo contamos con ciento cincuenta soldados aproximadamente con todas las bajas de la batalla, debemos viajar directos a alguna de las otras ciudades de Ángelus a reclutar soldados, pues si vamos directamente a Amber no podremos hacer demasiado —continuó Gúldur.

—Yo debo ir a Amber directamente, si el enemigo ataca debo pelear allí —dijo Hálum.

—¡No! Tú irás con todos los demás chico, tu ciudad te necesitara, es cierto, pero llegado el momento, tú infundes esperanza chico y esa esperanza la necesitaremos para reclutar un ejército.

Siguieron discutiendo un buen rato que hacer, hasta que pronto descubrieron cual era la mejor solución.

—Debemos viajar a Espealia, su gobernador Jasón es amigo de mi familia, nos recibirá con los brazos abiertos y aportara un ejército para la guerra —propuso Aldon.

—Me parece correcto, si nadie tiene nada que objetar iremos a Espealia, desde allí prepararemos un plan de ataque, me pondré en contacto mental con el oráculo de palacio para pedirle que manden las naves que nos lleven hasta Ángelus —concluyó Gúldur.

Todos estuvieron de acuerdo, aunque Hálum seguía teniendo dudas, pues él quería defender la ciudad y a la vez volver a ver a Álita. Todos se fueron de la casa, al campamento con los demás soldados a explicarles el plan, menos Gúldur que se quedó en la casa preparándose para ponerse en contacto con Anderón, el oráculo del

palacio de Amber. Gúldur apago las luces de la casa, se arrodillo, cerró los ojos y dejó la mente en blanco.

—Anderón, ¿me escuchas? —preguntó mentalmente.

—Si, Gúldur, ¿por qué te pones en contacto ahora?, ¿tenéis la piedra? —respondió Anderón.

—Es una larga historia, pero no sabemos cuánto durara la conexión de nuestra mente así que te la resumiré, encontramos los tres pedazos, pero los nigrontes eran muchos en la batalla y Hálum, el chico de las profecías, junto los tres pedazos en una situación desesperada, la piedra se fundió con su pecho otorgándole su poder, ganamos la batalla gracias a ello, pero perdimos a muchos, me pongo en contacto contigo para que le digas al rey que estamos preparados para regresar, para que nos mande transporte para ciento cincuenta ángeles —comentó Gúldur— por cierto, Bátor ha muerto.

—Muchas cosas han pasado por lo que dices, es una lástima lo de Bátor, me intriga lo pasado con la piedra, pero hablare con el rey para que os mande transportes, ¿pero cuál es vuestro plan?

—Viajaremos a Espealia a conseguir un ejército que ayude a Amber.

—Me parece correcto amigo mío, esperemos que todo salga bien, espera los transportes de aquí a unos días, hasta pronto —se despidió Anderón.

Tras la conversación Gúldur se levantó y salió de la casa, en la puerta estaba Vélder con Hálum, charlando.

—Ya está todo preparado, en unos días llegaran los transportes y partiremos hacia Ángelus —comunicó Gúldur.

—Bien, al fin volveremos a ver nuestra tierra —dijo Vélder.

Estaba anocheciendo ya, el sol se estaba escondiendo por detrás de las montañas, en el campamento todos fueron a dormir a sus tiendas, Hálum y Vélder dormirían en la casa, pues Gúldur les había preparado camas. Ambos se sentaron en el porche de la casa antes de ir a dormir, contemplando las estrellas.

—Allí arriba esta nuestro planeta, y aunque todo parezca tan dormido la oscuridad se cierne sobre nosotros, ojalá nada de esto estuviera pasando, ojalá que Ócurum hubiera muerto en la anterior guerra, ojalá pudiera estar abrazando a Álita ahora mismo y deseándola buenas noches —dijo Hálum.

—Quizás sería mejor así, pero el destino es incierto e imprevisible chico, puede que sea injusto pero tú estás destinado a liderar a los ángeles en esta guerra después de todo —respondió Vélder.

—No creo que yo sea un líder, tan solo me veo como un arma, mi corazón tan solo anhela los consejos de mi padre y el calor de Álita.

—Puede que aún no lo veas, pero con el tiempo te darás cuenta de todo lo que puedes dar, pronto te tocara liderar a un ejército y entonces no podrás tener dudas pues de ti dependerá el destino de tus seres queridos.

—Bueno, al menos me queda el consuelo de que hemos ganado la primera batalla.

—Eso es cierto chico, pero lo que vivimos en México tan solo fue una pequeña pelea comparado con lo que nos espera, allí en el horizonte, en las estrellas, la guerra tan solo acaba de empezar, nos quedan muchas batallas que librar antes de poder abrazar a nuestros seres queridos, y me temo que esto aunque duro es cierto.

Continuaron charlando largo rato hasta que el sueño se apodero de ellos y se marcharon a dormir. Vélder tenía razón, la guerra tan solo acababa de estallar, la oscuridad aun solo había empezado a asomar la cabeza, y el viaje de Hálum tan solo acababa de empezar, de su liderazgo dependería en el futuro la libertad de su pueblo.

CONTINUARA...

EPÍLOGO

En el oscuro planeta Nomte se alzaba una gran fortaleza excavada en la montaña, construida en piedra negra, con varias torres y bastante grande, lo suficiente como para albergar un gran horror, en el interior de su salón principal estaba sentado en un gran trono negro Ócurum, líder de los nigrontes, con dos metros de estatura y vistiendo una túnica negra que contrastaba con su pálido rostro, un rostro grande e imponente, sin pelo, con cejas oscuras y sin barba. Al interior de la sala en ese momento entró un nigronte más, al parecer un general de ejércitos, pues vestía una negra armadura.

—Mi señor, las tropas están listas para partir —dijo este general.

—Bien, ¿cuántos son en total? —preguntó Ócurum.

—Cien mil, como ordenasteis, están listos para partir hacia Ángelus.

—Bien, con un ejército así reduciremos la ciudad de Amber a cenizas, y luego conquistaremos el resto del planeta hasta que todos los ángeles que sobrevivan se arrodillen ante mí, ha llegado el tiempo de los nigrontes, ordena que preparen el transporte, mañana deberán partir hacia Ángelus.

Terminó la conversación, los nigrontes se disponían a asestar un duro golpe a los cimientos de Ángelus atacando con dureza su capital y a su rey, tiempos oscuros estaban por venir.



JOSÉ ANDRÉS GARCÍA BEDOYA. Nació en la localidad española de Plasencia, en la provincia de Cáceres un 19 de marzo de 1993. Desde muy pequeño enamorado de las historias de fantasía y de las grandes aventuras, poco a poco empezó a interesarse por la lectura, empezando como lector quiso ir un paso más allá y siendo aún adolescente empezó a escribir poesías cortas. Con el tiempo fue escribiendo varias historias que casi siempre quedaban en relatos cortos, hasta que con 21 años encontró la historia ideal para escribir su primera novela, la cual dividiría en 3 partes, con el título para la trilogía de *Ángel Caído*. Un autor que dedica cada espacio de tiempo libre que tiene en su vida a la literatura, tanto a escribir como a leer.